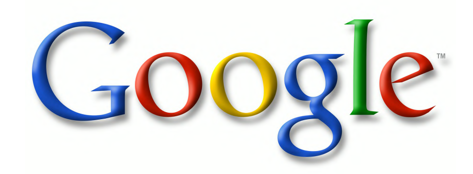
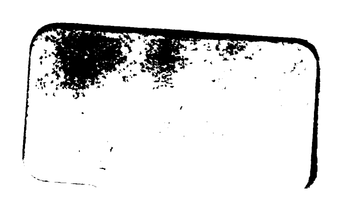




FRANCISCO SEEBER

CARTAS

SOBRE LA

Guerra del Paraguay

1865-1866



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos de L. J. Rosso, Belgrano [illegible]

1907

FRANCISCO SEEBER

CARTAS

SOBRE LA

GUERRA DEL PARAGUAY

1865 - 1866



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS DE L. J. ROSSO, BELGRANO 457

1907

Sr. D. Francisco Seeber

Presente

Mi querido amigo:

Eramos niños cuando nuestra amistad empezó, y pronto llegó á la intimidad al encontrarnos en los bancos del colegio. Recordarás que juntos anduvimos entre los grupos de la revolución del 11 de Setiembre, y que poco tiempo después buscábamos la ocasión de los combates durante el sitio de 1853, para ver pelear y sentir el silbido de las balas por encima de nuestras cabezas. Creo que de allí data nuestra afición á los asuntos militares, que hemos conservado hasta en la vejez, y que nos llevó para ver una gran parada hasta hacer un viaje imprudente de noche, con 14 grados Reaumur debajo de 0, desde Hamburgo á Berlín, para asistir en Postdam al entierro del Rey de Prusia Federico Guillermo IV con 19 grados Reaumur, de donde nos retiramos con todos los síntomas de estar helados para ser asistidos en el Hotel de Berlín.

De regreso juntos á nuestro país, nos tocó alistarnos en el Batallón 1.º de Guardias Nacionales, y fuimos acuartelados en la Compañía de Granaderos, cuyo acuartelamiento se ordenó para cada

batallón. Como tú eras muy rubio, y lo mismo algunos de tus primos, los compañeros los llamaban "los enganchados". Después hicimos la vida de trincheras, y allí terminó nuestro compañerismo militar, hasta que vino la guerra del Paraguay y nos separamos, pues aun cuando el batallón fué designado para hacer la campaña, tú lo seguiste, como pocos de los que lo formaban, y yo puse un personero, impedido para acompañarte por la liquidación de la casa de comercio de mi padre y de su testamentaría que me impedían salir de aquí.

Esta separación hizo de mí un confidente forzoso para tí; como lo había sido en todo en nuestra íntima amistad.

Tal es el origen de estas cartas, que te las devolví á tu regreso de la guerra, y que me empeñé siempre para que las publicases, pues he creído siempre en la utilidad de las memorias de los que participaron de los acontecimientos históricos, sea formando ejércitos ó simplemente formando grupo de partido ó fracciones de pueblo. Si en ellas no se juzgan personajes ó se formulan críticas, traen al presente impresiones de otra época que contribuyen á explicarla y á apreciar la historia. Si tu situación personal no explica hechos de la guerra del Paraguay, las apreciaciones que haces como miembro del ejército las explica por las impresiones que haces conocer, con respecto á los que tuvieron coman-

do en diversos hechos de armas. Todo lo que en las cartas publicadas dices, está de acuerdo con lo que me escribiste y ampliado con detalles que tú me has dado repetidas veces en nuestras conversaciones.

Antes de terminar esta carta, y sin salir de la cuestión de que tú te ocupas, quiero dar á conocer un hecho histórico que no ha sido publicado, y que pocos deben de conocer.

El padre de Francisco Solano López, el sanguinario tirano que provocó á la guerra á la República Argentina, el Brasil y el Uruguay, fué hijo de Carlos Antonio López, no menos terrible y sanguinario que él. Todos han creído que fué paraguayo como el célebre Francia, que le dejó el Gobierno, pero no fué esto así. Carlos Antonio López fué argentino, y oriundo de Santiago del Estero. Su padre, siendo muchacho, lo echó de su techo, por no poder sufrir sus travesuras. De allí salió á correr tierras, y se estableció en el Paraguay, donde hizo la carrera de abogado, y se ganó la confianza del tirano Francia.

Esto lo sabemos en mi familia, por referencias de mis hermanos y parientes del nombre de López, á los cuales estamos ligados por mi finada madre, como lo está el Dr. D. Salustiano Zavalía y el actual obispo Lugones.

Ha tocado así á la provincia de Santiago del Es-

tero ser el origen de tiranos como López, como Ibarra y los Taboada.

Con tal noticia, espero que aumentará el interés de este libro, al que desea el mayor éxito

tu amigo

SANTIAGO ALCORTA.

Buenos Aires, Diciembre de 1906.

París, Junio 25 de 1906.

Mi querido Seeber:

. . . .

He leído con verdadero gusto su fresca y flúida narración de la batalla de Tuyutí y me ha sido sensible el recuerdo que hace de mí ya en esa época, en que la vida tiene tantos encantos, porque todo es misterio y esperanzas.

. . . .

París, Octubre 27 de 1906.

He recibido sus cartas últimas y su capítulo sobre Curupayty. Muy grato me ha sido leer tan interesante y viva descripción de ese memorable combate, el más sangriento de la guerra del Paraguay, y con más razón sus buenos juicios y pronósticos á mi respecto.

. . . .

Que el General... no crea en la autenticidad de sus juicios, hechos hace 40 años, sobre sus compañeros de armas y de juventud no me extraña. No han de ser pocos los que crean igual cosa, no conociendo la sinceridad y casi ingenuidad (no se ofenda que

hay hombres superiores, verdaderos colosos, que son ingenuos) incapaz por lo tanto de una modificación posterior en sus escritos. ¿Para qué y con qué objeto? Además, hace muchos años, que Vd. me ha dicho y repetido varias veces, que sus opiniones y juicios favorables, respecto de mí, como de otros oficiales, en la Guerra del Paraguay, los iba viendo confirmarse por los hechos.

. . . .

. . . .

Pronto pues tendrá el gusto de darle un abrazo

su amigo

JULIO A. ROCA

BARTOLOMÉ MITRE

Buenos Aires, Setiembre de ..... 1903.

Bartolomé Mitre saluda afec-
tuosamente a su distinguido compatriota
y amigo el Sr. Francisco Seeber, y
le agradece su generosa felicitación, que
estima como la expresión de un noble
sentimiento patriótico, cuya competencia
en materias militares es reconocida
por todos, así como sus notables trabajos
en pro del crédito de nuestro país, le
corresponde con este motivo toda felicidad
como siempre

Buenos Aires, Enero de 1907.

SR. DON FRANCISCO SEEBER.

Mi querido Francisco:

Al leer tus hermosas cartas, fruto de la inteligente observación, no he podido menos que recordar al distinguido capitán, cuya foja de servicios en la guerra del Paraguay está llena de méritos valerosos de soldado; servicios que en mi opinión imparcial, alejada del afecto que te profeso, deben tenerse en cuenta, si es que en la tierra anda aún, aunque sea á tientas, la justicia; porque fueron servicios en una guerra internacional, que comprometió por un momento la seguridad de nuestras fronteras, y aún me atrevería á decir, la independencia de la República. Guerra la más colosal y peligrosa que ha sostenido la República y, por consecuencia, la que ha debido ser más recompensada.

Tú y muchos de los que en esa guerra penosa actuamos, abandonando posiciones, comodidades y

fortuna, no solamente estábamos expuestos á las balas del enemigo, que ni en la noche dejaban de rugir, sino á las enfermedades que producía un clima mortífero, á las terribles epidemias que diezmaban los batallones, efecto muchas veces de alimentos nocivos y de aguas contaminadas. Te ví antes de que marchásemos en protección de la División de Conesa, que se batía brillantemente en Pehuajó, repartir las municiones de refuerzos á tu compañía, sentado en el suelo, porque la fiebre que te había atacado días antes no te permitía estar de pie. Al regresar al campamento no nos acompañaste á comer y guardaste cama. Tu estado se agravó, pasaste al hospital y no obstante los cuidados y la ciencia de nuestro valeroso amigo el Dr. Joaquín Bedoya, fué necesario trasladarte á Corrientes. Cuando llegaste, Francisco López Torres y José María Muñiz tuvieron que bajarte de la galera en que ibas. Apenas convaleciente te incorporaste á nuestro batallón la víspera del pasaje al Paraguay. Bedoya te lo reprochó y te llevó á dormir á su carpa, para que no pasases la noche á la intemperie. Al tiempo de atravesar el Paraná, operación tan hábilmente dirigida por el general Mitre, desconcertando al enemigo, y que he tenido oportunidad de describir en todos sus detalles, te atacaron fuertes vómitos.—"La suerte que no ha habido tiros, Jo-

sé Ignacio, me dijiste, sino podían decir que me había descompuesto de miedo." —Al desembarcar te ví, sin fuerzas, tender tu capote en el suelo y acostarte sobre él.—Todos te aconsejamos embarcarte en el "Guardia Nacional", que comandaba nuestro bondadoso amigo el coronel Murature, te resististe y pediste que te alcanzaran una taza de te con cognac. El comandante Cobo se acercó, te hizo la misma indicación y contestaste que no lo harías, porque ya te sentías mejor. El coronel Bustillo se empeñó también con esa dulzura, que contrasta con su valor probado, que te embarcaras tranquilo, que los paraguayos se habían retirado y que no entraríamos por muchos días al fuego. Por último Bedoya te dijo: "como médico le ordeno que se embarque, capitán". — Quince días después te incorporaste al batallón. La misma noche salimos de avanzada, te hicimos una cama con chala de maíz, del rastrojo en que montábamos la guardia, y protestate porque el suelo te pareció menos duro. Juntos asistimos á los combates y batallas del 2 de Mayo, 24 de Mayo, 18 de Julio y Curupayty, hasta que una recaída te obligó á bajar nuevamente á Corrientes y de allí á Buenos Aires, donde te dieron de baja, porque no podías soportar aquel clima. Más tarde yo también estuve cerca de la muerte, atacado de cólera. Está probado que nuestra carnadura es resistente, y á nuestra edad, en que

tú y yo estábamos en la vejez de la juventud, es decir, en el retiro, conservándonos fuertes y sin achaques, todavía podríamos bizarramente actuar en una campaña en defensa de esta patria que amamos tanto, si alguna planta extranjera osase profanar su suelo.

Al felicitarte por tus escritos deseo que no olvides nunca que debajo de la tienda de campaña estrechamos aquella sólida amistad que nació en la escuela y continuó inalterable; algo más; no sé si podríamos llamarla inmortal.

Siempre tu amigo

JOSE I. GARMENDIA.



Tte. General Bartolomé Mitre
1865

LA GUERRA DEL PARAGUAY

(De los apuntes de un Guerrero del Paraguay

CARTA I

Provocación de guerra del Paraguay á la Argentina. — Apresamiento de buques argentinos. — Proclama del general Mitre. — Su autobiografía. — Embarque y desembarque de fuerzas. — Impresiones de un militar novicio. — La Argentina y el Uruguay, su unión futura. — Opiniones del general Palleja sobre la guardia nacional argentina. — Combate del Riachuelo. — Conveniencia en atacar por el Paraná y no por el Uruguay.

Concordia, Junio 30 de 1865.

Querido amigo: Cumplo con la promesa de enviarte mis modestas impresiones sobre la guerra que nos ha declarado el déspota del Paraguay. No contento con haberla emprendido con el Brasil y el Estado Oriental, sin más pretexto que el

pretendido equilibrio del Río de la Plata, del cual se erige en árbitro, ahora le parece empresa fácil provocar también á los argentinos. No le han hecho efecto los contrastes que ya ha sufrido con el Brasil y se propone aumentar sus preocupaciones. Pronto quedará enredado en sus propias redes. El 17 de Abril llegó á Buenos Aires la noticia de que López había apresado en Corrientes nuestros pequeños buques armados en guerra, el "25 de Mayo" y el "Gualeguay", que estaba en compostura. Fueron tomados á traición sin previa declaración de guerra. Cinco vapores paraguayos los abordaron, la pequeña guarnición resistió como pudo, pero tuvo que abandonar los buques, teniendo varios muertos y heridos y dejando 50 prisioneros en manos del enemigo. El pueblo se alzó como un solo hombre, al recibir esta fatal noticia; recuerdo la figura imponente del general Mitre, cuando desde la puerta de su casa nos proclamó diciendo: "Después de la provocación lanzada, del insulto hecho á nuestra bandera, por el tirano del Paraguay, vuestro gobernante no puede deciros otra cosa sino que las proclamas y las manifestaciones van á ser traducidas en hechos; que dentro de veinticuatro horas estaremos en los cuarteles, dentro de quince días en campaña y á los tres meses en la Asunción". Todos volamos á tomar los puestos que nos corres-

pondían, para defender el honor de nuestro país. Creyendo que mi batallón no marcharía resolví acompañar á Amancio Alcorta y á Pepe Murature en la escuadra y me dirigí á lo de Risetto para que me hiciera un traje de guardia marina.

A los pocos días fué movilizado el primer batallón de guardias nacionales de la capital y de ayudante que era pasé á ocupar el puesto de teniente 1o. de la 4a. compañía. Los que siempre formamos en el partido liberal, por más que nos distanciaran divergencias políticas con el círculo que rodeaba al general Mitre, nos hemos sentido atraídos siempre por sus grandes condiciones morales y su profundo saber. A veces hemos creído que no debiera permitir que tanto elemento joven y viril se le separase. Tal vez es nuestra inferioridad la causa de que seamos intolerantes y aparezcamos demasiado localistas, olvidando que un país tan desquiciado como el nuestro, pervertido por los tiranos y los mandones, no se gobierna como se quiere, sino como se puede. Cuando arengó á los estudiantes el 24 de Abril, estuvo elocuente y conmovedor. Citando á Paz, á Belgrano y á Santander, que abandonaron las aulas para tomar las armas, demostraba que la inteligencia en acción es fuerza, y aún resuenan en mi oído las frases con que terminó: "Honor y gloria á la viril inteligencia que dan al mundo estas subli-

mes lecciones... Viva la inteligencia armada con la espada invencible de la justicia y del derecho...'' Parecía que la herida profunda, que recibió en la frente combatiendo por la libertad, proyectase rayos luminosos, sobre nuestros rostros, para enseñarnos el camino del sacrificio, del honor y de la gloria. A su ayudante el doctor Emilio A. Agrelo, que estuvo á su lado cuando lo hirieron en el sitio de 1853, en los potreros de Langdon, le he oído ponderar su serenidad y su resignación al recibir un balazo tan grave. El Dr. D. Juan José Montes de Oca, que lo asistió, le pronosticó la muerte ó la locura, y sin embargo su cerebro, conmovido por el plomo enemigo, adquirió mayor fuerza y lucidez. Luchó con la espada, la pluma y la palabra contra el despotismo y se impuso siempre por sus propósitos honrados y su energía. Desde muy joven demostró tener carácter severo y una resistencia poco común. Cuando muchacho se ocupó de trabajos rurales en la estancia de don Prudencio Rosas, al Sur de la provincia de Buenos Aires. Le consideraron sin embargo incapaz, porque todo el día se lo pasaba leyendo. Los paisanos le pusieron por apodo: ''no pido abrigo'', porque montaba á caballo, con los más grandes fríos, sin poncho ni sobretodo.

Conjuntamente con la publicación de esta carta ha aparecido en ''El Diario'' la autobiografía del



General Juan A. Gelly y Obes
1862-1865

general Mitre: creo que honro su memoria transcribiéndola, en la parte anterior á la guerra del Paraguay. La posteridad debe tener siempre presente la vida de este gran prócer, para que influya sobre el carácter de nuestra juventud, inspirándose en uno de los modelos más perfectos del hombre. — "El general Bartolomé Mitre, hombre de estado, literato, publicista y guerrero, nació en Buenos Aires (República Argentina) el 26 de Junio de 1821. Pasó sus primeros años en Patagones, donde su padre desempeñaba un alto puesto administrativo, y se educó en Buenos Aires y Montevideo.

"A los quince años entró al servicio militar en clase de soldado distinguido (cadete) en el arma de artillería, dedicándose al estudio de las matemáticas. A esta edad publicó sus primeros ensayos literarios y antes de cumplir los diez y siete años había dado al teatro dos dramas históricos sobre asuntos americanos.

"Dominada la República Argentina por el dictador Rosas, uno de los más bárbaros tiranos de los tiempos modernos, el partido liberal argentino se levantó en armas para combatirle, contando con el apoyo de la vecina República del Uruguay, á la que Rosas declaró la guerra por esta causa. El general Mitre, entonces capitán, tomó parte en esta guerra y se halló en la batalla de

Cagancha (Estado Oriental) en 1839 y en la campaña de Entre Ríos (República Argentina) en 1841, que termina con la desastrosa batalla del Arroyo Grande en que los ejércitos aliados de la República del Uruguay y de los liberales argentinos fueron completamente destrozados.

"Atrincherados en la ciudad de Montevideo los últimos restos de aquellos ejércitos, tomó él parte en el memorable sitio de aquella ciudad, que duró diez años como el de Troya. Desempeñó en esta época el puesto de comandante general de artillería y director de una parte de sus fortificaciones, asistiendo á varios combates y batallas en clase de teniente coronel.

"En este tiempo escribió un "Manual práctico de artillería" de sitio y campaña para el servicio de la plaza, el cual ha sido adoptado por varias repúblicas sudamericanas. A la vez colaboró en algunos periódicos políticos y literarios, entre ellos el "Iniciador", "El Corsario", "El Nacional" y "La Nueva Era", publicando en este último unos notables estudios sobre el carácter de las guerras americanas que llamaron la atención por su originalidad.

"En 1847 pasó á Bolivia llamado por el gobierno de esta república para dirigir un colegio militar. Allí escribió un "Tratado teórico-práctico de artillería" que sirvió de texto á la enseñanza pro-

fesional. Fué posteriormente segundo jefé de estado mayor y comandante general de artillería, y como tal asistió á la batalla de Vitiche (Bolivia), decidiendo la victoria con sus cañones. El presidente Ballivian, que mandaba en persona el ejército boliviano, dijo con tal motivo que: "El co- " mandante Mitre había trepado con su artillería " hasta las alturas donde sólo las águilas habían " volado". Por este hecho fué declarado benemérito en grado heroico y eminente de la república boliviana.

"En Bolivia redactó el diario político "La Epoca" y publicó diversos trabajos literarios.

"En 1848 pasó á la república de Chile, donde sucesivamente redactó "El Comercio de Valparaíso", "El Progreso" de Santiago, dando á la prensa algunos folletos sobre la política militante del país, en la que tomó parte sosteniendo ideas liberales, que más tarde han triunfado allí.

"En 1851 regresó á su patria para tomar nuevamente parte en la guerra contra el tirano Rosas, que se abría nuevamente con el pronunciamiento de los liberales argentinos aliados de la República del Uruguay y el Brasil. Rosas fué completamente vencido en la batalla de Caseros por el general Urquiza, distinguiéndose el comandante Mitre en ella mandando la artillería, por lo cual fué premiado con dos medallas de oro y ascendido á coronel en el campo de batalla.

"Derribada la tiranía de Rosas fundó en Buenos Aires el diario "Los Debates", que operó una revolución en las ideas políticas y económicas y fija su reputación como publicista, grangeándose gran popularidad.

"Nombrado diputado por Buenos Aires se hizo conocer por la primera vez como orador parlamentario; siendo desterrado por la oposición que en calidad de tal hizo al general Urquiza, el que después de haber derribado la tiranía de Rosas pretendía reemplazarlo haciéndose nombrar dictador.

"Pronunciado el Estado de Buenos Aires contra el general Urquiza, se sustrajo á su dominación. Nombrado el coronel Mitre comandante en jefe de la guardia nacional del Estado insurreccionado, fué uno de los que en primera línea se puso al frente del movimiento político y militar, contribuyendo á dar nervio á la opinión pública y formulando los principios del derecho federal con un "Manifiesto" que la legislatura del Estado adoptó como suyo.

"Sosteniendo estos principios y los derechos de la libertad por la espada y la palabra, á la par de impulsar la reforma política y administrativa, combatió por el espacio de diez años en la prensa, en la tribuna parlamentaria, en los consejos del gobierno y en los campos de batalla, adquiriendo en virtud de esos trabajos una inmensa populari-



General Wenceslao Paunero

dad que en los veinte años que han transcurrido no se ha debilitado. En esta época fué ministro y general en jefe varias veces, distinguiéndose especialmente como jefe de estado mayor en el sitio de Buenos Aires en 1854, en que en una de las salidas fué herido en la frente al atacar una batería enemiga. El general Urquiza, que mandaba en persona el ejército sitiador, tuvo que retirarse vencido de Buenos Aires.

"En el mismo año de 1854 se publicaron en un volumen sus poesías líricas bajo el modesto título de "Rimas", con un estudio histórico sobre la poesía.

"En 1859 publicó su "Historia de Belgrano" en dos gruesos volúmenes, que es su más notable obra y la historia más completa que se haya escrito de la revolución de la independencia argentina. Posteriormente publicó sus "Estudios Históricos" sobre la misma en un volumen, que es un complemento de aquel libro.

"Ascendido á general en 1859 tomó el mando en jefe del ejército de Buenos Aires, á cuyo frente dió la batalla de Cepeda con "cinco mil" hombres contra "catorce mil" mandados por el general Urquiza. Dispersada su caballería, consiguió salvar su infantería y parte de su artillería, ejecutando á su cabeza una penosa y atrevida retirada en un trayecto de diez y seis leguas castellanas, hasta

ponerse en contacto con la escuadra en la costa del río Paraná, que es el Missisipi argentino.

"En San Nicolás de los Arroyos tomó personalmente el mando de la escuadra de Buenos Aires y con cinco buques atacó decididamente los nueve buques de la Confederación que bloqueaban el puerto, consiguiendo vencerlos en un combate que le siguió, asegurando así la retirada franca de sus tropas por agua.

"Llegado á la capital de Buenos Aires con los restos de su ejército, fué nombrado general en jefe de la defensa, y atrincherando la ciudad se sostuvo hasta que se firmó la paz con la Confederación.

"Nombrado en 1859 gobernador de Buenos Aires por el voto casi unánime de amigos y enemigos, incorporó legalmente el Estado á la Confederación Argentina, después de haber contribuído como miembro de la convención constituyente á que se reformase la constitución nacional en el sentido de los principios en que se funda la constitución de la república modelo de los Estados Unidos, redactando en tal sentido un extenso "Informe" que es un tratado de derecho público constitucional.

"Habiendo vuelto á estallar la guerra entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación, no obstante los esfuerzos que el gobernador Mitre hizo por mantener la paz, levantó un nuevo ejército de 15.000 hombres, cuyo mando tomó en persona. A

su frente derrotó completamente al de la Confederación, fuerte de 17.000 hombres, que al mando del general Urquiza le presentó batalla en los campos de Pavón el día 17 de Septiembre de 1861.

"Esta gran victoria dió la preponderancia definitiva al partido de la libertad en la República Argentina, y abrió para este país una nueva era de gobiernos regulares y de progreso, en cuya vía ha continuado.

"Aclamado espontáneamente por todos los Estados de la Confederación para ejercer casi dictatorialmente el poder ejecutivo, sólo usó de esta autorización para convocar al congreso nacional y someterle la situación, dándole cuenta del uso que había hecho de la autoridad que la victoria y el voto público habían puesto en sus manos. El congreso decretó en su honor un voto de gratitud, declarando que á él se le debía la organización de la nacionalidad argentina, amenazada de disolverse.

"Elegido presidente constitucional de la república en 1862 por el voto unánime y libre de los pueblos, incluso el del mismo general Urquiza, recientemente vencido por él, fué el primero de sus gobernantes después de la independencia que la gobernó con toda su integridad, y organizó definitivamente la nacionalidad argentina, que hasta entonces no había sido verdaderamente un cuerpo de nación compacto. Ejerció la presiden-

cia por el espacio de seis años que marca la ley, pacificando la república, haciéndola prosperar é inaugurando un régimen lealmente constitucional, cerrando para siempre la era de los sistemas represivos.

"Siendo presidente de la república el general Mitre, estalló, en 1865, la guerra entre la República del Paraguay y el Brasil, y posteriormente entre el Paraguay y la República Argentina y la del Uruguay. El general Mitre, que en estas circunstancias hizo todo lo posible para evitar la conflagración, no obstante que todos los Estados vecinos le ofrecían el mando en jefe de las fuerzas coaligadas, se vió al fin obligado á entrar en lucha por la agresión que el dictador López del Paraguay le trajo á su territorio. Declarada así la guerra, el general Mitre fué nombrado generalísimo de los ejércitos de la triple alianza argentino-oriental-brasilera, fuerte de 50.000 hombres. Al frente de este ejército, rechazó la invasión paraguaya en el territorio del Brasil, reconquistando la ciudad de Uruguayana en presencia del mismo emperador del Brasil, don Pedro II, quien al capitular la plaza, pasó personalmente en las manos del presidente argentino la primera bandera rendida por el enemigo, haciendo en seguida evacuar la provincia de Corrientes (limítrofe con el Paraguay) ocupada por López. En seguida al frente del mismo ejército



CORONEL MANUEL ROSETI
1865

invadió el Paraguay, realizando una de las más memorables operaciones de guerra de la historia sudamericana en el pasaje del caudaloso río Paraná, que efectuó á la vista del enemigo, sorprendiéndolo y derrotándolo al poner pie en la ribera opuesta.

"En el curso de esta gran campaña, que duró más de cuatro años, destruyó completamente en varias batallas campales el poder militar del dictador López, quien al frente de un ejército de ochenta mil paraguayos había pretendido turbar la paz de sus vecinos para hacerse coronar después como monarca de los países vencidos, concluyendo esta guerra con la muerte del dictador en Aquidaban en 1868."

Muchas contrariedades ha tenido que soportar el general Mitre, muchos envidiosos le han asestado golpes venenosos. Pero lo que tiene valor intrínseco se abre camino por entre las espinas que la maldad opone á la marcha ascendente de los buenos. Iremos á la guerra bajo su inteligente comando superior y estamos seguros de conseguir el triunfo, con más ó menos sacrificios. La República Argentina jamás tuvo un guerrero más ilustrado, más prudente y más intrépido que él. En algunas circunstancias, si sus planes fallaron en detalle, fué por defecto de los elementos que tuvo á su disposición. Nos hemos estrenado bajo un augu-

gurio feliz. Las armas argentinas, que siempre salieron victoriosas, acaban de confirmar su fama en el combate de Corrientes, que tuvo lugar el 25 de Mayo. El valiente general Paunero se batió contra fuerzas ocho veces mayores, en la toma de esa ciudad; tuvo 150 hombres de baja, pero le causó 450 al enemigo. Rivas, Roseti, Charlone, Aldecoa y Pagola, con la bravura que les es característica, se llevaron todo por delante. Tuvimos que deplorar la muerte del simpático mayor Pedro Sagari: al tiempo de desplegar la Legión Militar, de que era segundo jefe, cayó atravesado de un balazo. Nos unían á él lazos de sincera amistad y era una esperanza para el ejército.

Estamos en plena labor instruyendo á nuestros soldados é instruyéndonos nosotros al mismo tiempo. El día que me incorporé al cuerpo, cuando iba á acostarme, me dice el ayudante: "teniente, mañana tiene que salir á instruir la compañía, porque el capitán Elizalde ha dado parte de enfermo". Era el primer conflicto en que me iba á encontrar.

Fuí ayudante del comandante Ventura Martínez, un cumplido caballero, muy tolerante, que fuera de los movimientos generales de formación y despliegue del batallón, no entendía más que de colocación de guías. Los soldados y oficiales del batallón 1o. éramos unos desordenados. Varias veces quiso disolver el comandante Martínez algunas compa-

ñías, pero lo calmábamos con banquetes, ofrecimientos de enmiendas y conciertos en casa de don Manuel Campos, cerca de la cual estábamos atrincherados cuando Pavón, para el caso de un contraste.

El comandante Martínez tiene una foja de servicios distinguida: combatió contra Rosas y contra Oribe en el sitio de Montevideo. En el sitio que puso Urquiza á Buenos Aires en 1853, quedó por muerto, con una herida grave en la mano. En una salida, el 21 de Enero, fué cortada su compañía en el bajo del Retiro, encontrándose allí Mitre. Este estaba á caballo vestido de particular sin armas, comía tranquilamente un durazno y los enemigos no le hicieron nada porque lo tomaron por gringo. La mujer de un soldado prendió fuego á un cañón cargado de metralla que estaba sobre la barranca y los de afuera, como entonces se les llamaba, dispararon, creyendo que había más artillería.

Pasé la noche sin dormir, con la táctica en la mano, alumbrado por la débil y vacilante luz de una vela de sebo colocada en una botella. A la mañana siguiente marché con mi compañía, á la diana y me situé frente á la estación del ferrocarril del Norte, en el bajo del Retiro. Mis soldados no recibieron más que instrucción de movimientos á pie firme, — hasta donde yo había aprendido en

la noche. El sargento me dice: "teniente esto ya lo saben los soldados". — "No importa, le contesté, hay que repetir estas cosas y, sobre todo, soy muy exigente y quiero que todos los movimientos se hagan iguales y con toda precisión". Así continué aprovechando las academias que nos daba el comandante Cobo y no me separaba de la táctica de Perea y de la de César Díaz. El 23 de Junio nos embarcábamos. Días antes estuvimos algunos oficiales á saludar al general Mitre, que partió á campaña, delegando el mando en el Vice Presidente Dr. don Marcos Paz. Nos recibió con esa sencillez que le es peculiar, teniendo frases oportunas, galantes, aun para los pinches como yo. Al mismo tiempo nos despedimos de sus distinguidas é interesantes hijas Delfina y Josefina, á las que más de una vez atormentamos con cantos y serenatas, en compañía de Soro, Fabiani y otros, al son de flautas, guitarras y violines. No me olvidaré de aquellos famosos conciertos volantes durante el carnaval, en el ómnibus de madame Frebourg, cuando Patricio Sala quería que yo cantase á su festejada la romanza "Raggio d'amor" del "Furioso" y yo me resistí, transando por cantar "La Rosilla" de Jradier. Embarcamos hasta un armoni-flauta, lo que ya era una modificación á las serenatas que se daban con piano en tiempos de don Emilio Giménez. Nos embarcamos, pues, al son de



Coronel Juan B. Charlone
1865

la marcha del Tala, de un corte un tanto milonguero, pero de un entrain especial.

Cinco días interminables echó el vapor Rómulo. en que íbamos, para llegar á este puerto, cuando ya se agotaban las provisiones de nuestro batallón y el último día, pasas de uva, galletitas y nueces reemplazaron á alimentos más nutritivos. El viaje fué relativamente ameno, porque el grupo de amigos que se ha reunido en este cuerpo se entiende perfectamente y con Garmendia, Bustos, Boneo, Gutiérrez, Marenco, Elizalde, Argerich y Bunge pasamos ratos entretenidos. Todos vamos poseídos del mayor entusiasmo y creemos que uno de los actos más conscientes del general Mitre ha sido no esquivar esta guerra. En ningún caso deberíamos haber consentido que los brasileros la hubieran hecho solos, por cuanto el triunfo, con mayores ó menores sacrificios, hubiera sido de ellos, á la larga, y entraña un peligro para nuestro país, tenerlos con un ejército victorioso sobre nuestras fronteras. Los atropellos constantes de López, teniendo en su poder la mitad de Misiones. sus repetidas amenazas en cuanto intentábamos acercarnos al Bermejo siquiera, y sus tentativas de ayudar á los opositores en la República, eran motivos suficientes para ir á la guerra, ayudados por el Brasil y el Estado Oriental, siendo seguramente nosotros los que mayores ventajas sacaremos de

la triple alianza. Además consta que Mitre hizo cuanto pudo para evitar la guerra, no obstante que el Brasil y el Uruguay le ofrecieron el mando en jefe de los ejércitos aliados.

En el viaje nos acompañaban los ecos de los que nos alentaron con sus ovaciones cuando nos embarcamos, y veo todavía á la Capitanía del Puerto coronada de damas, que agitaban sus pañuelos, deseando vernos regresar con honor y con gloria. De todos los ojos negros que divisé, ninguno tal vez ha de haber demostrado especial interés por mí; me alejo sin que nada turbe mi espíritu, ni intranquilice mi corazón, lo que es bien extraño á los 23 años.

Sin embargo, aunque como recuerdo fugaz, llevo la impresión simpática de una morocha de 15 años, á la que he visto varias veces y estaba entre las niñas que nos vivaron desde la Capitanía del Puerto, acompañada de una prima. A Dardo Rocha le llamé la atención sobre ella un día que pasó por delante de su casa acompañada de su padre y de su hermana. Es Fanny Agrelo, nunca he hablado con ella y es probable que no habrá parado su atención en mí. Como ya estoy posesionado de mi carácter militar diré como aquéllos que cambian de guarnición: "si quedo un día más la conquista es segura".

Nuestro pesado vapor navegaba lentamente,

por las aguas del Uruguay, y sus pintorescas riberas, formadas por elevadas barrancas, alternando con las planicies siempre verdes, con los montes de árboles diversos, que crecen con tanta lozanía, producen un encanto especial. Cuando millones de hombres pueblen estos campos feraces y casi desiertos, será la navegación de este río tan interesante como la del Rhin, que juntos hemos recorrido, aunque falta la leyenda de la Loreley, los castillos feudales, los navegantes atraídos por las ondinas, sumergidas en las aguas profundas, y el tesoro escondido del Niebelungo.

El 28 de Junio, por fin, llegamos á este pueblo en formación, que ha de progresar, porque con su vecino el Salto, desempeñan recíprocamente, el rol de fomentadores del contrabando. ¿Cuándo suprimirán los países limítrofes sus aduanas, focos de corrupción y de molestias, reemplazándolos por impuestos más humanos y equitativos? Sobre todo, ¿por qué la Argentina y el Uruguay, que en tiempo no lejano tienen que volver á formar una misma nación, hoy que están unidos para combatir á un tirano y destruir su poder oprobioso, no empiezan por formar la liga aduanera, que ha sido precursora de la unidad alemana? Hombres de estado tienen ambos países, bien conceptuados, que nos sabrán responder. Mientras tanto, política y económicamente considerado, estos países tienen

que formar, con el tiempo, una sola nación: está en sus conveniencias recíprocas, en el instinto de ambos pueblos y en sus vinculaciones. Además hay menos antagonismo entre un porteño y un oriental, que entre un porteño y un cordobés, ó un tucumano y un correntino.

Todos los países del mundo que tienen analogía de origen, de costumbres y de idiomas, tienden á la unidad, como la Alemania y la Italia, y las grandes agrupaciones hacen á sus naciones más respetables, más felices y más grandes, siendo sus gobiernos más económicos; mucho más cuando se trata de la República Oriental y la Argentina, que formaron una sola nación, y que se dividieron por el capricho y los intereses personales de obscuros caudillos. Ojalá la propaganda de hombres del alto temple de Juan Carlos Gómez sean capaces de conducirnos á este hermoso ideal.

Nuestra primera noche de vivac fué alegre, bulliciosa y llena de encantos para los novicios. Armar las carpas, preparar la cama y las pilchas, comer á la intemperie y hacerse gaucho, tomando la carne en la mano, sin tenedor y cortándola á raíz de los labios, sentarse alrededor del fogón y tomar mates de café, todo eso era una novedad que no dejaba de agradar á nuestros oficiales, todos jóvenes, muchos de los cuales acababan de abandonar los salones del Club del Progreso, don-



Coronel José Maria Bustillo
1865

de se desp[illegible] prometiéndoles dejar sus huesos en los [illegible] l Paraguay, ó volver con honor y con gloria, en homenaje á las tradiciones de la bandera argentina, que siempre atravesó triunfante el campo de sus enemigos.

Pepe Elizalde es mi capitán y su bondad es incomparable, es demasiado bueno y temo que la disciplina y la instrucción de la compañía se resientan un poco, porque le falta nervio para mandar, pero en cambio es de una paciencia ejemplar y muy fuerte según parece para resistir á las fatigas. Me distingue mucho, y estoy seguro que seremos buenos é inseparables compañeros en esta campaña, que no ha de ser muy larga, si tenemos previsión, y no nos lanzamos á las operaciones de la guerra, sino con todos los medios de ataque bien preparados, para lo cual tenemos la cómoda vía fluvial, á nuestra disposición, que nos comunica con Buenos Aires.

Muy grato me ha sido saber que el coronel Palleja, del ejército oriental, ha elogiado la presencia de la oficialidad de nuestra división, á la que cree inteligente y briosa. No me explico porque en vez de tomar la ruta del río Uruguay no hemos ido por el Paraná hasta el punto donde se encuentra el general Paunero. Después del combate del Riachuelo, en que la escuadra de López, que se componía de 6 vapores de ruedas, el mayor

de 627 toneladas y dos pequeños á hélice, quedó completamente destrozada, lo que convendría sería ir en busca del ejército de Robles, que acampa por el Empedrado y atacarlo rápidamente ú obligarlo á repasar el Alto Paraná.

Mariscaladas dirás tú y tendrás razón. Las disposiciones que se han tomado deben responder á consideraciones estratégicas y políticas, probablemente de un orden superior, que un teniente improvisado no es capaz de comprender. Ya sabes lo que Fausto contesta á Mefistófeles, cuando éste lo inviste con las insignias de general, para que gane una batalla. "Eso sería para mí llegar á la más elevada altura, mandar allí donde nada entiendo".

El 1er. Batallón de Guardias Nacionales de Buenos Aires.

CARTA II

Alluy Chico, Agosto 26 de 1865.

He tenido la satisfacción de ser ascendido á Capitán. Ocupo la vacante que tuvo que dejar mi buen amigo Pepe Elizalde por haberse enfermado de un pie. No obstante ser esta causa bastante para pedir su baja, ha resuelto continuar la campaña y ha pasado á ser Ayudante de la División, á las órdenes del Coronel José María Bustillo. Este noble jefe, que nos comanda, tiene la simpatía de todos nosotros; inspira confianza porque es sereno y previsor. Mi ascenso ha herido algunas suceptibilidades de otros oficiales que tenían mayor antigüedad, pero éstos mismos me han hecho manifestaciones de conformidad. En el mismo día que me nombraron Capitán

de la compañía, el Comandante Cobo me ordenó que mandara el batallón en el ejercicio de la tarde. Los Capitanes Garmendia, Bravo, Dávila, Boneo y Gutiérrez, más antiguos que yo, me hicieron la distinción de quedar al mando de sus compañías, y no obstante la emoción consiguiente y el temor de equivocarme, me desempeñé discretamente, ordenando los movimientos tácticos más difíciles. Cada vez que tomo la táctica en la mano, comprendo que las voces de mando son muy complicadas y que valdría la pena el reformarlas y evitar tanta figura de contradanza, que en el momento de la pelea no han de servir sino para producir perturbaciones y quitar al soldado su independencia y acción propia.

Sorprende ver como adelantan los reclutas, entre los que tenemos un contingente de gauchos de San Pedro, y la facilidad con que en nuestro país se forman soldados. El hombre de la campaña es fuerte, sufrido, sobrio, perspicaz, tiene la vista ejercitada para medir las distancias y se adapta fácilmente á la vida militar.

Los oficiales de este Batallón, que tiene una tradición gloriosa, están todos bastante adelantados; se lo debemos á nuestro Comandante Juan Cobo; nos da frecuentes academias, no solamente sobre la táctica, sino que tiene el don de trasmitir bien sus conocimientos. Ha sido oficial de línea, es minu-



CORONEL ESTÉBAN GARCIA
1865

cioso, ordenado recto y severo; y estoy seguro que se distinguirá en la pelea. Es delicado de salud y tal vez las fatigas de la campaña le perjudiquen. Estoy en buenas relaciones con él y me agrada su carácter franco y caballeresco.

Estuvimos en Concordia, donde me presentó á Miguel Martínez de Hoz, otro tipo atrayente, de corte medioeval; también ha sido oficial de línea y fué herido en el pie derecho en Cepeda. Pasamos cuatro días comiendo bien y durmiendo mejor que en nuestras carpas. Gracias á la que me mandaste, y que habitamos con Elizalde y Pedro Argerich, ya no siento los inconvenientes de los primeros efectos de los aguaceros. La de tropa que tenía permitía que una lluvia fina le bañase á uno el cuerpo, hasta que el agua henchía un poco la lona.

Rafael Cobo y Benjamín Martínez de Hoz, que habían venido á visitar á sus hermanos, contribuyeron á amenizar nuestra reunión en el Hotel de la Concordia, acompañados de Juan Francisco Vivot y Adriano Rossi. Encontramos á la Sereno, artista discreta, con la que canté los dúos de la Traviata y de la Lucía. ¿Recuerdas cuanto me impediste ingresar al Conservatorio de París, hace 4 años y medio? Mi maestro de violoncello me entusiasmaba para que me dedicase á las tablas; yo me sentía atraído á la carrera artística, pero tú me trazaste

un cuadro poco halagüeño y me amenazaste con escribir á mi padre que no me mandase un céntimo. En vez de ésta estoy condenado á aprender los toques de corneta, que retengo con más dificultad que el aria de la estrella del Tannhauser ó la de Wolfrango en el torneo de los bardos. Sigamos, pues, nuestro prosáico destino.

Los fusiles que nos han dado son de muy mala calidad. Son de fulminante, factura alemana para la exportación, y en muchos no revienta el fulminante al primer golpe de gatillo. Muy poco tiramos al blanco, y la economía de pólvora se traducirá más tarde en derroche de vidas. Poco parece que han aprendido nuestros militares de la reciente guerra de secesión de los Estados Unidos; los fusiles de retro-carga y el cartucho metálico aún no lo hemos adaptado. Los norteamericanos tienen más de cien mil carabinas y fusiles Spencer. Algunos batallones de línea tienen rifle, pero la mayor parte están armados de fusil de fulminante. Verdad es que vamos á combatir á un enemigo que está armado de fusiles de chispa, anda descalzo y se viste con calzoncillos y un pequeño chiripá.

Las noches son aquí extraordinariamente frías. á veces me echo hasta los botines y polainas sobre los pies para abrigarme; no obstante nos bañamos de día en las espléndidas aguas del Urugnay.

En Alluy Chico nos pasó revista el General Urquiza, después de la sublevación de Basualdo y después de la deserción de todas las fuerzas entrerrianas, que debieran acompañarnos para librar al territorio argentino de la invasión audaz que nos ha traído el tirano López. Algunos lo culpan á él de ese desbande de fuerzas, pero es posible que haya perdido un poco su prestigio, desde que se decidió á apoyar la obra patriótica de Mitre, para unir á los argentinos.

Somos todavía una agrupación de pueblos nómades, el sentimiento de la nacionalidad aún no está consolidado, pasarán muchos años y correrá bastante sangre antes que la unión sea perfecta é inconmovible. El sentimiento republicano, que importa para el gobernante respetar los derechos sagrados del ciudadano, velar por la felicidad de los demás, con el sacrificio de su persona, se traduce, por lo general, en opresiones vergonzosas y en la adquisición de riquezas y satisfacción de todo género de goces, para los que trepan al gobierno, sin respetar los medios y sin reunir las condiciones superiores que el desempeño de esas altas funciones requiere.

En momentos en que te escribo la banda de la artillería, hábilmente dirigida por Faramiñan, toca un vals de Esnaola, bastante sentimental, que produce un efecto conmovedor en el silencio de la

noche. Si Esnaola, en vez de haberse dejado dominar por la atracción de la acumulación del dinero, hubiera continuado sus estudios de composición empezados con tanto éxito en el conservatorio de Viena, los argentinos habrían tenido un músico notable, que hubiera figurado al lado de los más esclarecidos en vez de un prestamitsa exigente. No es la primera inteligencia artística malograda. Si Don Amancio Alcorta, tu padre, hubiera nacido en otro ambiente, también hubiera sido un gran compositor como lo demuestran sus inspiraciones musicales y poéticas, de las que deja composiciones muy dignas de aplauso.

José Ignacio Garmendia nos enseña á tirar el sable y en sus juguetes con Rodolfo Bunge, que es un subteniente, concluyen hasta por tirarse de hacha; el día menos pensado sale alguno con un buen tajo; ayer le ligó uno á la carpa de uno de ellos.

El Batallón 1.° de Guardias Nacionales tiene una tradición honrosa que es oportuno hacer conocer.

A la caída del tirano Rosas, el 3 de Febrero de 1852, empezó para este pueblo la era de la libertad, y se pensó inmediatamente en la organización de la Guardia Nacional de la ciudad, formándose

4 batallones, que tomaron los números del 1 al 4.

Todos ellos se compusieron de gente pudiente, porque cada soldado debió pagarse el uniforme, y éste era costoso, pues se adoptó el de la Guardia Nacional de París, compuesto de levita y pantalón de paño azul con morrión y penacho.

Los jefes y oficiales, y aún los sargentos y cabos, fueron elegidos por ciudadanos, y así los que componían el primer batallón, eligieron al Doctor Pastor Obligado, el mismo que fué más tarde gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

En la primera formación, se ofrecieron para llevar su bandera bordada por la Sociedad de Beneficencia los guerreros de la independencia Coronel Rojas y General Don Manuel Escalada, que había mandado en jefe el célebre Regimiento de Granaderos á caballo.

Cuando el General Urquiza dió el golpe de estado, en 23 de Junio de 1852, y asumió el mando de la Provincia, quedó naturalmente disuelta la Guardia Nacional organizada con tanto entusiasmo, y sólo volvió á reunirse en el momento de la revolución del 11 de Setiembre del mismo año contra el General Urquiza.

La primera campaña del batallón 1.º fué al mando del Dr. Obligado, con las fuerzas formadas después de esa revolución, que emprendieron la persecución del ejército de Urquiza, que retiró de

Palermo el General Galan, y cuya persecución terminó en Santos Lugares donde se pactó con este general, que abandonaría á la mayor brevedad, con su ejército, la provincia de Buenos Aires.

La Guardia Nacional siguió con su primera organización, y cuando el Gobierno creyó conveniente enviar un batallón par contener las invasiones que hacían las bandas de Santa Fe por el Arroyo del Medio, fué ella convocada, y en esa ocasión se reunieron los 4 batallones en la Plaza de la Victoria. Llamados los que quisieran salir á campaña, se presentaron todos, y fué entonces que se resolvió formar un batallón especial con 100 hombres de cada batallón. Se le dió el mando al Dr. Obligado, tomando este batallón el número 1.º, con el cual marchó á San Nicolás de los Arroyos, componiéndolo la juventud más distinguida de la ciudad.

Efectuada por el General Hilario Lagos la revolución del 1.º de Diciembre de 1853, y levantada en armas toda la provincia que conservaba sus sentimientos federales, fué llamado á la ciudad ese batallón, y regresó en un vapor, en el que vino también el General Paz, que había ido á las provincias en una misión de paz, y á quién no se le había dejado pasar del Arroyo del Medio.

Llegó el batallón el 6 de Diciembre á la tarde, y se dejó ir á sus casas á sus oficiales y soldados,



Coronel Ignacio Rivas
Comandante Lucio V. Mansilla

con la orden de presentarse al día siguiente en el edificio en construcción llamado Coliseo, en la esquina de la calle Reconquista y de la Plaza Victoria, donde está hoy el Banco de la Nación.

Al día siguiente, concurrieron allí los soldados del batallón en momentos en que las patrullas de la revolución cruzaban por todas las calles de la ciudad. No habían recibido otra orden que la de reunirse, cuando á las 3 de la tarde, resuelta por el gobierno la defensa de la ciudad, se presentó allí solo, á caballo, el Coronel Mitre y comunicó tal resolución á los guardias nacionales reunidos, proclamándolos y produciendo en ellos el mayor entusiasmo. Llamó á los granaderos del batallón, y tomando su mando los llevó por la calle 25 de Mayo hacia el Retiro, donde, después de un fuerte tiroteo, desalojaron á los revolucionarios, que, bajo las órdenes del Coronel Matías Rivero, ex jefe de Oribe, ocupaban los alrededores de esa plaza.

Me tocó oír la proclama de Mitre y presenciar su salida con los granaderos, por encontrarme en ese momento en el Coliseo con mi amigo Santiago Alcorta, con quién, como muchachos curiosos, habíamos salido del Colegio San Martín y nos habíamos dirigido á la Plaza, para ver si veíamos algo que importase un barullo.

El General Mitre ha contado esta escena en la

forma siguiente, y se ve por su relato que tocó al batallón 1.° ser la base de la defensa de la ciudad donde se salvaron las libertades públicas, y dar el primer combate del célebre sitio que duró 7 meses.

"Al entregar su Gobierno al Doctor Alsina el "General Pinto, su sucesor me propuso continuar "en el Ministerio. Contesté que tenía mi caballo "ensillado á la puerta de la Casa de Gobierno, "para ir á cumplir un deber sagrado.

"A caballo una vez, y con los pies bien afirma- "dos sobre los estribos, me quité en media calle "el frac negro de Ministro, y me puse la cosaca "militar que me trajo un sobrino de Rozas, que "quiso ser mi ayudante. Otro sobrino de Rozas "me alcanzaba la espada y mis pistolas. Pasando "al galope por la barbería del barbero de Rozas, "frente al Colegio, fuí saludado por la carcajada "de los que ya se creían vencedores. Al llegar á "la plaza, el Comandante Conesa me dice: Coronel, "mi batallón se ha sublevado, y mi cuartel lo han "tomado. Vamos á retomarlo, fué mi contestación. "Proclamé enseguida á veinte Guardias Nacionales "que estaban en la esquina del Coliseo, hoy teatro "de Colón. Los hijos de Florencio Varela, inspi- "rados por el valor cívico de su ilustre padre, "contestaron mi proclama golpeando el tambor "con brazo varonil. Corazones valerosos de noven-

"ta Guardias Nacionales batían al compás del to-
"que de alarma, y me siguen por la calle 25 de
"Mayo, en medio de una procesión de mujeres
"que salían á las puertas, con lágrimas en los ojos,
"para darnos la última despedida. Llegamos al
"Retiro, son rechazados los bandos de caballería
"que la ocupaban, se reconquistan los cuarteles y
"los batallones perdidos. Nuestros fusilazos dis-
"persaron la reunión que estaba tratando de paz
"en nuestro mismo Parque de Artillería; establezco
"el primer cantón de defensa; trazo la primera
"trinchera; coloco la primera escucha; organizo
"con el Mayor Vila la primera guerrilla de caba-
"llería del sitio; y á la tarde de ese mismo día,
"hombres, mujeres y niños pueden venir á pasear
"en la Plaza del Retiro, bajo la protección de la
"intrépida Guardia Nacional de Buenos Aires, que
"se había reconcentrado bajo mis órdenes.

"Desde ese momento quedó organizada la de-
"fensa de Buenos Aires, salvándose, una vez más,
"el recinto sagrado de la ciudad, que encerraba
"la última esperanza de la libertad argentina."

Después de ese combate que dirigió el Coronel Mitre, todo el batallón 1.° fué concentrado en el cuartel del Retiro, guarneciéndose con él todos los cantones de esa parte de la línea de defensa donde la quinta de doña Andrea Ibáñez, con la cual se colocó á la compañía de Granaderos, hasta las Cinco Esquinas.

Pocos días después, el 21 de Enero, tuvo ocasión de pelear nuevamente todo el batallón, por haber avanzado sobre las líneas guardadas por él, la numerosa división de caballería sitiadora estacionada en la Recoleta, y mandada por su jefe el Coronel León Benitez, aprovechándose de la salida hacia Flores que en esos momentos efectuaba el General Pacheco, con todas las tropas del centro de la líena.

El batallón peleó en ese combate desde el cantón de los granaderos y en línea en el Bajo hasta el Río, detrás de una tropa de carretas donde desplegó el resto del batallón. Aquella división enemiga fué rechazada, pero antes había sableado una guerrilla que estaba de avanzada, matando á su capitán.

Durante todo el sitio, siguió el batallón ocupando las mismas posiciones, y á su terminación, el General Paz, ministro de la guerra, mandó bordar en su bandera, como en las de los otros batallones, la siguiente inscripción: *combatió con gloria en defensa de Buenos Aires, durante el sitio de 1853.*

Algunos años después, en 1859, durante la campaña de Cepeda, el batallón 1.º quedó de guarnición en la ciudad, é igual cosa sucedió en 1861 durante la campaña de Pavón, en que se fortificó la ciudad, ocupando el batallón la misma parte de la línea, que había guarnecido en el sitio de 1853.

En este tiempo me encontraba yo formando parte del batallón, en el cual, al regresar de Europa en Enero de ese año, con mi amigo Santiago Alcorta, nos enrolamos juntos.

Al ocurrir la guerra del Paraguay, en el año 1865, fué designado el batallón para salir á campaña y cambió su composición, pues muchas de las personas pudientes que formaban parte de él, pidieron puestos de oficiales en ese y en otros cuerpos, y los demás pusieron personeros.

En estas cartas, cuento toda la parte de esta campaña que yo hice con el batallón. Al retirarme, siguió formando parte del ejército, habiendo tomado una parte principal en el combate de Lomas Valentinas al mando del comandante Garmendia, quién condujo sus restos á esta capital al terminar la guerra. Garmendia fué nombrado allí jefe de Brigada y dió pruebas de su ilustración y competencia militar en los diversos combates en que le tocó actuar.



CORONEL FRANCISCO ROMERO
1865

YATAY Y URUGUAYANA

CARTA III

Mercedes, Octubre 24 de 1865.

Querido amigo:

Hoy se nos ha incorporado el General Mitre con el primer cuerpo de Ejército, al mando del General Paunero y las fuerzas del General Flores. Se acercó á nosotros durante la marcha y se puso furioso con el General Gelly, porque todos los oficiales marchábamos á caballo, en mancarrones flacos y con monturas improvisadas. La mía, tenía que ver, se componía de una manta de tropa, un cinchón de cuero, unas guascas, que sostienen dos estribos de palo, fabricados por mi asistente y un par de riendas de cuerda con un bocado de tiento.

El Estado Mayor mandó poner en libertad á nuestros leales bucéfalos, que tanto nos ayudaron á salvar estos permanentes esteros, bañados, arroyos y ríos, con gran sentimiento nuestro y en adelante no habrá más que vadearlos, con el agua á la cintura, ya que los puentes militares son objeto de

lujo en nuestro ejército. Ojalá no nos cueste enfermedades este chapaleo de agua y barro, lo mismo que el agua turbia estancada, que tenemos que beber frecuentemente.

He hablado con diversos amigos, que han tomado parte en la batalla de Yatay y en el asalto de Uruguayana y puedo darte algunos detalles más que los que consignan nuestros partes oficiales, tan llenos de frases, alocuciones y términos encomiásticos y tan desnudos de relaciones técnico-militares. El único que lo hace es el Coronel oriental Don León de Palleja, español, cuyas correspondencias publica "El Pueblo" de Montevideo, que en más de una ocasión han contrariado al General Flores, por las noticias, que por este medio llegan á conocimiento del enemigo. No participo de esa opinión y todo lo que relata el Coronel Palleja le ha de ser conocido á López por los medios fáciles de investigación que ha de tener, los espías, desde que los paraguayos tomados prisioneros, en los combates anteriores, se desertan frecuentemente.

El 15 de Agosto, después de atravesar penosamente campos anegados y molestados por fuertes lluvias, se encontró el General Flores, con 9.000 hombres, compuestos de 1.500 hombres de las tres armas orientales, 5.500 argentinos y 3.000 brasileros, frente á las fuerzas paraguayas que comandaba el Mayor Duarte, compuesta de 3.000 hombres, en-

tre las cuales pocas de caballería, montados en caballos extenuados. Igual cosa sucedía á la caballería y la artillería de los aliados. Los caballos no tienen más forraje que el escaso que se encuentra en los campos.

Las tropas aliadas, principalmente las orientales, no estaban muy bien racionadas. Estando aprestándose para la carneada, la vanguardia del ejército aliado recibió un ataque de las fuerzas paraguayas, pero estas fueron obligadas á replegarse bien pronto.

Al día siguiente por la mañana reconoció el General Flores la posición de los paraguayos; éstos ocupaban un terreno formado por un triángulo: á la izquierda el Río Uruguay, á la derecha el arroyo Yatay y al frente una zanja, no muy profunda, que los paraguayos habían cavado para su defensa, que ocupaban tendidos en línea simple, sin apoyo alguno de artillería.

El ojo experto del General Flores le hizo comprender inmediatamente lo que aún un lego podría haber previsto, que disponiendo de triple fuerza y 14 cañones, esta fuerza estaba totalmente perdido. Mucho más cuando, á derecha é izquierda del frente de la línea paraguaya, el terreno se elevaba lo bastante para colocar la artillería que con fuegos cruzados podía terminar en poco tiempo con las escasas fuerzas que tenía á su frente. Los paragua-

yos además estaban armados con fusiles de chispa, eran malos tiradores y sin instrucción militar, lo que disminuía aún más las dificultades de vencerlos Las tropas aliadas vistieron de parada para entrar al combate, en cambio su General en Jefe se presentó como de costumbre en traje de paisano, que generalmente consistía de una camisa de color, corbata con dos vueltas, chaleco de tricot, saco de paño ó de lustrina, según la estación, pantalón negro, sombrero negro bajo y botas largas, que tenía la prolijidad de ensebar personalmente. Montaba en silla inglesa, con pistoleras, pero nunca lleva pistolas en ella, sino la grasa para ensebar sus botas, tampoco usaba espada, sino un látigo inglés con azotera. Jamás usó poncho, ni montó en recado, lo que no cuadra con el nombre de gaucho, con que pretendían denigrarle sus enemigos. El plan de ataque estuvo bien combinado por el General Flores, haciendo jugar previamente su artillería, desde una distancia en que no podía ser ofendido. Causaría enormes bajas al enemigo y una vez que hubiera introducido la desmoralización entre ellos, se habrían lanzado sus infantes á la carga y detrás de ellos la caballería habría concluido de acuchillar á este débil adversario, sin pérdida casi alguna para los asaltantes.

Con este propósito, después de colocar el General Flores la artillería en las prominencias, á derecha



COMANDANTE DONATO ALVAREZ
1865

é izquierda, del frente del enemigo, situó la división oriental, al mando del Coronel Palleja, en columna de batallones; á la derecha, los brasileros al mando del Comandante Cuelly, en la misma forma, al centro y al primer cuerpo del ejército argentino, bajo el mando del General Paunero, á la izquierda, y la caballería en alas, al mando del General Madariaga.

Pero el ardor y el valor poco reflexivo de nuestros militares, impidió que el triunfo se alcanzase con poco ó ningún sacrificio.

El Coronel Palleja desprendió guerrillas antes que la artillería hubiera funcionado como debía; fácilmente arrollaron á las del enemigo y tras de ella lanzó inmediatamente sus cuatro pequeños batallones á la bayoneta.

El General Flores que seguía de cerca el movimiento, no pudo menos que exclamar: *Ah Palleja, Palleja; ya me hizo de las suyas;* pero enseguida agregó: *Ya c.... esas m....*

Cuando el General Paunero se apercibió del avance de los orientales, hizo adelantar á su división al paso de carrera, lo mismo hizo la brigada brasilera y la derrota se pronunció rápidamente en toda la línea paraguaya. Los fosos fueron fácilmente salvados y los infelices paraguayos, que no había poder humano que los obligase á rendirse, fueron ultimados, en su mayor parte, á bayonetazos. Tan

tenaces eran, que el mismo Palleja recibió un tiro á quema ropa de un soldado que cargó el arma en momentos en que se defendía contra otro que le apuntaba, sin más que quemarle la pólvora la ropa en el pecho; probablemente, con la precipitación de la carga, la bala se le cayó al suelo al soldado. Los paraguayos cargaban generalmente sus fusiles sin atacar el cartucho y dando solamente un golpe en el suelo, después de romper el cartucho y echarlo en el cañón.

El ataque que empezó á las 10,30 a. m. quedó terminado en una hora y las pérdidas del enemigo en esta acción fueron 1.400 muertos, 400 heridos y 1.200 prisioneros, cuatro banderas, armamento, municiones y algunas carretas de bueyes.

Los muertos y heridos del ejército aliado alcanzaron á 500 hombres, lo que es lamentable, pues que con un poco de más calma y sin ese exceso de valor y desprecio por la vida que nos domina y que es tan perjudicial, como el exceso de sangre, que en el organismo humano produce las congestiones, este triunfo debió haberse conseguido sin derramamiento de sangre, casi, por parte de los atacantes, dada la inferioridad númerica del enemigo, su posición desvantajosa, la ausencia de artillería y la mala calidad y poco alcance de sus fusiles de chispa. Los aliados tenían cañones, algunos rayados, y rifles; podían haber cazado á sus adversarios como á patos

y haciendo fuego de distancias en que no podrían ser ofendidos.

El General Flores lo había dispuesto bien, pero sus tenientes se encargaron de desbaratar sus planes. Muchas de éstas hemos de presenciar todavía, en el curso de esta campaña, que no ha de ser tan corta como se creía.

Estas deducciones me las han sugerido las relaciones de diversos testigos presenciales, entre ellos las de Julio Herrera y Obes, el inteligente y simpático secretario del General Flores, que estuvo á su lado durante la batalla.

Los detalles de la rendición de los paraguayos en Uruguayana, no tienen gran importancia. A seis mil hombres extenuados, que en la desesperación hasta kerosene bebían, quedaron reducidos los 12.000 hombres con que invadió Estigarribia. Sus trincheras eran muy débiles, simples zanjas poco profundas; con mal armamento, sin artillería, con escasas municiones y rodeados por 20.000 hombres del ejército aliado, tuvieron que rendirse á la primera intimación.

Antes de la rendición de la guarnición de Uruguayana, se produjeron algunos incidentes que merecen mencionarse. El General Márquez, Barón de Porto Alegre, quiso tomar el mando de todas las fuerzas del ejército aliado. Mitre y Flores se opusieron, amenazando con repasar el Uruguay y dejar

solos á los brasileros. Tamandaré dijo que tenía los cañones de sus buques para impedir esta operación, pero no hubo necesidad de poner á prueba su eficacia, porque el Emperador, Don Pedro II, se presentó asumiendo él en persona el mando superior, de acuerdo con la Constitución brasilera. En seguida delegó caballerescamente el comando en el General Mitre y se estableció entre los aliados la armonía que espero no ha de ser interrumpida durante la guerra. El General Mitre retribuyó esta galantería mencionando que si el Emperador cumplió el precepto constitucional de que le corresponde el mando de fuerza en su territorio, violó el de que está obligado siempre á mantenerse fuera del tiro de cañón, puesto que se puso varias veces dentro del tiro de fusil.

No puede concebirse nada más antimilitar que esta invasión mandada practicar por López, con tan escasa fuerzas, internadas en parajes desconocidos para ellos, abandonadas á sí mismos, sin que pueda prestarles protección y rodeadas de enemigos. Si en esta forma continúa la guerra, irá dejándose vencer parcialmente y en poco tiempo se quedará sin soldados.



COMANDANTE JUAN COBO
1865

El
men
no e
que
E
los
terr
Par
C
fue
cab
yos
atr
nes
ent
ma
pu

CARTA IV

Ensenaditas, Febrero 10 de 1866.

Querido amigo:

El 31 de Enero hemos tenido un contraste lamentable; un triunfo, que pudo ser fácil, se tornó no en una derrota, pero sí en un combate ineficaz, que nos cuesta vidas preciosas.

El General Hornos se propuso escarmentar á los paraguayos, que diariamente invaden nuestro territorio, atravesando en canoas y en balsas el Paraná desde el Paso de la Patria.

Cuatro batallones del Coronel Emilio Conesa fueron emboscados y el General Hornos, con su caballería, se puso en retirada, ante los paraguayos, que eran más 400 hombres, con el objeto de atraerlos al punto donde los 1.500 hombres de Conesa, con sus piezas de artillería, estaban ocultos entre montes y pajonales. Cuando ya se aproximaban, Conesa, tan valiente como imprevisor, se puso á proclamar á sus soldados; entonces éstos

dieron hurras entusiastas y los paraguayos, apercibidos del peligro, se retiraron, ocultándose detrás de los árboles; los nuestros los atacaron á la bayoneta, con ese denuedo é irreflexión propios de tropas novicias, y empezaron á caer con el fuego certero de los paraguayos. Los nuestros tuvieron que vencer dificultades muy serias; los esteros, arroyos y fangales imposibilitaban el avance y los obligaba á pelear, á veces, con el agua arriba de la cintura. Llegaron hasta la orilla del río, tomaron hasta algunas canoas, pero tuvieron que retroceder porque los paraguayos recibían fuerzas de refresco y los nuestros tenían agotadas sus municiones.

A las cuatro horas de iniciado el fuego salió nuestra División en protección de los combatientes; yo estaba tan enfermo que tuve que hacer el reparto de las municiones de refuerzo sentado en en suelo, pero cuando llegamos ya los paraguayos se habían retirado, reembarcándose, protegidos por la artillería del fuerte Ytapirú. Cuatrocientos hombres nuestros quedaron sobre el campo, entre muertos y heridos, y supongo que los paraguayos habrán tenido la mitad de nuestras bajas.

Todos elogian la bravura de Conesa, que en tantos combates ya adquirió renombre. Recibió una contusión en la tetilla izquierda, y también su ayudante, el Teniente Juan Ortiz de Rosas.

Juan Cobo, cometiendo un acto que debiera merecerle un reproche, bajo el punto de vista de la disciplina militar, fué á incorporarse solo á los combatientes y al lado de Miguel Martínez de Hoz animó á los soldados de éste, volviendo más tarde á tomar el mando de su propio batallón. Conesa lo menciona en su parte.

La guardia nacional de Buenos Aires ha tenido un buen bautismo de sangre, que cuesta algunos sacrificios lamentables, pero que demuestra que los soldados de la guardia nacional, una vez foguedos, podrán ponerse á la altura de los batallones de línea. Han muerto heroicamente los Mayores Serrano y Márquez, y están mal heridos Miguel Martínez de Hoz, Carlos Keen y José Antonio Lagos. Dardo Rocha ha salido ileso y se ha portado bien al mando del 5º, después de caer Keen, dando cargas á la bayoneta, después de agotadas las municiones.

Cuando volvimos al Campamento, ya no podía tenerme en pie y me metí á la cama, sin probar bocado. De pronto llegó Juan Cobo á mi carpa y me invitó á ir á visitar á nuestros amigos Martínez de Hoz y Keen; hice un esfuerzo, subí en ancas de su caballo y nos dirigimos al hospital. Miguel Martínez estaba en una ambulancia con dos grandes heridas, una que le había atravesado el cuerpo debajo de las costillas y otra que le había

bandeado el brazo derecho y el hombro. Estaba sufriendo los agudos dolores de sus heridas con esa entereza tan peculiar á su carácter noble y caballeresco. Es un verdadero hijo de la Edad Media. Por pocos hombres he sentido una simpatía más intensa, y pocos merecen mayor admiración por su desprendimiento, por su rectitud y por su sinceridad. Frecuentemente me invitaba á comer con él y no pocas confidencias me hizo de su vida, llena de rasgos prominentes, que dan realce á su personalidad. Hemos sostenido largas discusiones sobre esta guerra; yo no creía en la tenacidad de la resistencia de los paraguayos, aun cuando los pueblos son más tenaces, en lo malo, cuanto más brutos son. El sostenía lo contrario, así es que cuando me acerqué á él su primera pregunta fué: ¿y que tal, alemancito, los paraguayos pegan ó no? Al poco tiempo de nuestra conversación le empezó el delirio, quedando, como es natural, tanto Cobo como yo, sumamente impresionados. La fiebre que me molestaba se agravó con este espectáculo. En seguida pasamos á ver á Keen, á quien atormentaban los dolores de su herida, sin articular una sola palabra. Sería una desgracia que perdiéramos á un hombre de tanta importancia; tú que le conoces sabes que es un hombre de primera fila de nuestra generación: ilustrado, con mucho talento, enérgico, modesto y de carácter inque-



COMANDANTE CARLOS URIEN
1865

brantable, está destinado á figurar de una manera prominente en los destinos del país. No obstante el estado grave en que se encontraba, pudo preguntarme que es lo que lo tenía, pues me encontraba muy demudado.

A las once de la noche regresamos al Campamento. Al día siguiente me vió Joaquín Bedoya y me ordenó que inmediatamente pasara al Hospital. Una fiebre con complicación al hígado se declaró con carácter un tanto grave. Bedoya me ha alojado en su carpa y él pasó á un carrito que tenía. A pesar de cáusticos y sanguijuelas el mal no cede, y es posible que me manden á Corrientes.

No te puedes imiginar el cariño con me trata Bedoya. Es un gran médico, valiente como las armas, es el primero que arrastra el peligro y cura á los enfermos en el campo de batalla, en medio de las balas, con un valor y una abnegación que encantan. Ayer me invitó á que le acompañara en la visita y curación á sus enfermos; volví descompuesto de los olores que despiden las heridas y tuve un síncope que pronto pasó sin embargo. A un soldado, á quien debían amputarle una mano, se salvó colocándolo bajo una ramada y acomodó una tina que, llena de agua, permitía la salida de ésta por gotas, que le caían sobre la herida, lo que impidió la gangrena. Bedoya es un tipo altamente simpático; tiene todo el aspecto de un árabe con

su tez bronceada y su espesa barba negra: en fin, tú le conoces tanto como yo, y ambos apreciamos su talento, su ilustración y su carácter noble y desinteresado. Será siempre uno de nuestros hombres más prominentes.

El General Mitre consigna, en el elogio que tributa á la 2ª División Buenos Aires, este párrafo, que deben meditar los que, por lujo de valor, sacrifican vidas, y que están encargados de economizar. "Mientras tanto el General en Jefe del Ejércitcito, al saludar y felicitar á la 2ª División "Buenos Aires", recomienda á todos los que la componen, que en los futuros combates sean menos pródigos de su ardor generoso y de su valor fogoso, porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor sacrificio posible".

Nuestras pérdidas han sido lamentables: 2 jefes, 6 oficiales, 19 clases y 59 soldados muertos; 2 jefes, 23 oficiales, 62 clases y 173 soldados heridos; 3 oficiales, 12 clases y 30 soldados contusos. Total 391 bajas. En todo tenía el General Hornos 2.500 hombres á su disposición, que al final del combate carecieron de municiones. Los primeros paraguayos que pasaron el Paraná serían 400, que fueron reforzados por otros tantos más tarde. Sus pérdidas han debido ser menores que las nuestras, porque combatían ocultándose detrás de los árboles.

CARTA V

Corrientes, Abril 10 de 1866.

Querido amigo:

¡Qué días tristes é interminables he pasado en esta ciudad adonde he bajado por prescripción médica; no los olvidaré jamás!

Caupolicán Molina me atiende con un cariño especial; es un médico tan práctico y bondadoso que uno puede estar tranquilo en sus manos.

Manuel Gondra me trajo á su casa y estoy aquí viviendo en medio de las mayores atenciones. Dos veces ha insistido Molina en que sería prudente bajara á Buenos Aires, para que me asistan con mejores elementos, á fin de curarme, pero yo me he resistido tenazmente; conozco á mi país y no faltarían quienes atribuyesen á otras causas mi vuelta. No he de regresar hasta que no hayamos pisado el territorio paraguayo y que mi virgen espada reciba el bautismo de humo, que necesita para hacerse respetar; no digo de sangre, porque no deseo verme obligado á matar á nadie, aunque bien

pudiera ser que á mí me dejasen patas arriba.

Me siento ya mejor; hace algunos días que puedo caminar. Mi primera salida fué á casa de Sinforiano Alcorta, del brazo de mi asistente. Debo tener un aspecto que inspira compasión, pues una viejecita, á quien encontré, me miró y exclamó: "pobrecito", lo que no dejó de impresionarme. No pude llegar hasta la casa, y tuve que pedir una silla, en un almacén, para sentarme. Después de comer, tocó el armoniflauta Benjamín Williams, lo que me causó el efecto más extraño; tuve que pedir á gritos que cesara, pues creía enloquecerme, por la manera como afectaban á mis nervios los sonidos musicales, á consecuencia de la debilidad extrema en que me encuentro. Qué cosa tan extraña; yo que no puedo vivir sin la música, cuyas combinaciones me dominan tan extraordinariamente cuando estoy sano, he sentido una aversión profunda á ella, en el estado convaleciente en que me encuentro.

He tenido estos días una escena cómica. Martín Guerrico, que también para aquí, en casa de Gondra, entró de pronto todo agitado y me dice: "los argentinos y brasileros acaban de ser derrotados, los paraguayos han atravesado el Paraná con grandes fuerzas y el General Mitre ha sido muerto". Ya te puedes imaginar la terrible impresión que me hicieron sus palabras. "Pues moriremos todos",



Comandante Alejandro Díaz
1865

fué mi respuesta, voy á incorporarme á mi batallón inmediatamente. Y dí orden á mi asistente que preparara mi valija. Al poco rato me apercibo de que Guerrico estaba enfermo y no era dueño de sus facultades. Se lo recomiendo á mi asistente y atravieso á llamar al barbero, trayendo un frasco de agua de colonia.

Cuando volví le encontré trenzado con mi asistente, á quien quería dar muerte por traidor, según decía. Lo calmamos, acostándole, y después que se le pasó el ataque, supimos que había andado agitado, galopando al rayo del sol á medio día, después de almorzar, lo que le había producido una congestión cerebral. Guerrico es tan patriota y sincero como buen amigo; no dudo que siempre desempeñará con honor cualquier puesto que se le confiare, y en la marina goza de excelente reputación.

Haces bien en no comunicar á los de mi casa el estado de mi salud y los peligros que he pasado. Yo les escribo como si estuviera sano. Me dice mi madre que días pasados han estado el padre de Pellegrini y el mío en el patio de casa, tomando cerveza y renegando ambos contra nosotros, por el peligro que corremos de morir en alguna acción de guerra ó por enfermedad, ó bien volver con una pierna ó un brazo menos. He estado bien cerca de desaparecer, pero habiendo escapado de ésta, es posible que ya quede inmune. Si me matan, por

otra parte, poco se pierde: han muerto tantos jóvenes con mayores méritos que los míos, así que uno más no hace al caso.

No olvidaré entre éstos á nuestro amigo Tomás Taylor. Tú no le trataste con tanta intimidad como yo; hace 7 años ya que murió tontamente, y siempre me acompaña su recuerdo. Apenas había cumplido 20 años, cuando se ahogó, al desembarcar con su compañía en San Pedro, para incorporarse á las fuerzas que combatieron en Cepeda contra el general Urquiza. Noble, enérgico y valeroso, no conocía el peligro. Con una instrucción sólida y una contracción ejemplar al trabajo, habría sido una de las figuras más salientes del país. Dedicado á las ciencias exactas, era, además, un artista, porque pintaba y esculpía instintivamente. Vivió mortificado porque su bella hermana Emilia entró de monja, y lo perseguía la idea de robarla del convento de las Monjas. Para lograr su intento había alquilado un cuarto en la calle Córdoba entre San Martín y Reconquista, y de allí estaba preparando escaleras de cuerdas y otros elementos para escalar las paredes del convento y extraer á la hermana. No habría logrado su intento, porque hubiera sido sentido y, además, porque su hermana es una católica fanática, totalmente dominada por el espíritu místico, no obstante ser hija de un protestante honorable é instruído.

INVASIÓN AL PARAGUAY

CARTA VI

A bordo del "Guardia Nacional".

Paso de la Patria, Abril 24 de 1866.

Querido amigo:

Las alternativas de mi vida en esta campaña son bien extrañas. Hace algún tiempo que sigo entre la vida y la muerte; no puedo soportar este espantoso clima cálido, y no sé todavía lo que me pasará.

El 15 recibí en Corrientes una carta de Miguel Martínez de Hoz, diciéndome que era inminente el pasaje al Paraguay y que debía encontrarme para ese día al frente de mi compañía. Creí que podía ser una insinuación de que me creyeran sano ya y que esto pudiera dañarme. Inmediatamente mandé arreglar mis valijas, y aun cuando me costaba caminar, al extremo que las escaleras del vapor tenía que subirlas poniendo ambos pies en los escalones, tomé el primer vapor que salió de Corrientes, y el 17, al anochecer, me incorporé á mi

batallón, que estaba al pie de la barranca esperando el vapor que debía conducirlo á la otra orilla.

Mis soldados me recibieron con una marcada expresión de alegría, lo que me confortó. ¡Pobres! más de una vez los he compadecido, y jamás los traté con la dureza que se acostumbra en nuestro ejército. Me ha parecido siempre que la disciplina militar no autoriza vejar al soldado, ni tocarle con las manos, ni tampoco pegarle con la espada. Esas son manifestaciones de caracteres violentos y arbitrarios, y abusos que se cometen, contando con la sumisión de los hombres y su rango inferior, que les impide oponerse á los desmanes de sus superiores.

Bedoya me increpó que, en el estado en que me encontraba, me hubiese incorporado al ejército, y como el batallón estaba al raso, me llevó á pasar la noche en su carpa.

Supe allí que el ejército brasilero y el primer cuerpo del ejército argentino habían pasado en ese día al Paraguay, oponiéndole una débil resistencia el ejército de López.

El 17 nos embarcamos, atravesando el Paraná que aquí tiene una extensión de 3.000 metros, y desembarcamos como á unas 30 cuadras del río Paraguay. En la travesía me dió una descompostura tan espantosa, que no podía tenerme en pie. A Ignacio Garmendia no pude menos que decirle:



COMANDANTE JULIAN MARTINEZ
Teniente en 1865

"por suerte hemos pisado el territorio paraguayo sin haber sido molestado en lo más mínimo, pues sino podía haber sido interpretada mi enfermedad como miedo viejo".

Tuve que volver á bordo por orden del médico, pero ya me siento muy bien; como como un sabañón; el coronel Murature se asombra de lo que engullo al cabo del día y teme que vaya á reventar. Tengo un hambre devoradora y nada me satisface.

El general Mitre ha guardado una profunda reserva sobre el punto en que había de invadir; todos se esforzaban por averiguarlo, pero nadie ha podido sacarle una palabra. Algunos opinan que hubiera sido mejor invadir por el punto en que entró Belgrano, por Itapuá, y otros militares juzgan que el paraje elegido ha sido muy peligroso, pues que siendo tan bajo, la menor creciente hubiera puesto bajo el agua á todo el campamento. Yo creo que en la guerra, cuando una operación ha salido bien, no se discute si pudo salir mal. La suerte entra por mucho en estas operaciones. Ahora, lo único que hay que desear, es que el avance se haga con rapidez y que no se pierda tiempo. Don Bartolo tiene fama de pesado, aunque bien pudiera ser que él, que tiene mayor responsabilidad, y al fin posee mayores conocimientos que sus críticos, tenga que valerse de toda la prudencia necesaria y meditar sus movimientos estratégicos, con ciencia y con

conciencia, abarcando bien *el tiempo y el espacio*, que es una de sus frases favoritas.

El historiador de Belgrano medirá la diferencia que hay entre invadir el Paraguay con 800 hombres, como lo hizo éste, encontrándose de pronto con 6.000 enemigos, y venciendo á 12.000, aunque no todos armados, en el Paraguay, á 18 leguas de la Asunción, y el que actualmente lo ejecuta con 30.000 hombres y una formidable escuadra, encontrando un ejército de igual número al aliado á su frente y con un simulacro de escuadra.

Ha pasado más de medio siglo; entonces tenía el Paraguay 400.000 hombres, según Mitre, y 300.000 según Paz; ahora no debe tener menos de 600.000. La República Argentina tenía entonces 540.000 habitantes, y hoy tiene 1.600.000. Belgrano realizó actos heroicos; tuvo victorias y sufrió derrotas, pero se retiró con gloria y honor, regresando con 700 hombres y realizando aún, con errores fundamentales, operaciones atrevidas, que demostraban un oficial inspirado.

Aquí paso la vida entretenido con Amancio Alcorta, que no en vano podrá enorgullecerse de haberse encontrado en el combate de Cuevas, donde este pobre cascajo, nuestro viejo "Guardia Nacional", fué perforado por las balas de los paraguayos, que se enterraban en sus costados como en

un saco de aserrín, porque todas sus tablas están podridas.

Fué una ventaja, porque pocas astillas lastimaron á sus tripulantes. Lo menos que me imaginaba es que el antiguo "Camilla", en que juntos hicimos un viaje de Río de Janeiro á Buenos Aires, en 1861, había de ser el buque almirante de la *escuadra* argentina, y que vendría á convalecer yo en él, frent al Paraguay.

No dudo que, pasando los años, cuando necesitemos algún almirante, recurrirán á Amancio, como tú dices, recordando que él fué el secretario del coronel Murature en la guerra del Paraguay y, sobre todo, cuando tenga el título de Doctor en Leyes, que es el salvoconducto, en nuestro país, para ser lo que se quiera.



COMANDANTE EVERGISTO VERGARA

COMBATE DEL 2 DE MAYO 1866

CARTA VII

Estero Bellaco, Mayo 23 de 1866.

Querido amigo:

Hace ocho días que me incorporé nuevamente á mi batallón. El primer día de mi llegada salimos de avanzada; estábamos acampados en un rastrojo de maíz. Mis amigos me improvisaron una cama de chalas, pero eran tan duros los troncos de las hojas, que me lo pasé mejor en el suelo pelado. A los pocos días volvimos, estando yo de campo en la noche. José Ignacio me invitó á recostarme á su lado, para conversar, pero me resistí, porque temía dormirme, y mis dos oficiales, jóvenes simpáticos y buenos amigos, lo hacen en todas las guardias. Accedí, sin embargo, y al poco rato José Ignacio se quedó dormido y yo me levanté en seguida, para recorrer los centinelas. Solamente la guardia estaba de pie, y el resto del batallón dormía con el arma en la mano. Cuando regresé al punto en que

dormía Garmendia le encontré soñando en pelea furibunda con los paraguayos, con la espada desenvainada y dando fuertes hachazos al lado en que yo me había acostado. Como tenía la costumbre de tener su espada muy afilada, le desperté, diciéndole: "Ah! loco lindo, si me hubiera dormido me habrías partido como un queso". No se dió por entendido y siguió durmiendo.

El 2 tuvimos una sorpresa inexplicable que nos hicieron los paraguayos. Nos atacaron de improviso, en pleno día, con 5.000 hombres, en momentos en que todo el ejército estaba medio disperso, ocupándose de la carneada y su racionamiento, que todavía se hace por el sistema primitivo del *help your self*, cada soldado tiene que prepararse su rancho; la caballería estaba desmontada y la confusión que introdujo á la vanguardia compuesta de brasileros y orientales, fué grande. Yo me encontraba en la Paso de la Patria comprando algunas provisiones, que no pude llevar, y me incorporé rápidamente á mi batallón, que estaba á más de una legua de distancia, cuando ya estaba en marcha para proteger á la vanguardia. El resultado ha sido que hayamos perdido como 600 hombres, la mayor parte heridos, y parece que los paraguayos perdieron más de 2.000. El 1° de Caballería se portó bizarramente; varios soldados pelearon en pelo y Segovia estuvo muy brillante, no

obstante que entre algunos no tiene fama de valiente. Entre nosotros, los que tienen un valor tranquilo y reflexivo no gozan del crédito de los matones y atrevidos, cuando en ellos ese desprecio por la vida suele estar en razón directa de su brutalidad, ignorancia ó inconsciencia.

Los paraguayos fueron rechazados y cupo el éxito principal de la jornada al General Osorio. que hizo pelear bien á sus brasileros, que son tan buenos como cualquier otro soldado cuando están bien mandados.

Heroica ha sido la conducta del bravo Coronel oriental Palleja, que perdió la mitad de su batallón en el fuego.

Tampoco hay que olvidar al General Flores, que siempre hace un papel lucido y que no carece de perspicacia militar. Dicen que él se queja de la lentitud de nuestras operaciones y de la apatía del General Mitre, pero creo á Mitre más prudente que á él. El General Mitre quiso cargar personalmente con un regimiento de Caballería brasilero, pero el jefe se negó á cargar. Cuando le refirió el hecho á Osorio, preguntó éste furioso quien era ese canalla. No recordaba Mitre el nombre, sino que montaba un caballo rosillo. Osorio lo puso preso y permaneció así por mucho tiempo.

Ya va á hacer un año que salimos de Buenos Aires, estuvimos juntos delante de la casa de Don

Bartolo, cuando nos dijo que en tres meses estaríamos en la Asunción y salí lleno de entusiasmo á alistarme para hacer la campaña, pero al paso que vamos seremos felices si estos meses se convierten en años. La guerra ha de ser sangrienta y de exterminio. Algunos tomaron esta frase del General Mitre al pie de la letra, pero ninguna persona seria pudo creer posible, lo que fué improvisación en medio de la calle (1). Los paraguayos

(1) El general Mitre en la carta que dirigió al doctor Juan Carlos Gómez en 1869 explica con estas elocuentes palabras lo que entonces dijo: "Ocupándome de esto, las serenatas venían á cada momento á saludarme á la puerta de mi casa donde dictaba órdenes para reunir mis disemadas guarniciones y salir personalmente en busca del enemigo. A la tercera ó cuarta serenata salí á la puerta de la calle, acompañado de Don Mariano Saavedra, entonces gobernador de Buenos Aires, y dirigí al pueblo las siguientes palabras: "Mis amigos: ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos á combatir por nuestra patria. Ahora á ocupar cada cual su puesto de combate y sea la orden del día: "en quince días al cuartel, en un mes en campaña, en tres meses á la Asunción".

"Si cometí un delito al dirigir una palabra de aliento á mis conciudadanos, ellos me lo perdonarán, porque al mes estaba alcanzada la primera victoria, á los cinco meses, á pesar de Basualdo, estaba expulsado el enemigo de nuestro territorio, dejando en nuestro poder de 18 á 20.000 hombres entre muertos y prisioneros, con menos de 500 hombres de pérdida por parte de los aliados, y sin que hubiéramos perdido una sola bandera, ni una caja de guerra, ni una bayoneta siquiera, siendo el resultado del plan de campaña que dictaba en el momento en que fuí interrumpido en el trabajo por la tercera ó cuarta serenata á que me he referido."

. . . .
. . . .

están fanatizados y disponen de un territorio fácil de defender, por sus esteros y sus montes, y más que todo por su clima, que es insoportable para nosotros; muy pronto las pestes harán de las suyas.

En la noche del 2 de Mayo no tenía que comer, ni había almorzado, y tampoco teníamos las carpas, que en el avance que hicimos quedaron á retaguardia. Martín Bustos se me acercó, preguntándome si no tenía algo que darle, pues estaba con un apetito devorador. Le contesté que lo único que podría ofrecerle era mi capa de goma; la tendimos sobre el jatay y nos acostamos á dormir. Imposible conciliar el sueño; probablemnte la idea de no poder satisfacer el apetito aumentaba la desesperación. Es la segunda vez que en esta campaña siento verdaderamente hambre, y me imaginé lo que sufrirán los pobres, que la sienten tan á menudo. Empecé á cantar en seco para hacerme el distraído y consolar á Martín, la canción de la Matilde di Shabran de Rossini: "Ho una fame, una sete ed un freddo, che fra poco una mommia io divento, sto in divorzio coll'oro é l'argento, ed il rame veder non si fa". De improviso oigo un acento simpático, el de mi asistente Espinosa, que me dice: "Mi Capitán, ¿quiere un plato de fariña, que acabo de agenciarme? Venga esa fariña y toma un abrazo por tu heroico escamoteo, fué mi con-

testación. "Pero no tengo sal, mi Capitán" — agregó Espinosa. "Y á nosotros que demonios se nos importa" — agregué, y acto continuo, con Martín Bustos, metimos nuestras cucharas en la fariña cocida, y creo que, tanto él como yo, jamás hemos asistido á un banquete del que hayamos salido más satisfechos. Dormimos bien, y á la madrugada nos pusimos en marcha.

Descuidos de la higiene. — Mal armamento. — Desinteligencia entre los jefes superiores

CARTA VIII

Estero Bellaco, Mayo 23 de 1866.

Querido amigo:

Estamos acampados frente al ejército paraguayo, estero de por medio. El 20, al avanzar nuestra vanguardia, tuvo un choque con las fuerzas avanzadas enemigas, que se retiraron al otro lado de este estero pantanoso, que tiene diversos promontorios en forma de islas.

Los brasileros que nos precedieron construyeron fosos y trincheras, inmediatamente, para resguardarse de los tiros de la artillería enemiga. Esto no dejó de ser criticado por algunos de nuestros militares de la escuela antigua, que hacen alarde de valor y de desprecio por la vida. En la guerra moderna hay que economizar vidas y hacerla en las condiciones menos crueles posibles. Esto no parece ser el propósito en el ejército argentino; pues lo primero que se descuida son los

preceptos higiénicos. Estamos acampados en antiguos campamentos paraguayos, llenos de gérmenes de enfermedades contagiosas, lo que, unido á las aguas estancadas, que hay que beber, llenan los hospitales de enfermos de fiebres intermitentes, tifoideas y palúdicas. La sarna también se manifiesta, y somos pocos los que escapamos á su contagio. Días pasados me encontré una ampolla blanca en la planta del pie, que la reventé, sin saber que era un pique, insecto que anida debajo de la piel, y cuya extracción es peligrosa, porque si no se hace de raíz se propagaba fácilmente, y puede producir serias complicaciones. Las moscas, las pulgas, los piojos y las hormigas tienen proporciones enormes; las hormigas construyen aquí, y en Corrientes, grandes promontorios, donde se alojan, porque en la arena no podrían construir sus ingeniosas moradas, y también para defenderse de las inundaciones en los parajes anegadizos. Los mosquitos y zancudas, que también son bravos, no nos molestan mucho, porque el humo de los fogones los ahuyenta.

Las letrinas son un foco de infección: se componen de un espacio circular cerrado, por troncos de palmeras, y cada uno se va acomodando como puede, con el peligro de *quemarse* y presenciando los estragos intestinales de los malos alimentos, de la carne flaca y cansada y del exceso de conservas.



COMANDANTE JUAN F. VIVOT

De día hace mucho calor y las noches son frescas, y hasta frías. Los hospitales carecen de medicamentos, y algunos médicos administran *arsénico* á falta de quinina, para las fiebres; reventaremos como ratones, y será lo mejor.

En la ropa interior he descubierto huéspedes incómodos, y que me eran totalmente desconocidos. Tengo un soldado que, no obstante ser tuerto, lo han obligado á servir, se llama Pulido, y es el más roñoso de todos; lo he mandado rapar y que diariamente lo lleve un cabo á la laguna para que lo laven con jabón y arena. En los esteros que tienen fondo de arena tomamos unos baños agradables; el agua es clara, pero dicen que hay peligro por los yacarés y los carpinchos. Se ha muerto un pobre soldado, Benítez, de la fiebre tifoidea. Nunca pude enseñarle á llevar el paso, aunque fuera del sargento, yo mismo me tomaba el trabajo de acostumbralo al compás. En los últimos momentos de la fiebre, cuando me vió, empezó á delirar, diciendo: ''ese paso Benítez, ese paso'', y echó una interjección.

En el Paso de la Patria encontré á uno de mis soldados, el único, que se me había desertado: como tenía pena de muerte, no me animé á prenderlo y lo dejé andar, sin que se apercibiera de que lo había visto.

Nos movemos con dificultad, tenemos pocos ca-

ballos, mal forraje, bueyes flacos y carretones pesados. Algunos ambulancias que tenemos, de cuatro ruedas, se entierran en la arena y en los bañados. Creo que como medio de transporte un carro liviano de dos ruedas, y éstas no muy bajas, sería preferible, con la huella de las piezas de artillería: pero ya sé que en esto hablo de cosas ideales, puesto que con los pocos recursos que tenemos es preciso tomar lo que se encuentra más á la mano.

Siempre he pensado que en estos parajes la mula sería más práctica para la artillería que el caballo, que en estos climas cálidos está expuesto á tantas enfermedades, y no será extraño que veamos á los soldados tirar de los cañones, como se efectúa tan frecuentemente en las paradas de nuestras fiestas patrias.

Nuestra caballería está casi á pie: esto es esencialmente argentino; ya el General Paz hace constar que los argentinos, en todas las batallas, se presentan con sus soldados de caballería á pie ó con caballos flacos y extenuados. Es tradicional que jamás hemos podido dar alcance á los indios porque los caballos se cansaron.

La guardia nacional, que forma la mitad de nuestro ejército esta mal armada, los fusiles son muy ordinarios, fabricación *europea, pour l'exportation* y á veces nos dan balas que no entran, porque no todos los calibres son iguales. Yo tengo fusiles en

los que el gatillo no siempre rompe el fulminante al primer golpe, lo que he podido comprobar en las poquísimas veces que hemos tirado al blanco. Verdad es que tenemos que combatir á un enemigo que, en su mayor parte, tiene fusiles de chispa y nos opone soldados hasta de 14 años.

He podido notar que nuestros oficiales de línea no tienen, en general, una instrucción táctica muy profunda. Hay una anarquía descomunal; cada cuerpo maniobra según el capricho y la inteligencia de su jefe. La táctica de Perea, que se ha mandado observar, no se cumple, y no pocos jefes y hasta oficiales inventan movimientos propios, y así salen de ellos. Figúrate que ayer presenciamos con Garmendia uno de esos despropósitos descomunales. Manda la táctica que cuando un batallón se retire en cuadro, lo haga al paso más lento posible, porque, es natural, se supone hostilizado por la caballería. Pues bien, manda uno de nuestros jefes: "Batallón á formar cuadro" y después de formado: "Batallón en retirada, ¡¡paso al trote!!"

En fin, veremos como nos va; el Coronel Chenaut dice que somos unas montoneras con música, y podría agregar también, que con mala música, pues fuera de la banda de artillería, que dirige Farامiñan, lo demás no se puede oir. Así y con todo, tenemos una confianza ciega en Mitre. Su talento, su valor y su previsión garanten el éxito.

En nuestras filas no hay una armonía perfecta; parece que se han formado dos bandos, uno por los jefes y oficiales orientales, que en tanto número tiene nuestro ejército y otro por el de los jefes y oficiales argentinos, que los resisten, por celos de las influencias que aquéllos ejercen. No encuentro justificadas estas divisiones, y espero que han de desaparecer.

....

....

LA BATALLA DE TUYUTY

CARTA IX

Tuyuty, Mayo 30 de 1866.

Querido amigo:

Ya te serán conocidos los resultados de la batalla del 24, la más grande que se haya dado hasta hoy en la América del Sud. Veintiséis mil aliados, contra otros tantos paraguayos. Los paraguayos habrán tenido 5000 muertos y 10.000 heridos, los aliados 800 muertos y 2800 heridos. El ejército aliado ha obtenido un triunfo espléndido y puede estar satisfecho el general Mitre y orgullosos los argentinos de tener un general en jefe de su talento, valor y pericia. Las dianas victoriosas de cornetas y tambores resonaron en ese día, de uno á otro extremo de nuestro campamento, y nada hay que produzca sensación más grata en el espíritu del hombre y halague el amor propio militar, que esas limitadas armonías.

Estaba preparándose nuestro ejército para hacer un reconocimiento al campo enemigo, cuando de improviso, saliendo de sus atrincheramentos, se presentó éste á las 11 ½ con un recio ataque, sobre nuestro flanco izquierdo, el centro y también sobre nuestra derecha. Asimismo algunos cuerpos de vanguardia, en las líneas brasileras y orientales, que están á nuestra izquierda, fueron sorprendidos y sufrieron las consecuencias del rápido movimiento, que efectuaron los paraguayos. Si éstos estuvieran comandados por jefes expertos y no hubieran cometido la indiscreción de atacarnos á medio día, ya que ellos conocen el terreno mejor que nosotros, el contraste no hubiera sido tan grande para ellos, ó por lo menos nos hubieran causado pérdidas mucho mayores.

Los brasileros han sufrido la mayor parte de las bajas, tienen cuatro veces más muertos y heridos que nosotros. Parece que los paraguayos prefieren atacarlos á ellos, porque los consideran menos resistentes, pero se han llevado un buen chasco y han probado que se baten bien y sobre todo están mejor armados, en general, que nosotros. Además considero que los paraguayos han cometido un gravísimo error, primero en llevar lo más recio de su ataque sobre nuestro flanco izquierdo, ocupado por brasileros y orientales, que estaba mejor defendido con atrincheramientos, y segundo

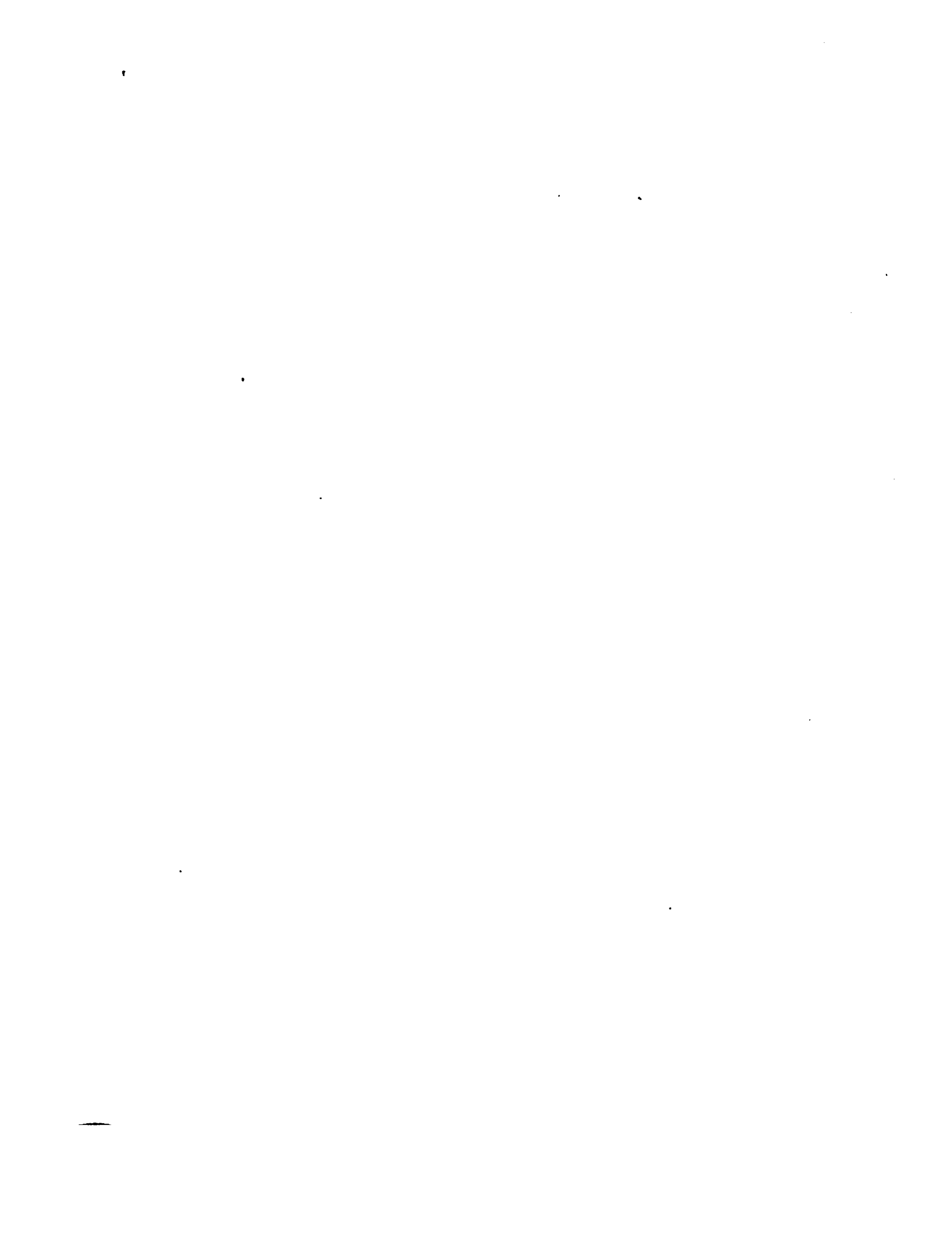
por habernos atacado por ambos flancos y el centro al mismo tiempo, dividiendo así sus fuerzas. Si en vez de esto cargan á la madrugada, con todas sus tropas reunidas, sobre nuestro flanco derecho, que estaba casi abierto, el resultado pudiera haber sido grave para nosotros. Nos pudieron flanquear y atacar por la retarguardia. Se ve, pues, que se confirma el axioma de que las batallas se ganan más por los errores del vencido que por la habilidad del vencedor. Para mayor contrariedad de los atacantes todo el ejército aliado estaba formado y listo para el combate, así es que fué muy fácil preparar la defensa. Una cosa que ha llamado la atención es que no se han recogido jefes muertos ó heridos del enemigo y no es presumible que se los hayan podido llevar todos.

Los tres ejércitos han rivalizado en valor. Los paraguayos un tanto fanatizados con el presentimiento de la resurrección, á la que van preparados con unas cebaduras de yerba mate, que llevan al lado del escapulario, atacaron ciegamente, muriendo muchos de ellos sobre la boca de nuestros cañones y fusiles. Para mayor seguridad, López les hizo beber buenos tragos de caña y muchos de ellos estaban en estado completo de ebriedad. El mariscal Osorio, al frente del ejército brasilero, sostuvo bizarramente sus posiciones á la izquierda, rechazó al enemigo en todas partes, infligiéndole

enormes pérdidas, que calcula en 3000 muertos, fuera de heridos y 180 prisioneros. En cambio él solamente tuvo 413 muertos y 2094 heridos. El afamado general Flores, que le seguía hacia el centro, con los generales brasileros Argollo y Sampayo y el coronel Palleja, hizo estragos en las filas contrarias y los obligó á ponerse en fuga á las tres horas. El ejército oriental, pequeño en número, tuvo 133 muertos y 163 heridos. Ha habido momentos difíciles para los brasileros, para los orientales y para nosotros. Cuerpos enemigos derrotados se rehicieron y volvieron á cargar á nuestras fuerzas. El valeroso general Neto, brasilero, salvó situaciones peligrosas, lo mismo que el intrépido coronel Palleja, del ejército oriental. Con dos batallones, después de vencer al enemigo, á su frente, acudió, á paso acelerado, hacia la izquierda, por orden del general Flores, para coadyuvar al triunfo brasilero. El general Paunero con su bizarra figura y su alma bien templada, estuvo en el comando del primer cuerpo del ejército argentino, en lo más recio del fuego y atendió con oportunidad á todas las exigencias del combate para facilitar el triunfo. Los coroneles Chenaut, Susini y Avalos y los comandantes Roseti, Charlone, Fraga, Aldecoa, Boer, Lezica, del Prado y el mayor Matoso contribuyeron al éxito de la batalla, cumpliendo rápidamente y con acierto las



Cómandante Diaz



órdenes de su general. El instruído coronel Julio de Vedia hizo funcionar con éxito sus 19 piezas de artillería, barriendo con la metralla á la caballería é infantería. El general Emilio Mitre, al frente del 2.º cuerpo de ejército, no desmintió su bien conquistada reputación. Es un tanto desaliñado, pero muy fogoso, de valor comunicativo y tiene vistas claras en el momento del combate. Cuidaba la derecha y un poco el centro; sus fuerzas tuvieron pequeños choques con la caballería enemiga, la que fué fácilmente derrotada. Eficazmente lo secundó el afortunado guerrillero general Hornos, á quién conocimos cuando niños por haber sido huésped del director de nuestro colegio. Hornos viene distinguiéndose en la vanguardia, desde que iniciamos el avance en Corrientes. Muy importantes fueron también los servicios prestados por los coroneles Conesa, Agüero, Bustillo y Díaz, todos jefes experimentados, que ocurrieron con prontitud donde su presencia fué necesaria. Los argentinos tuvimos en todo 126 muertos y 480 heridos. Tenemos que deplorar la muerte del coronel Matías Rivero, que se había granjeado grandes simpatías en el ejército. Es también sensible la muerte del comandante Pagola y del mayor Basavilbaso. Los coroneles Rivas y Arredondo, con el empuje de que han dado tantas pruebas, protegían á la artillería, el primero con los ba-

tallones 1 y 3 y el segundo con el 4 y 6 de línea, ayudados por el 5° de línea, los batallones San Nicolás y Legión Militar. Cuatro regimientos de caballería paraguaya, apoyados por igual número de infantería, cargaron con ímpetu á nuestra artillería é infantería, hasta entreverarse con algunos de nuestros cuerpos. Traían los de caballería un artillero á la grupa, sin más arma que un filoso machete. López se había propuesto tomar nuestros cañones por sorpresa y hacerlos servir con esos artilleros contra nosotros. Empresa temeraria y más que original, que no podía resultar sino un fracaso. El 3, que fué destacado, sufrió un serio contraste. Los soldados avanzados no pudieron hacer fuego, por defecto de las cápsulas, tenían á los paraguayos encima y se apoderó de ellos el pánico. No hay nada más comunicativo que el susto, y de él participó la mayor parte del batallón. También se conmovió el 5.°. Muchos fueron sableados por los paraguayos hasta con machetes, en el primer momento aun cuando más tarde reaccionaron. Tenía un gran número de ellos la cabeza partida con el filo del arma blanca. El general en jefe que estaba á la izquierda, en la línea de fuego, llegó en ese momento acompañado de su estado mayor, entre los que estaban sus distinguidos ayudantes, Eudoro Balsa, Juan Francisco Vivot, Torcuato Villanueva, Nicolás Granada,

Carlos Carranza y Santiago Romero, que lo acompañan desde Cepeda ó Pavón. Don Bartolo, con esa serenidad imperturbable que lo caracteriza, se expone más de lo que se debe; será muy difícil reemplazarlo si lo matan. Se tomaron medidas rápidas y el 4 y 6 de línea tuvieron momentos muy lucidos. A sus cuadros no se acercó un solo jinete sin que quedase muerto, herido ó huyera, dejando muerta su cabalgadura. Ya sabes que el 6 es uno de nuestros cuerpos predilectos. En él se distinguió y murió en la Rioja nuestro inolvidable Carlos Mayer, el más sobresaliente de todos los de nuestra generación, por su inteligencia y su carácter. En todo era genial: á los 19 años no había oficial de línea que lo superase. Lo manda actualmente nuestro buen amigo el mayor Luis María Campos, que ha hecho una carrera muy brillante, después de abandonar las aulas universitarias para marchar á Cepeda. Me ha dicho que siempre tuvo más miedo á los exámenes que á las balas. Aquí se confirma la contestación que dió aquel estudiante á uno que se jactaba de no haber tenido miedo nunca: "No habrá tenido que dar exámenes". Nuestro viejo amigo Liborio Bernal, que mandó una de sus compañías y á quién Arredondo calificó de valiente entre los valientes, está herido y tendrá que bajar á Buenos Aires. También figura entre sus capitanes Julio A. Roca, á

quién fuí presentado por Francisco López Torres. Es muy agradable en su trato, bastante estudioso y goza de muchas simpatías entre sus compañeros. Es uno de aquellos que salió del renombrado colegio del Uruguay para abrazar la carrera de las armas. Estuvo con Urquiza en Pavón, á los 18 años, donde se distinguió, siendo uno de los últimos que abandonaron el campo de batalla. Después de Pavón le fué reconocido su grado y continuó la carrera militar, por la que demuestra gran vocación. El ayudante mayor Aguilar, del 6, es un gran tirador. Campos veía á su frente un jefe á caballo que iba de un lado á otro, animando á sus soldados, y le pidió que lo volteara, tomó un rifle y acertó. Lo mismo hizo con un abanderado. Sobre la bandera de éste, que tomaron, se armó más tarde una disputa. Rivas sostenía que este trofeo correspondía al 3 y Campos que al 6, puesto que su ayudante había muerto al abanderado. Este incidente pudo tener serias consecuencias, por la forma de los reclamos de Campos, pero felizmente no sucedió así. Campos salió con una contusión solamente: recibió un balazo sobre el revólver, que impidió que la bala penetrase. El mayor Borges, al mando del 2 de infantería, porque su jefe el comandante Orma mandaba la brigada, recibió un balazo en el hombro y continuó serenamente en su puesto, no obstante

una herida seria que le interesó el hueso, hasta el día siguiente que fué necesario enviarlo al hospital.

Los paraguayos han sufrido el fuego de 100 cañones próximamente. Piernas y brazos humanos y patas y trozos de caballos volaban por el aire con la consiguiente alegría de los felices apuntadores, festejando este acontecimiento las bandas de música, los clarines, cornetas y tambores. El exterminio entre los hombres, conduce á la embriaguez y matar es un goce que, en momentos dados, se eleva á lo sublime. Estas guerras, que algunos atribuyen á castigos de la divinidad y cuya protección imploran ambos beligerantes á la vez, no son más que los efectos de la perversidad humana y de la ambición innoble de los déspotas. Estos pobres paraguayos, tiranizados, fanatizados y extenuados por el hambre, viejos hasta de 60 años y niños de catorce, se lanzan sin temor y con ardor á la pelea. Todos usan morriones de cuero, algunos camiseta y los hay en mangas de camisa, tal vez el uniforme más cómodo para combatir y el menos peligroso para las heridas.

Tenía curiosidad de asistir á una batalla para saber la impresión que sentiría. Los momentos que preceden son siempre más desagradables que durante la acción. No me he encontrado en lo más recio del fuego, solamente pasaron sobre nuestras

cabezas algunas balas de fusil, porque las punterías eran muy altas, y veíamos á la caballería enemiga que combatía al arma blanca.

El primer batallón de la primera división Buenos Aires, del que mando la cuarta compañía, formó en batalla al pie de una loma. He podido darme cuenta sin embargo de lo que es una batalla. La preocupación de los soldados que uno manda y la responsabilidad que asume no dan tiempo para pensar en otra cosa que cumplir con el deber sagrado de cuidar el honor de la bandera.

La posición que ocupábamos antes y durante la batalla, puesto que no hemos avanzado una línea, abarca una enorme extensión. Al frente tenemos el gran Estero Bellaco con algunos montículos de palmeras en el centro y que da paso en algunos puntos; á la derecha montes de palmeras y terrenos arenoso; la izquierda la apoyamos en el Potrero Piris, una abra extensa rodeada de montes. Detrás del estero se ven espesos montes de diversos árboles y en distintos parajes tienen los paraguayos, como nosotros, elevados miradores, llamados mangrullos, para observarnos recíprocamente.

Frente al espacio que ocupaba nuestro batallón, desplegado en batalla, teníamos una batería de artillería y entre los oficiales estaba el porta-estandarte Antonio Dónovan; una fuerza de caballe-

ría se lanzó sobre ella y empezó á acuchillar á los servidores de las piezas. A nuestra derecha estaban el 9 y 12 de línea; pero no recibían orden de ir en protección de la batería amenazada. Se oían claramente las voces del porta Dónovan, pidiendo el auxilio de infantería. Todos ansiábamos recibir la orden de avanzar y tanta era la excitación, que un cabo González, de mi compañía, se salió solo para pelear á los paraguayos. Al correr yo para hacerlo entrar en las filas, me grita mi buen amigo y excelente compañero de armas Garmendia: — "no le vayas á pegar" — y en seguida manda él, sin orden alguna, calar bayoneta y avanzar á su compañía. El comandante Cobo le llamó al orden y en seguida desplegó en guerrilla el 12 de línea, que en pocos minutos hizo retroceder á la fuerza de caballería, la que dejó la mayor parte de sus hombres sobre el terreno.

Me ha dado pena ver á tantos muchachos paraguayos heridos, que han ido sacando del monte, hasta tres días después de la batalla. He presenciado la amputación de piernas y brazos á tres de ellos, que comían tranquilamente una galleta, durante tan dolorosas operaciones.

Veo que no todos los fusiles de que se han servido han sido de chispa, como se creía; en el armamento recogido una tercera parte son rifles ingleses.

El general Flores y otros, están descontentos con el general Mitre, porque no ha continuado la persecución de los paraguayos, entrando detrás de ellos á su campamento, del otro lado del estero Este debió ser seguramente el movimiento, que lógicamente se hubiera impuesto, desde que tenía todo el segundo cuerpo de ejército argentino, compuesto de 5000 hombres, intacto y que en todo le quedaban 22.000 hombres, disponibles, bien aguerridos y ya envalentonados con los tres triunfos sucesivos importantes, que hemos tenido en cinco semanas. Pero para esto faltan muchos elementos de movilidad que humanamente no han podido reconcentrarse todavía. (1)

Nuestra artillería deja mucho que desear, tanto el material como el personal. Tenemos cañones rayados de bronce, pero todos son de cargar por la boca. Los italianos ensayaron ya en Gaeta, hace más de cinco años, los de retrocarga, que inventó Cavalli en 1847 y los alemanes los tienen fabricados por Krupp, pero como los combates se veri-

(1) Thompson en sus memorias dice, textualmente: "Después de Tuyuty, los aliados hubieran podido tomar la retaguardia de los paraguayos pasando por su izquierda casi sin perder un hombre, porque de esa manera hubieran salvado de los fuegos de su artillería y hubieran podido tomar á Humaitá y á las demás baterías del río, sin disparar un tiro".



Mayor Julio A. Roca
1865

fican siempre á tiro de fusil y los paraguayos tienen cañones inferiores, nada tenemos que temer.

Nuestro jefe de Estado Mayor, que no es un militar de profesión, se desempeña satisfactoriamente y es el general Gelly, un hombre activo, perseverante y sereno, que está siempre en los puntos de mayor peligro é interviene en todo: tan pronto se le encuentra en los puntos avanzados como dando de latigazos á los vivanderos. Muchos lo critican, no lo creen un genio, pero es un hombre de respeto, muy previsor y que si no hace más es por falta de recursos, que un país pobre y tan esquilmado por las guerras civiles, como el nuestro, no podrá proporcionar á nuestros financistas incipientes. Estas circunstancias contribuirán á que la guerra se prolongue por mucho tiempo más. Bien podría el Brasil, más interesado que nosotros en terminar la guerra, proporcionar fondos para acelerar las operaciones.

Según el parte oficial los trofeos de esta victoria son tres estandartes, 27 cajas de guerra y cornetas, 1000 tercerolas, 850 lanzas, sables y machetes y 50.000 tiros á bala. Prisioneros no tomamos más que 350.

Nuestro comandante Juan Cobo, tranquilo y previsor con su aspecto distinguido y resuelto, continúa infundiéndonos confianza. Con mis ofi

ciales Martín Bustos, Pedro Argerich y José Carneiro sigo en la mejor armonía.

No puedo terminar estos apuntes sin recordar especialmente á los cirujanos Caupolicán Molina y Joaquín Bedoya, tan intrépidos como competentes y humanitarios, que curaban á los heridos en medio de las balas, con instrumentos muy deficientes y escasos medicamentos y vendajes. Tengo recuerdos gratos de ellos y debo á su ciencia y á su cariño haber escapado de la grave dolencia que me tuvo postrado por cuatro meses consecutivos y de la que ya te hablé anteriormente.

Pérdidas paraguayas.—Francisco Solano López. El regimiento San Martín.—Muerte del coronel Esteban García.—El comandante Donato Alvarez.

CARTA X

Tuyutí, Julio 6 de 1866.

Querido amigo:

Desde el principio de la guerra, en 14 meses, ya han librado el ejército y las escuadras aliados. siete batallas terrestres, fuera de diversos encuentros, algunos muy serios, dos combates navales importantes y otros menores. Los paraguayos han perdido entre muertos por acción de guerra, por enfermedades y heridos 60.000 hombres, además de 10.000 prisioneros (1) y los aliados 5.500 muertos y heridos y algo más por enfermedades. De invadidos nos hemos convertido en invasores. El Paraguay está virtualmente vencido, la guerra

(1) Thompson y Mastermann confirman estas cifras

podrá prolongarse más ó menos tiempo, López no se rendirá, pero no tiene dinero, ni gente ni material de guerra suficiente para resistir. Solamente á un insensato pudo ocurrírsele declarar la guerra conjuntamente á tres naciones, cuando cualesquiera de ellas, aisladamente, hubiera sido capaz de batirlo. Su padre fué más prudente; dijo que preferiría perder la cuarta parte del territorio paraguayo, antes que hacer la guerra en su defensa. El Paraguay no tiene la población de 1.300.000 habitantes que por complacencia á López, le asigna du Graty, sino 500 á 600.000 como máximum (1). Si se considera que la mitad son varones resulta que, de la población masculina, ha desaparecido ya el 23 o|o. A este paso el exterminio de los restos de la descendencia española quedaría consumado y también de todo el elemento capaz de llevar armas. El enemigo no nos despierta odio, ni nos ensañamos con los caídos, por el contrario, nos inspiran compasión y hasta simpatía. Son inconscientes, pelean con serenidad

(1) El general Mitre dice lo siguiente: Diciembre 1903: En 1862 el coronel Du Graty, en su libro sobre el Paraguay le atribuye 1.337.000 habitantes, cifra exagerada como que la obra fué escrita para halagar á López, aunque el autor se refiere á un pretendido censo hecho en 1857. En 1864 se calculaba al Paraguay una población de 600 á 700.000 habitantes y creo que es lo que podrá tener.

El señor Gabriel Carrasco acaba de demostrar que sólo tenía en aquella época 560.000.

y con cierta indiferencia. El déspota cruel que los obliga al sacrificio, en cambio, se esconde y se mantiene siempre á una prudente distancia del alcance de las balas de cañón. Esta según los pasados no baja de una y media leguas. El cuartel general lo tiene rodeado de guardias y centinelas, teme que lo maten, dice que no tiene confianza en nadie y que nadie lo ayuda. En un discurso que dicen haber pronunciado, exclamó: "Cuidado, hasta aquí he perdonado, he encontrado placer en perdonar, pero de aquí en adelante no perdôno á nadie." López debe padecer del delirio de las persecuciones, como es notorio que sufre del de las grandezas. Sus antecedentes, según Sinforiano Alcorta que lo conocen bien, justifican esta creencia y cruel fué desde joven (1). A los 18 años de edad era ya general, el padre lo mandó á Corrientes, al frente del ejército paraguayo, que acompañó al general Paz en su campaña contra Urquiza como aliado. Entonces ya se mostró inclemente, fusilando á varios de sus soldados, por faltas. leves ¡Qué contraste forman las precauciones que toma López, con la conducta que observan el general en jefe Mitre, el mariscal Osorio y el ge-

(1) D. Manuel de la Peña que lo acompañó á Buenos Aires, en tiempo de Rosas, decía de él: Este muchacho tiene un corazón de tigre. Francia y su padre eran unos santos á su lado.

neral Flores! Las balas caen en sus cuarteles generales y sus carpas sirven de blanco á los artilleros paraguayos. Flores escapó milagrosamente de una bomba, que reventó en su carpa. Su simpático é inteligente ayudante Julio Herrera y Obes se encontraba escribiendo en su carpa cuando otra bomba cayó á su lado, sin reventar felizmente. Los tiros de los paraguayos parecen ser más precisos que los nuestros, sus piezas están mejor emplazadas.

Los proyectiles y cohetes que usan superan también á los nuestros, lo que es de lamentarse y apenas comprensible. Las únicas de nuestras piezas que tienen algún valor son los dos cañones Krupp llegados hace poco, cuyo manejo enseñó un sargento alemán que tenemos. Los paraguayos levantan una bandera cuando éstas hacen fuego para que se oculten los soldados. A los paraguayos prisioneros los hacemos pelear en nuestras filas; yo mismo tengo uno de asistente. Algunos se desertan no obstante el buen trato que reciben. A unos soldados de Estigarribia, que volvieron á las filas de López, con algunos de sus jefes, éste los trató mal por no haber regresado antes é hizo fusilar á los jefes. Los pasados paraguayos que se presentan, lo hacen por malos tratamientos; es muy difícil sin embargo conseguir que den datos y por nada se les hace gritar "muera López". Lle-

vemos una legión paraguaya, al mando del coronel Decoud y del coronel Iturburu, para demostrar que respetamos su independencia, no peleamos contra una nación para abatirla, sino contra un déspota para redimirla.

Ya sabes que un gran número de nuestros jóveves más distinguidos se presentaron en campaña. Entre los intelectuales sobresale Carlos Pellegrini; apenas habrá cumplido 20 años. Lo he visto pasar al mando de una cohetera; anda siempre á la pesca de boladas en las avanzadas, porque le sobra arrojo. Es estudiante de derecho y supongo que sus conocimientos balísticos los habrá heredado de su excelente padre, que es un ingeniero distinguido y á quien aprecio mucho. Como ingeniero municipal ha trazado el paseo de la plaza Libertad, que se hizo por mi iniciativa, costeado por los vecinos; tuve gran trabajo para hacer suprimir el mercado de carretas de leña y frutas; el plano primitivo lo hiciste tú y se aceptó con ligeras modificaciones. Me escribe mi madre que el señor Pellegrini y mi padre se reunen frecuentemente en el patio de casa á beber buena cerveza, que nunca falta en la bodega de un alemán del sud. Allí ambos se desahogan contra nosotros, porque dicen que si no nos matan volveremos con una pierna ó un brazo menos.

Excuso decirte que Tuyutí quiere decir barro

blanco, y que seguimos empantanados por el barro blanco y negro del Estero y ahogados por la arena, que en los días de seca y viento es insoportable. En las avanzadas, además, las fuerzas destacadas han sufrido por muchos días de las miasmas que despiden los cadáveres insepultos y los caballos en estado de putrefacción. No hemos tenido ni una tregua siquiera para enterrar á los muertos; ya pagaremos con vidas caras esta negligencia é inhumanidad. La fiebre intermitente aumenta los estragos. Los brasileros acaban de contribuir con una seria pérdida al estado antihigiénico en que vivimos. Ha muerto de fiebre intermitente el distinguido y valeroso general Netto. El regimiento San Martín se hace cada vez más digno del nombre del ilustre guerrero que lleva. Sorprendido el 24 de Mayo, cuando aun no había podido ensillar sus caballos, se batió con denuedo en retirada y casi á pie, pues durante el combate pudo montar solamente 60 hombres. Una gran masa de caballería é infantería enemiga lo cargó, y hasta fuerzas orientales le hicieron fuego en la confusión. El entrevero, el humo y su diseminación fueron causa de que sus bajas no hubiesen sido numerosas. Se bate diariamente en las descubiertas; sus cabalgaduras son regulares y buscan sus jefes con preferencia el pelo blanco y tordillo. Los paraguayos, en cuanto se presentan los "mo-



Mayor Luis Maria Campos
1865

rotis'', como llaman al color blanco, ya toman sus precauciones, porque les tienen un gran respeto. Hemos perdido al bravo coronel Esteban García, que lo mandaba desde que salió de Morón, en los suburbios de Buenos Aires, cometiendo uno de esos actos propios de los militares de honor, que se aventuran en los lances más peligrosos y á veces necesarios en la guerra; avanzó con una descubierta brasilera el 17 de Junio, recibiendo un serio balazo en el brazo. Transportado á Corrientes para su curación, se agravó la herida, se impuso la amputación, pero él la resistió, sus médicos tuvieron la debilidad de no insistir y acaba de morir de resultas de la infección, tan común en estos climas. Era un militar de brillante foja de servicios y muy querido en el ejército. Lo reemplaza el comandante Donato Alvarez, otro intrépido militar, que desde 1837, á la edad de 12 años, viene combatiendo y exponiendo siempre su vida. Era hijo de unitario, y, como tal, Rosas lo destinó al servicio de fronteras en el Río Colorado, sacándolo del colegio en que se educaba. Allí lo obligaron á servir de soldado y fué trompa á las órdenes del coronel Granada, en sus campaña contra los indios. El año 1845 estuvo al servicio del general Lucio Mansilla, asistiendo al combate de Obligado en el mismo carácter. Elogia la serenidad de este valiente é ilustrado general, y cree que so-

lamente le igualan en sangre fría el general Bartolomé Mitre y el general Venancio Flores. (Tuve yo el placer de conocer al general Mansilla en casa de don Doroteo García: era un hombre culto, elegante, con un recurso inagotable de interesantes anécdotas). Un diluvio de balas y granadas, arrojadas por once buques, en medio de una nube impenetrable de humo, sembraba la muerte por todas partes. Alvarez servía el mate al general Mansilla, que éste sorbía tranquilamente, impartiendo las órdenes con tranquilidad y energía, hasta que tuvo que retirarse por una fuerte contusión, que impidió al general permanecer á caballo. De allí pasó con el ejército de Rosas al Estado Oriental, de donde desertó, sentando plaza de teniente en el Brasil, y al poco tiempo pidió su baja para dedicarse al comercio. Cuando el general Urquiza emprendió su campaña contra Rosas, se incorporó á su ejército con el grado de capitán, asistiendo á la batalla de Caseros, al mando del primer escuadrón de la Legión de Caballería formada en la ciudad de Alegrete, siendo á la vez instructor de la mencionada legión. Fué después ayudante del Ministro de la Guerra, general Gelly y Obes. En el lunch que se dió, al inaugurarse la estatua del general San Martín, Alvarez servía unas masas en el plato al general Mansilla, con quien no se había encontrado desde

Obligado, diciéndole: "Permítame, general, que vuelva á servirle después de diez y ocho años que le cebaba mate". — "Cómo así" — le contestó el general. — "Sí, señor, soy Donato Alvarez, su trompa de órdenes, cuando nos diezmaban en Obligado" — le dijo. — "Es cierto, tanto placer en volverlo á ver, y permita usted que ahora le sirva yo á mi vez, capitán" — le respondió Mansilla, alcanzándole una copa de vino. En la revolución del 11 de Septiembre de 1852 le cupo la gloriosa tarea de arrebatar mil doscientos caballos á Galán. Sin este incidente tal vez este jefe hubiera podido dominar aquel glorioso levantamiento, que nos restituyó la libertad amenazada. Si me he extendido en estos detalles, tan honrosos para el sucesor del coronel García, es para demostrar que será digno de aquel malogrado jefe, y porque su historia es, más ó menos, la de muchos de los que fueron víctimas de Rosas.

El comandante Ayala y el mayor Mansilla tienen escaramuzas frecuentes, porque el 12 de infantería es el que está más próximo á las avanzadas paraguayas que comúnmente se aproximan hasta cincuenta metros. De un mes á esta parte hemos recibido como 2.500 caballos de silla y tiro y algunas mulas de Buenos Aires y Montevideo. Están estas cabalgaduras bien mantenidas á pasto seco y maíz.

Se va realizando lo que el general Paunero pedía á principios de Febrero al comandante Miguel Martínez de Hoz, cuando bajó á Buenos Aires á curar sus heridas, de las que ya te hablé. "Influya para que nos manden caballos á pesebre, si no la guerra será interminable". Ha muerto nuestro meritorio amigo el mayor Yance, comandante del escuadrón de artillería oriental, de resultas de las heridas que recibió en el bombardeo del 28 de Mayo. Los orientales le distinguían por sus condiciones sobresalientes. Cuarenta y tres días han transcurrido desde que libramos la grande y sangrienta batalla de Tuyutí. A medida que pasa el tiempo más serio se presenta el contraste para López. Por los informes recogidos de los pasados se sabe que los mejores batallones paraguayos quedaron en esqueleto y que de los heridos murieron casi todos. Diariamente los remontan y los tienen en permanente ejercicio, principalmente en el tiro, y desde las avanzadas se oye un constante tiroteo. López tiene á sus tropas en perenne actividad y pronto extinguirá su reserva de municiones, porque diariamente nos bombardea. Le han contado hasta 2 y 3.000 tiros en un día; las vanguardias nuestras no dejan de ser atacadas. En una visita que hice al simpático y valeroso comandante Gaspar Campos, que manda el batallón riojano, me refirió la flema de sus soldados. Revientan cerca de ellos las

granadas paraguayas, no se inmutan y continúan tranquilamente almorzando ó comiendo. Manuel Campos, teniente del 6° de línea, ha venido con seis sargentos á instruir á este batallón; no tiene más de 17 años, y ya en su espíritu militar y su valor demuestra que es digno de los de su nombre. Gaspar Campos le ha regalado una espada y una banda, en premio de sus trabajos. Gaspar no es propiamente un militar de escuela, pero es un caudillo que se impone á sus soldados, los que los quieren, llamándole "mi padre", y siempre los conducirá con bríos al combate. Parece que López quisiera atraernos, para librar batalla en paraje elegido por él y tendernos emboscadas. Los estragos de los bombardeos no son muy notables, el ejército se va acostumbrando á estas escaramuzas, pero todos los días hay muertos y heridos. Se cazan hombres como se cazan aves. La bestia humana extrema sus instintos brutales. Los ayes de los heridos mezclan sus ecos con las carcajadas de sus matadores. A la noche, el grito extridente de las aves de rapiña, que se ceban en los restos humeantes de los muertos y moribundos, aumenta al aspecto tétrico del escenario que nos envuelve. En la noche se siente un frío penetrante, que hace interminables las horas en que montamos la guardia. Los días son calurosos en cambio, y fatigan los ejercicios en los arenales de las lomas, enterrán-

donos hasta el tobillo. Los alimentos dejan algo que desear y en la cofección de pasteles el sebo reemplaza á la grasa.

Cuando nos llegan las encomiendas de Buenos Aires es un día de festín; nos abalanzamos sobre ellas y "día de mucho, víspera de nada", al siguiente volvemos á la tumba flaca. El vino que nos venden los vivanderos es un excelente específico para matar ratones, y las irritaciones al estómago no dejan de molestarnos. De vez en cuando nos permitimos recíprocos banquetes; días pasados llega mi buen amigo el capitán Martín Boneo, que era uno de los invitados y me anuncia que entra del todo desganado porque ha visto al asistente Mayorca limpiando los platos con escupidas y un trapo no muy limpio. Mayorca fué reprendido por sucio y rebajado. En el banquete que dimos no alcanzaban los tenedores. "Sarmiento, traéme un tenedor", le dije á mi asistente, y se presenta con pedazos de ramas, á las que había sacado punta. Un día entre tres comíamos de una fuente dulce de leche con cuchara de sopa, entra el teniente Gallardo—"bien venido"—le decimos y le alcanzamos solamente un cuchillo de punta para que nos acompañara. Como era un tanto líquido le cupo la peor parte. Aquí se hace uno un poco egoista, algunos hasta la sal mezquinan. Matamos el tiempo leyendo:

Garmendia me provee de buenos libros, algunos proceden de los que tiene en capitán Roca, quien por afición á la lectura dicen que descuida un poco la instrucción de su compañía. He leído el primer tomo de la vida de Julio César por Napoleón III. No obstante la cooperación que le ha prestado el mayor Stoeffel, la obra no ha satisfecho. Ha sido una tentatíva un tanto arriesgada después de lo que acaba de escribir Mommsen. Parece que como Napoleón I quiere imitar el gran romano. Supongo que le faltan condiciones para ello. Ha desencadenado guerras en Europa y ahora quiere emprenderla con la Alemania. ¿Recuerdas lo que le contesté en París á nuestro ilustrado amigo Alejandro Díaz, que es hoy teniente coronel del 3 de infantería de línea, en Enero de 1861, estando en el café de los Italianos? Cursaba él entonces las clases superiores de la escuela de St. Cyr. Me dijo que la guerra con la Prusia era un hecho, que él tenía permiso ya para agregarse al Estado Mayor del ejército, y que sería un paseo militar para los franceses. "Mi querido mayor, fué mi respuesta, si Napoleón declara la guerra á los prusianos se unirá toda la Alemania; vengo de recorrerla desde Kiel hasta Kehl, frente á Estrasburgo. He tomado parte en un concierto que se celebró en el castillo viejo de Hardheim, en Baden, donde se reunieron varias sociedades corales

de Baden y de Baviera. Allí todos no nos hablaron sino de la unidad de la Alemania con entusiasmo desbordante. Heine dijo: "cuando la Alemania se una será un poder incontrastable, que hará rugir hasta los leones de Africa y podrá ser un peligro para la Europa". Además, ustedes no deben ignorar los progresos que han hecho los prusianos en la artillería, tanto en su material como en la instrucción de su personal. Si ustedes se meten con los alemanes serán derrotados y pasarán muchos años antes que la Francia vuelva á levantarse". Ya sabes que recibieron con ironía mis observaciones, que las creyeron fantasía de mi juventud. La guerra de Alemania con Dinamarca, que tuvo lugar el año pasado, y que terminó con el triunfo de los alemanes, ya viene á darme la razón. Los prusianos han dado pruebas de su extraordinaria preparación para la guerra, en el ataque de Düppel principalmente. Federico Carlos, Wrangel, y sobre todo el teniente general Moltke, jefe de Estado Mayor, que desde 1835 viene distinguiéndose como estratégico eximio, y que preparó en Frankfurt, en 1863, el plan de campaña contra los daneses, prueban que sus generales y toda su organización militar han alcanzado una altura incomparable. Ya los alemanes han incorporado á su confederación el gran ducado de Schleswig-Holstein, satisfaciendo el anhelo de sus



Mayor Sebastián Casares

habitantes, que desde 1848 fracasaron en sus repetidas tentativas de librarse de la dominación dinamarquesa. ¿A qué vienen todas estas observaciones, y sobre todo la de los Napoleones? dirás tú seguramente. Te las voy á explicar: muchas veces me han dicho que me parezco al hablador de Cervantes, porque saco una deducción de la otra. Te diré, pues, una última palabra: Madame Linch, la arrogante francesa, de descendencia irlandesa, que acompaña á López, inteligente, perspicaz y de un arrojo varonil, lo tiene completamente sugestionado. Ensalza sus grandes condiciones de guerrero y lo cree predestinado á ser el "Napoleón del Nuevo Mundo", conquistando á los países vecinos y erigiéndose en árbitro de sus destinos. Es una quijotada que no tiene nombre, una chifladura incomensurable.

Volviendo á los franceses, aquí en el ejército hay una simpatía desmedida por todo lo que es francés, y las memorias de Marmont es la obra favorita de los pocos que leen. Usamos en el combate la bombacha grancé con sus incómodas güeltras y polainas, que encanta al mayor número, incomoda para marchar y es un excelente blanco junto con la chaquetilla de azul oscuro. Felizmente las armas que usa el enemigo son de poco alcance y los encuentros tienen lugar siempre á medio tiro de fusil, á cuya

distancia cualquier color es igual. Hemos recibido unos trajes ingleses color gris, muchos oficiales los usamos y creo que es el color más conveniente, porque es sufrido y se ve menos á la distancia. El color grancé y el azul oscuro pueden pasar para los uniformes de parada: en la guerra constituyen un peligro. Ya sabes que por atavismo tal vez me sugestiona lo que de preponderante tienen los alemanes, sobre todo en el ejército, en la educación y en la mayor parte de las ciencias. Tengo discusiones constantes, estoy casi solo, y me creen atacado de germanismo agudo. Sin embargo, mi único anhelo es que nos apropiemos su carácter serio, metódico y perseverante. No en todo les doy la preferencia: no soy ni monarquista ni partidario del servicio militar obligatorio, que felizmente no tenemos todavía. Cuando me case daré preferencia siempre á una compatriota de ojos negros, tal vez buscando mis ojos azules el contraste. A la larga he de triunfar con mi germanismo, aunque les pese á los incongruentes. Las últimas noticias que tenemos de López es que cuenta hoy á nuestro frente con 17 ó 20.000 hombres, niños, viejos é inválidos, y no sería extraño que de un momento á otro inicie algunas operaciones. Estamos preparados y López aumentará el catálogo de sus desastres. Se notan

movimientos en el ejército enemigo, pronto te tendré que comunicar algo de interés.

No debo dejar de mencionarte que por el lado de Curupayty se sienten frecuentes estampidos de fuertes cañoneos, entre las baterías paraguayas y la escuadra brasilera, y de torpedos flotantes que revientan. Estos últimos proyectan su luz hasta nuestros campamentos, que por momentos han estado iluminados durante la noche, como nuestra plaza de la Victoria en las fiestas patrias, con sus fuegos artificiales. Más arriba te hablé del exterminio de la raza española en el Paraguay, que algunos han dado en llamar raza latina. López la reemplaza en el ejército con esclavos, que acaba de hacer ingresar. Ya sabes que siempre he creído una mistificación lo de la raza latina. Ni los italianos mezclados con los visigodos y los cartagineses lo son, ni tampoco los españoles, donde predominaron los iberos, y menos los franceses, que deben la estructura de su raza á los bretones y á los galos. Además hay más analogía entre un francés y un alemán que entre aquél y un español. Belsú, el tirano de Bolivia, también protestaba contra la raza latina en Sud América. ¿Te acuerdas de aquella discusión que sostuvo en París con el paraguayo don Pedro Nolasco Decoud, cuando llegó la noticia de la batalla de Cepeda? "Amigo, le dijo Decoud, estas

razas latinas nunca van á estar tranquilas!'' Qué razas latinas, replicó aquél—en Bolivia apenas uno que otro fraile que sabe hablar latín'', y seguimos peleándonos siempre.—''No amigo, afirmó don Pedro, en el Paraguay, con el cuento de las misiones, ya todos vamos aprendiendo''. Ya sabes que uno de sus temas favoritos era el ''uti-posedetis''. Termino aquí esta miscelánea y cuyas divagaciones son el producto tal vez de la vida monótona que llevamos. Podría, plagiando á don Bartolo, repetir lo que él dijo en aquella erudita carta, prefacio á sus Rimas, dirigida á Sarmiento sobre la poesía escrita hace 11 años y la que tanto nos elogiaba su amigo, tu excelente padre á quien tuviste la desgracia de perder en una edad en la que aun podía ser tan útil á nuestro país, por sus servicios patrióticos, su instrucción y su reposo. ''En una carta que nada tiene de geográfica son permitidos estos paseos caprichosos, en que la imaginación gusta extraviarse por los senderos floridos que se abren ante sus pasos, aunque ignore á donde van á parar''.



MAYOR ABRAHAM WALKER
1865

COMBATE DE YATAITY-CORA

CARTA XI

Tuyutí, Julio 14 de 1866.

Querido amigo:

Sucedió lo que era fácil de prever. López, dominado de un pánico muy explicable, después de los continuos reveses que viene experimentado, no comete sino actos que precipitarán su ruina. Es un atolondrado, que no hará más que sacrificar gente, sin la más mínima perspectiva de triunfo. Podrá conseguir resultados parciales y momentáneos favorables, hará que sus enemigos sacrifiquen vidas y dinero, pero será irremediablemente vencido en todos los ataques que nos traiga ó en aquellos que le provoquemos. Cometeremos también errores nosotros, nos dejaremos llevar del ardor propio á nuestro carácter, pero tenemos el éxito asegurado á la larga. No podría ser de otra manera tampoco, desde que tres naciones combaten contra una sola. Diez

millones de habitantes tiene el Brasil, un millón y medio nosotros y medio millón el Uruguay, mientras que el Paraguay no tendrá ya más de quinientos mil. Este dato es bueno consignarlo también, puesto que representado nosotros el 15 por ciento de la población de los aliados, no obstante la tercera parte de las fuerzas en campaña contra López son argentinas. El 10 del corriente dos batallones paraguayos, acompañados de dos coheteras, atacaron de improviso á dos compañías del batallón Catamarqueño, que estaban á las órdenes del mayor Matoso, destacadas al Norte del paso Leguizamón, en una isleta que llaman Yataity-Corá (Corral de palmas chicas). Esta isleta se encuentra, cuando menos, á tiro de cañón de nuestras baterías. En vez de retirarse nuestras avanzadas á colocarse bajo la loma, donde nuestros cañones se encuentran emplazados, tratando de atraer al enemigo, éstas hicieron pie, resistieron valientemente y fueron inmediatamente reforzadas por el batallón Correntino, que comanda el comandante Sosa, un jefe intrépido, que se bate siempre con brío. Es segundo jefe nuestro amigo el mayor Napoleón Uriburu, por cuyas venas corre sangre del ilustre general Arenales, y que es una de nuestras esperanzas en el ejército, por su carácter noble y enérgico y porque es estudioso. Las fuerzas paraguayas fueron pronto puestas en fuga

bajo el violento ataque que les llevó el coronel Rivas, dejando varios muertos sobre el campo de batalla y tres prisioneros. Por nuestra parte no tuvimos en ese encuentro más que catorce heridos, ninguno grave. Los cohetes no han causado daño, y solamente consiguieron incendiar los pajonales del estero. Nuestras fuerzas persiguieron al enemigo hasta una distancia muy cercana á sus trincheras, desde donde se oían las voces de los soldados. Durante el ataque los cañones paraguayos no cesaron de hacer fuego en toda la línea, los brasileros tuvieron 3 muertos y los orientales 1. La noche de ese día se pasó tranquila, pero á la mañana siguiente, estando de vanguardia el batallón Correntino, se divisaron dos batallones y fuertes destacamentos de caballería, que avanzaron y se emboscaron. A las 3 de la tarde uno de esos batallones, protegidos sus flancos por caballería y coheteras, atacó rápidamente al batallón Correntino, el que rompió el fuego, poniéndose en retirada, en orden completo, obedeciendo las órdenes que tenía, sin comprometer la pelea. En el mismo momento fué apoyado, oportunamente, por los batallones 1° de línea y 2° de San Nicolás. El enemigo aumentó también sus fuerzas, que llegaron á 4 batallones de infantería, un regimiento de artillería, 2 coheteras y un regimiento de caballería, formando un total de 2.500 hombres á las órdenes

del general Díaz y del coronel Aquino. Por nuestra parte, una vez comprometido el combate, también aumentamos las fuerzas con el 3° y 4° de infantería de línea, al mando del coronel Arredondo. La lucha continuó con ardor por ambos lados, y con fuerzas más ó menos iguales, llevando la ventaja los paraguayos de conocer mejor el terreno. El 1° de línea, acosado por la caballería, tuvo que formar cuadro, pero bien pronto abandonó esa formación, y desplegado en guerrilla avanzó audazmente sobre el enemigo con un enérgico ataque, haciendo huir á sus adversarios. Cuando entraron al fuego los batallones al mando Arredondo, ya el enemigo cedía en todas partes y se ponía en precipitada fuga, dejando en el campo sus muertos y heridos. El parte del general Paunero dice que la cerrazón, ocasionada con especialidad por el viento que levantaba nubes de polvo y por el humo de los pajonales incendiados por los cohetes, impedía ver al enemigo, así como su campo y retaguardia. Por esta razón dispuso que volvieran todas las fuerzas al campamento, recogiendo previamente á nuestros muertos y heridos, también á los heridos del enemigo y las armas que había arrojado en su desbande. Los paraguayos, según se supo, se empeñaban en ocupar ese punto para colocar una batería que ofendiese nuestra derecha, lo que habría sido de graves consecuencias.



MAYOR ADOLFO MOREL
1865

Será por esa razón que el general Mitre ordenó á nuestras tropas tomar nuevamente esa posición. Marchó el coronel Rivas con el 3° de línea y la Legión Militar al caer la tarde, resueltamente á cumplir la orden. Cuando se apercibieron los paraguayos de la llegada de esos cuerpos, volvieron de nuevo al ataque con todas las fuerzas que se habían retirado vencidas y una fuerte reserva de caballería, pretendiendo envolver á esos dos batallones. Estos se sostuvieron bizarramente hasta que llegaron en su auxilio los batallones 1°, 4° y 6° de línea y legiones militares y 1° de voluntarios. Se combatió hasta las 9 de la noche, con todos los inconvenientes de los ataques nocturnos, entre montes, pajonales y fangales, quedando el enemigo nuevamente vencido. De reserva estaban los batallones San Nicolás, Correntino, Riojano, Santafecino, 5° de línea y 2° de voluntarios, que no entraron al fuego, pero que estuvieron al alcance de las balas enemigas. Aquí se demuestra nuevamente la importancia de las reservas y que á ellas se debe casi siempre el triunfo; lo mismo sucedió en la batalla de Tuyutí, como en el Paso de la Patria y en Ensenaditas. Las tropas de la primera línea pueden lanzarse con intrepidez al combate, porque saben que tienen una base sobre la cual retirarse, y que en cualquier momento pueden acudir en su apoyo. No solamente

prestan su ayuda material, sino que ejercen una influencia moral mucho mayor, desde que las tropas atacan con mayor confianza, cuando saben que tienen su espalda cubierta. Por eso es que los ejércitos bien organizados ponen los mejores cuerpos siempre en la reserva, porque son éstos, generalmente, los que dan el golpe final y deciden del éxito de la batalla.

Entre nosotros no se da gran importancia á este procedimiento, y por lo general hasta irónicamente tratan á los cuerpos que no se les manda á la primera línea. Ha habido diversos incidentes notables en esta pelea, tan encarnizada en algunos momentos. Un cohete entró entre la primera y segunda fila del batallón Riojano, incendiando varios cartuchos de los soldados; los de la segunda fila se quemaban la cara, pero ninguno se movía, hasta que Gaspar Campos los atropelló con el caballo, gritándoles que salieran de las filas y apagasen el fuego. Es una nueva prueba de la indiferencia que estos hombres tienen por la vida. La artillería al mando el coronel Vedia hizo disparos oportunos que causaron algún daño á los paraguayos, pero no podía maniobrar como era debido porque nuestras tropas estaban por delante y sus tiros eran por elevación. Mucho habríamos ganado si nos hubiéramos lanzado al ataque después que ésta nos hubiera despejado el campo.

El general Mitre, que estuvo en lo más recio de la pelea, se encontró en peligro: un cohete reventó á su lado, sin herirlo felizmente. Al general Flores le pasó algo peor: una bomba de 68 se introdujo en el parapeto, á media vara de donde él se encontraba, saltaron las astillas de una barrica enterrada, la tierra le cubrió, pero salió, afortunadamente, ileso. Más tarde otra bomba reventó cerca de él y de sus acompañantes, despedazando á su asistente, sin herirle tampoco. Estos actos son por demás imprudentes; comprendo que los militares de valor y de honor, como deben serlo por otra parte, no puedan sustraerse á ellos, pero deben tener siempre presente que cuando pesa sobre ellos la inmensa responsabilidad de la vida de sus soldados y del éxito de la guerra, en lo que va envuelto el honor de su país, tienen la obligación de no exponer inútilmente su persona. El resultado de esta jornada ha sido que el enemigo haya perdido 400 hombres entre muertos y heridos y uno 200 fusiles, y nosotros 320 hombres. Murió el mayor graduado Etchegaray del 1º de línea, un distinguido oficial, y están heridos el comandante Felipe Aldecoa, muy bien reputado, jefe del 3º de línea y el mayor graduado Agustín Balerga. Tenemos 26 individuos de tropa muertos y diez oficiales y 165 soldados heridos, además 8 oficiales y 45 de tropa contusos. Las bajas no han

sido muy serias, dado el tiempo que se ha peleado y la proximidad á que se han encontrado los combatientes. El enemigo ha permanecido casi siempre emboscado; esta circunstancia, la obscuridad de la noche y el humo producido por las quemazones del campo durante el día, han impedido que los enemigos se viesen bien, recíprocamente. La caballería paraguaya viene muy mal montada y peor dirigida; no es una fuerza temible, y solamente en las sorpresas pueden obtener resultados parciales. Tampoco la nuestra es una fuerza eficiente, no por el personal, que es excelente, sino porque en el país de los caballos jamás conseguiremos montar debidamente á nuestros jinetes. Es una enfermedad argentina, que viene persiguiéndonos desde la guerra de la independencia. Las reflexiones del general Paz, después de Vilcapugio, han de quedar eternamente ciertas. El dijo que "no se creía que la buena cabalgadura fuese de gran importancia para el soldado de caballería ni aun en el combate, ó por lo menos se creía que no merecía la pena de que se hiciesen los mayores gastos que requiere esa arma en todos los ejércitos del mundo, menos en los de la República Argentina. En Ituzaingó nos pasó lo mismo, y los indios nunca fueron alcanzados porque se cansaban los caballos". Y sin embargo hemos tenido jefes de caballería tan grandes como Paz,

Lavalle, Zapiola, Suárez, Olavarría y Brandsen. Yo que tengo siempre presente esos famosos hulanos y dragones prusianos que vimos desfilar en Postdam, en el entierro de Federico Guillermo IV, no puedo conformarme con nuestra inferioridad. En lo mejor se les ocurre á algunos jefes mandar hacer fuego con las tercerolas cuando los soldados están montados. Estas deben usarse en bandolera, para tenerlas á la mano cuando echen pie á tierra, que es el momento de hacer fuego. El sable, que se emplea de á caballo, debe estar adherido á la montura, para quitar peso al soldado. Como arma para los entreveros yo preferiría un par de revólvers, como lo usan los norteamericanos. Pero vaya uno á patrocinar estas ideas en un ambiente refractario á las innovaciones: se expone solamente á la burla. No dudo que ahora, después de la acertada medida que ha tomado don Bartolo, haciendo traer caballos á pesebre, entraremos en un período de franca mejoría. Varios oficiales hemos podido ver parte del combate desde la altura que tenemos á la derecha, y ya comprenderás la ansiedad con que seguíamos las peripecias de la lucha, tanto por el cambio de aspecto que puede tomar la guerra de un momento á otro, como por los buenos amigos que tenían sus vidas en peligro. Tres veces las dianas repercutieron el espacio, anunciándonos la vic-

toria, nuestro sentimiento patriótico se encontraba confortado, pero no del todo satisfecho, porque la posición no había sido conquistada. En el primer momento no ocultamos nuestras críticas por el lujo innecesario y peligroso del valor y la falta de previsión, tanto por no haber atraído al enemigo para barrerlo con la artillería, como por no haber perseguido á los paraguayos hasta sus mismos atrincheramientos. El 1° de línea es nuestra guarida; allí estamos en amena sociedad con el comandante Manuel Roseti, militar distinguido en todo concepto y una de nuestras esperanzas militares; impone hasta por la belleza de su figura y su trato suave y caballeresco. Es de los jefes mejor preparados y se instruye uno con sus conversaciones interesantes y sus observaciones y críticas reposadas y fundadas. El capitán Adolfo Morel nos entretiene mucho con su buen humor y sus cuentos llenos de gracia. Después de terminada la acción del 11 me encontraba en su carpa y me refería los accidentes del combate en el que el 1° de línea tuvo momentos tan lucidos. En ese instante se acercó el bravo coronel Rivas, lo saludó desde su caballo y le dijo: "Qué tal capitán ¿cómo le ha ido?" — "Muy bien, gracias, mi coronel, no es poco haber salvado el pellejo", respondió Morel. — "Bueno, si vuelven los paraguayos saldremos otra vez á pelearlos cuerpo á cuer-

po'' dijo Rivas, haciéndonos un afectuoso saludo de despedida. Morel, que ha probado tener valor, no estaba conforme con este modo de exponer el aniquilamiento de nuestras fuerzas, que no reciben repuesto alguno, y me dijo que el exceso de valor de Rivas lo enardece de tal manera en el momento de la acción, que no piensa más que seguir adelante, faltándole á veces ese reposo necesario al que dirige una batalla. Ahora, si como he dicho antes, resulta cierto que los paraguayos intentaron posesionarse de Yataity-Corá para colocar una batería, se justificaría el sacrificio que nos han costado estos tres combates sucesivos. Con el 1° de línea forma brigada el batallón San Nicolás, hábilmente comandado por el comandante Boer y eficazmente secundado por el mayor Juan Somoza, con quien mantengo una relación muy cordial. Este batallón de guardia nacional se bate á la par de los de línea y demuestra la facilidad con que podemos formar soldados cuando sus jefes los instruyen y disciplinan convenientemente.

Con Melchor Romero, que pasó á la artillería, me veo frecuentemente. Tú sabes lo minucioso que es, lo serio y bien preparado que está en todas las cuestiones, y solamente emite una opinión cuando puede fundarla. Atrae por sus consejos y su modo de encarar todas las cuestiones. A veces me siento can-

sado, me fatigo en las marchas y ejercicios, porque no he quedado del todo bien después de mi enfermedad, pero sus consejos y reflexiones me alientan y me obligan á continuar en mi puesto. Sus críticas sobre nuestra artillería, por la deficiencia del material, con espoletas que no revientan y muchas del personal, me contrarían y no puedo explicarme que no hayamos prestado mayor atención á un elemento tan importante en la guerra. La escuadra brasilera tiene frecuentes tiroteos con sus buques y botes contra las baterías de Curupayty. Pronto les llegará un buen refuerzo, porque el barón de Porto Alegre, que es un militar muy bien reputado, ha llegado con 6.000 hombres de las tres armas, bien armados, y en su mayor parte riograndenses. Ha desembarcado en el Paso de la Patria, pero remontará el río Paraguay para desembarcar cerca de Curupayty. Los orientales notan mucha algazara en las líneas paraguayas y gritos de vivas y mueras. Según los pasados, López ha distribuido boletines anunciando un gran triunfo obtenido sobre los aliados y la próxima destrucción de todo el ejército invasor. También les hace creer que los torpedos han echado á pique varios buques brasileros. Los bombardeos paraguayos continúan y los nuestros los contestan. Hoy ha habido una alarma: los paraguayos han aparecido con algunas fuerzas



MAYOR MAXIMIO ALCORTA
1865

á espaldas de la línea avanzada oriental. Fueron atacados por las brasileros y los orientales, poniéndose en precipitada fuga su mal montada caballería y también sus infantes, pero no han sido totalmente desalojados y están levantando trincheras en el Boquerón. Algo muy serio nos espera.

Habrás visto por las noticias últimas de Europa que los prusianos, aliados á la Italia y ayudados por los estados del Norte de Alemania, han declarado la guerra á Austria, á la que acompañará la Sajonia, Hanover, Baviera, Baden, Wurtenberg y Hessen. Ya Manteuffel hizo desalojar al Feld-Mariscal austriaco Gablenz del Holstein, y no dudo que á los prusianos les espera una sucesión no interrumpida de triunfos. Los 320.000 hombres bien disciplinados, espléndidamente armados y magistralmente comandados que pondrán en campaña, son una garantía de que les esperan resultados sorprendentes. Veremos si acierto ó doy fiasco con mis profecías. Ojalá un leve soplo de aquel ambiente militar, de esa seriedad y perseverancia prusianas contaminasen la atmósfera en que nos desenvolvemos.

COMBATES DEL BOQUERÓN Y DEL PALMAR

CARTA XII

Tuyutí, Julio 24 de 1866.

Querido amigo:

Nueve días se ha combatido con intervalos, desde el 10 al 18 de Julio, sacrificando 4.000 hombres próximamente el ejército aliado, y los paraguayos 3.000, entre muertos y heridos, habiendo conquistado nosotros un pequeño avance por la izquierda. En el primer momento parecerá algo estéril la lucha pero, bien considerado, el enemigo ha sido repelido en todos los avances, y sus tentativas de posesionarse de Yataity-Corá, para dominar nuestra derecha, así como del Boquerón, para enfilar la izquierda brasilera y la retaguardia oriental, han fracasado por completo. Las pérdidas argentinas, en el ataque del Boquerón, suman: 1 jefe, 14 oficiales y 186 individuos de tropa muertos y 6 jefes, 26 oficiales y 389 de tropa heridos; los orientales han tenido 200 hom-

bres de baja y los brasileros 2.700. Tenemos que lamentar pérdidas sensibles; por nuestra parte ha muerto el valiente coronel Pedro Agüero, los orientales perdieron á su intrépido é ilustrado coronel Palleja y los brasileros al coronel Machado y á los comandantes Martins y Gómez. En esos días angustiosos la lucha ha sido encarnizada, posiciones artilladas han sido conquistadas, muertos sus defensores y tomados sus cañones, abandonados después y conquistados nuevamente. Encerrados dentro de una especie de callejón, en luchas cuerpo á cuerpo, algunas veces brasileros, orientales, argentinos y también los paraguayos lucharon con vehemencia, haciendo prodigios de valor. Observo que tal vez me excedo en mis ponderaciones por el valor que despliegan los combatientes, cuando éste es inherente á todos los ejércitos y á todos los pueblos del mundo. Algunos lo monopolizan, creyéndose dotados de condiciones varoniles superiores á otros, cuando todo depende de la educación y del grado de moralidad en que se encuentran y, sobre todo, de la dirección que se adopta en los momentos de la pelea. Han tenido esta obcecación, en forma más pronunciada, nuestros antepasados ó, mejor dicho, los tuyos, puesto que los míos ya en forma de crítica usan el refrán de "Stolz-lieb ich den Spanier" (orgulloso me gusta el español). El valor colectivo suele estar en pugna

con el valor individual, por las razones expuestas. Las caballerías de guardia nacional bonaerenses, y también las del interior, que dispararon en Cepeda y en Pavón, y los orientales y brasileros que lo hicieron en Ituzaingó, se componían, sin embargo, de gauchos valientes, muchos de los cuales eran capaces de pelear solos contra todo un piquete de policía. Pero me dejo de digresiones y vengo á mis cominos. López tiene ingenieros militares competentes, como el coronel austriaco Carlos Wissner y el teniente coronel inglés Jorge Thompson, y también químicos como Jorge Mastermann y algunos ayudantes alemanes que le estudian el emplazamiento de sus baterías y fabrican torpedos. Tienen también una red telegráfica, que pone en comunicación á Humaitá, Curupayty y el Potrero Sauce, que está á nuestra izquierda, al lado del Potrero Piris, divididos por unas selvas donde se combatió el 24 de Mayo. En ese paraje empezaron los paraguayos á construir una trinchera, ocupando una gran cantidad de gente, durante la noche del 13. A la mañana siguiente, el 14 de Julio, se apercibió el general Flores de que se emplazaban piezas de artillería en la nueva batería improvisada, que enfilaba á las fuerzas de la izquierda; se dió aviso al general Mitre, y éste conferenció con el mariscal Osorio para que la atacase en el momento. Parece que Osorio pidió

su postergación, por encontrarse en el Paso de la Patria el mariscal Polidoro, que vino á reemplazarle por estar enfermo y para no privarle de la gloria de conquistar esa posición. El general Mitre insistió en que no se perdiera tiempo, puesto que cada día que pasase se sacrificaría mayor número de gente, y recién al amanecer el día 16 ordenó Polidoro el ataque, porque quería darse cuenta del estado de sus fuerzas, de las posiciones que ocupaba y de las que tenía que atacar. En el ejército, como en la armada, han venido á palparse nuevamente los grandes peligros que se corren, por la falta de unidad en el comando. Dicen que Polidoro es más hombre de salón que de guerra, y el mariscal Osorio cometió un grave error, que costó al ejército innumerables víctimas.

Es difícil que se le reemplace; sus tropas tienen una fe ciega en él, y no se cambian caballos en medio del río. Bien, pues, sigo adelante con esta narración, un tanto deshilvanada. El día 17 á la noche se iluminó el campo con la luz que proyectó un formidable torpedo, que reventó en el río Paraguay, con cuyo auxilio pudo verse el progreso de los trabajos que llevaban adelante los ingenieros paraguayos en las trincheras. Durante todo el día funcionaron las baterías de ambos lados. Por nuestra parte no tuvimos más que dos heridos, uno brasilero y otro

argentino; los paraguayos no deben haber sufrido mucho tampoco ese día, porque la distancia es superior al alcance de nuestros cañones. En las noches del 15 y 16 los paraguayos adelantaron los trabajos de sus trincheras, ahondaron sus fosos y elevaron sus parapetos. Nosotros debiéramos haber hecho otro tanto, levantando rápidamente, durante la noche, defensas y aproximar nuestros cañones, y en vez de esto nos lanzamos á cuerpo gentil, ensertándonos en un callejón rodeado de montes de cuatrocientos metros de largo por cuarenta de ancho. Polidoro encargó al general Souza que iniciase el ataque, lo que hizo al amanecer el día 16, llevando de protección á la división del general Mena Barreto, que ocupó el potrero Piris. Los brasileros se lanzaron con brío extraordinario al asalto, y los paraguayos retrocedieron, ocultándose en los montes, desde donde hacían un fuego mortífero. Reforzados los paraguayos por tres nuevos batallones, volvieron á reconquistar la primera trinchera, bajo el comando del coronel Aquino. Este jefe, al tiempo de matar á un brasilero, fué herido mortalmente por otro compañero de éste. Antes del medio día la división del general Souza, que había combatido durante cinco horas consecutivas perdiendo como 1.000 hombres, fué relevada por la del general Argollo, que con éxito variado, y reforzado por tres batallones más, se batió has-

ta la tarde. Mucha gente había caído y hubo un momento en que Polidoro dijo al general Mitre que su ejército estaba deshecho.

El general le observó que no era tanto, pues muchos de sus soldados estaban en las carpas; así sucede con los brasileros: combaten hasta que se cansan ó agotan sus municiones, entonces regresan tranquilos á sus carpas, comen un poco de fariña, se proveen de municiones y vuelven al lugar del combate. En el fuego á pie firme, los brasileros son insuperables.

Los brasileros pidieron refuerzos y entonces se dispuso que el general Emilio Mitre marchase á la tarde, con parte del segundo cuerpo, en protección de la división del general Argollo, que estaba muy comprometida, é hizo avanzar á la segunda división, que manda el coronel Conesa. Entró primero al fuego el segundo batallón, á las órdenes del capitán encargado de la mayoría, Nicolás Levalle, que cayó herido en los primeros momentos del ataque. Miguel Martínez de Hoz me ha hecho grandes ponderaciones de este oficial, por sus condiciones militares verdaderamente excepcionales. Es curiosa la manera como Levalle se hizo militar: Entró de dependiente, á los 16 años, en el registro de don José María Blanco, situado en Buenos Aires, en la calle Victoria. Allí uno de los compradores se insolentó y él por corta provi-



AMANCIO ALCORTA
Secretario de la Escuadra
1865

dencia le acomodó una pieza de bramante por la cabeza, que lo hizo tambalear. Como este procedimiento para tratar á los clientes no fuese del agrado del patrón, tomó Levalle su sombrero y se retiró. De allí se dirigió al cuartel de artillería, en el Retiro, y sentó plaza de cadete en el regimiento que comandaba el distinguido general Nazar, esa figura tan simpática por sus nobles condiciones de carácter, su ilustración, y sus relevantés servicios militares. Nadie ha de creer, al verle tan serio y circunspecto, que cuando joven fuese tan travieso. Se sometió á una reclusión en la casa de ejercicios solamente por darles una soba en la obscuridad á los que allí acudían á disciplinarse. Levalle formó parte de los cadetes que concurrían á las clases de la escuela militar que dirigía el coronel Pablo Díaz y sabía de memoria las obligaciones del cadete y los reglamentos. Lo que le pasó á Levalle ha acontecido á una gran mayoría de personas: un incidente cualquiera decide de la suerte y cambia el destino de los hombres. El mismo don Bartolo nos lo ha explicado así en esta preciosa frase: "Odio á Rosas, no sólo porque ha sido el verdugo de los argentinos, sino porque á causa de él he tenido que vestir las armas, correr los campos, hacerme hombre político y lanzarme á la carrera tempestuosa de las revoluciones, sin poder seguir mi vocación literaria". Nosotros diremos que — no hay mal que

por bien no venga — los relevantes servicios que él ha prestado á la libertad, al progreso intelectual y material, á la defensa del honor y de la integridad nacional, compensan ampliamente lo que la literatura haya podido perder. El general Necochea también se formó saliendo de una tienda, cuando se presentó á tomar servicio en defensa de la patria.

Levalle llevaba de protección al 3º, á las órdenes del mayor Tarragona, que lo reemplazó cuando al 2º se le agotaron las municiones. Este á su vez fué relevado por el 4º que manda el mayor Rasero y el 5º por el mayor Dardo Rocha; todos ellos combatieron con brío, mandados por sus distinguidos jefes, hasta que concluyeron sus municiones. Ya sabes todo el aprecio que tengo por Dardo, y me felicito que haya tenido oportunidad de lucirse, como ya tuvo ocasión de hacerlo cuando Cepeda, en Pavón y en Pehuajó; en su batallón tenemos un gran número de amigos. El coronel Pedro José Agüero tuvo momentos muy lucidos y nada te digo del simpático y bravo coronel Conesa, que, no obstante estar aquejado de una fuerte dolencia, se mantuvo á caballo durante todo el combate. En la madrugada del 17 fué relevada la división de Conesa por la del coronel don Cesáreo Domínguez. Además del capitán Levalle, fueron heridos el capitán Vital Quirino y el capitán Juan Ortiz de Rozas, siempre sereno,

caballeresco y empeñoso; también el teniente Acevedo. En todo tuvo la división Conesa 3 muertos, 41 heridos y 11 contusos. El día 17 se pasó con relativa tranquilidad, y el 18, desde temprano, empezó á tronar el cañón con buen éxito de nuestra parte. El general brasilero Victorino y el general Flores cargaron con siete batallones y otra reserva igual, á las baterías paraguayas, especialmente á la del Sauce. Las baterías paraguayas hacían un fuego espantoso, diezmaban á los asaltantes, pero éstos, conmovidos por momentos, se lanzaban valientemente al ataque, llegando, aunque en desorden, á los fondos de las trincheras. Requerido por el general Victorino el auxilio del batallón 2° de Entre Ríos, marchó su jefe, el comandante Caraza, á la línea de fuego, siendo protegido inmediatamente por el batallón Mendoza-San Luis, mandado por el mayor Ivanowsky, este valeroso jefe que ha conquistado sus presillas desde soldado raso. Muy pronto tuvieron fuertes bajas, porque los paraguayos los atacaban con sus cañones, con la fusilería de los infantes y hasta con fuerzas de caballería desmontadas. El general Flores ordenó entonces al valiente coronel Cesáreo Domínguez que tomase la batería á todo trance. Se le facilitó una compañía de zapadores y se lanzó sobre ella con el regimiento Córdoba, el batallón Florida y el batallón San Juan. Te estoy

hablando de batallones, pero no vayas á creer que ninguno pasase de 200 hombres. Todos los batallones de la división Domínguez cooperaron al éxito y los primeros en escalar la trinchera, clavando la bandera argentina sobre ella, fueron el batallón San Juan y el Córdoba, matando á los que se pusieron á su alcance y haciendo huir el resto á los montes. No pudieron clavar los cañones porque no tenían como hacerlo y arrojaron al agua las municiones que encontraron. El bravo coronel Palleja cayó muerto al lado del comandante Domínguez, y es una pérdida irreparable para el ejército oriental y para los aliados. Las tropas argentinas, envalentonadas por el triunfo, se desparramaron por los ranchos vecinos; además las municiones se habían agotado. En medio de un fuego incesante de 3.000 enemigos, que causaban un estrago inmenso, dejando las balas hasta sin hojas á los árboles, el batallón Florida, que comandaba Palleja, presentó las armas cuando retiraron el cadáver de su jefe. Fué una ceremonia tocante pero poco militar, porque los soldados suspendían el fuego y como consecuencia se conmovieron y comunicaron su indecisión á dos batallones brasileros. El coronel Domínguez los proclamó en ese momento, incitándolos á que vengaran la muerte de su jefe, consiguiendo restablecer el orden. El general Díaz, paraguayo, avanzó entonces con una vanguar-

dia de caballería desmontada y cinco nuevos batallones. Ante estas fuerzas, las nuestras tuvieron que emprender la retirada, cuando fueron nuevamente apoyadas por los batallones 2º de línea y 1º y 3º de la séptima brigada á las órdenes del teniente coronel Adolfo Orma. Los momentos eran por demás angustiosos: los jefes de mayor experiencia han dicho que reinó un momento de verdadera confusión. El bravo coronel Agüero, al recibir la orden de cargar, imitando á Brandzen en Ituzaingó, le mandó decir al general Emilio Mitre que cumpliría la orden y que le recomendaba su familia, porque iba á una muerte segura; cayó gloriosamente cuando ya estaba sobre la trinchera.

El comandante Adolfo Orma también salió herido. Es uno de nuestros jefes más distinguidos y más instruídos; lo visito con frecuencia: es una dama en el trato y, sin embargo, es severo y minucioso en la disciplina. Mis amigos los capitanes Eduardo Racedo, Miguel Molina y Chauciño, que sobresalen por su espíritu militar y su valor, me han hecho las más grandes ponderaciones de él: dicen que jamás le han oído pronunciar una interjección ofensiva, ni una palabra destemplada. Lo vi después de herido: pedía al viejo doctor Almeira que le diese un poco de opio, porque los dolores no le dejaban dormir. Este le suministró unas píldoras de pan, ha-

ciéndole creer que tenían opio, y la sugestión le produjo el sueño. El bravo mayor Borges, al mando del 2º de línea, herido el 24 de Mayo, lo fué nuevamente en esta acción. El capitán Racedo describe con colores muy vivos este sangriento combate. Refiere un hecho digno de mencionarse. Un jefe brasilero, amigo suyo, se quedó casi solo en el ardor de la pelea; muchos de sus soldados habían muerto ó estaban heridos. Se lamentó de que su cuerpo hubiera sido exterminado y se mostraba muy afectado por este desastre. De pronto percibe gente en los campos de su campamento. *Ora isto,* exclamó, *mío batallón que está yantando.* La mayor parte de ellos, como es su costumbre cuando se les agotan las municiones, vuelven al campamento, pero regresan, después de comer y proveerse de ellas, nuevamente á la pelea. Al comandante Mateo Martínez, á quien adoran sus soldados porque es valiente, generoso y tolerante con ellos, le mataron dos caballos y terminó el combate á pie, perdiendo la mitad de sus fuerzas. Maximio Alcorta, uno de los capitanes, á quien estoy tan íntimamente ligado que me visita frecuentemente y se entusiasma con las glorias que conquistará en esta guerra, teniendo verdadera fruición por la pelea, mientras que yo le digo que por mi parte desearía que esta guerra terminara por un arreglo honroso, hizo un papel lucido, está sano y

contento. El abanderado del 2º de línea, subteniente Julio Dantas, tan querido por su carácter franco y enérgico, al trepar la trinchera para clavar nuestra bandera, cuyó derribado por una bala, que le hizo pedazos una mandíbula; no soltó la bandera sin embargo, hasta que uno de sus compañeros la tomó de sus manos. El 2º de línea perdió 140 hombres y se retiró al mando del capitán Sáenz. Se ha peleado con encarnizamiento particular en estos tres días pisando los cadáveres todavía insepultos del 24 de Mayo; las zanjas y todo el camino recorrido han quedado cubiertos de muertos. Los asaltantes recibieron balas y metrallas del enemigo, y hasta piedras, paladas de arena y cuanto tenían á mano los atacados. Han salvado fosos, cruzado pantanos, apartado abatis y escalado parapetos. Los primeros ataques costaron mucha sangre porque se hicieron en campo abierto; los sucesivos se ejecutaron con mayor prudencia, deslizándose por entre los montes hasta estar sobre las trincheras. Ha habido actos de heroísmo dignos de ser conmemorados. El teniente Washington Lemos perdió sus dos piernas; en el mismo momento entregó su revólver al capitán Villanueva diciéndole: "no importa que yo muera si la victoria es nuestra". Este bravo oficial expiró momentos después. El sargento Pedro Coria del Mendoza y Máximo Eguren del 2.º de Entre Ríos, tomaron la ban-

dera de manos de sus respectivos abanderados que cayeron heridos, y siguieron adelante haciendo flamear los colores patrios y animando á sus compañeros. En la retirada venía herido el soldado Nicolás Acosta, se acerca un oficial enemigo, él se da vuelta, se bate con él cuerpo á cuerpo y lo ultima con su bayoneta, trayendo como trofeo la espada que le arrancó de la mano.

El soldado Ignacio Acuña cargó sobre sus hombros al comandante Giuffra, que cayó con dos heridas, salvándole de caer en manos del enemigo. Muchas banderas están manchadas de sangre y atravesadas de balazos. El coronel Domínguez elogia la conducta de su ayudante mayor Bonifacio Lastra, que es otro de los estudiantes distinguidos que marchó á campaña. También menciona al teniente Gauna y subteniente Fúnes.

El cuerpo médico con Joaquín Bedoya, Miguel Gallegos, Francisco Soler, Eleodoro Damianoviche y Silva no dejó nada que desear: siempre en medio del fuego, escasos de elementos, curan y disminuyen los dolores de los que sufren. Varias veces faltaron las municiones, y la verdad es que causa asombro que pueda atenderse á las necesidades del ejército en la forma que se hace, dadas las distancias á que nos encontrámos de los centros de recursos y los pésimos caminos que hay que recorrer. La mayor



CAPITÀN EDUARDO RACEDO
1865

parte de los detalles que te doy aquí me los ha suministrado el distinguido coronel don Pablo Díaz, jefe de estado mayor del 2.° cuerpo de ejército, tomándolos de los partes oficiales. Le ha cabido un rol muy descollante en esos combates, estando tan pronto á la derecha de la línea, como á la izquierda ó en el centro, dictando disposiciones acertadas en la zona mortífera.

Por la extrema derecha nuestra atacó también una pequeña fuerza enemiga, compuesta de 200 infantes y 600 hombres de caballería; pero fueron rechazados por una guerrilla del comandante Ayala y, principalmente, por el batallón 12 de línea, al mando del mayor Lucio V. Mansilla, con movimientos oportunos; unas veces desplegando en batalla, otras formando cuadro y por último en guerrilla, puso en dispersión al enemigo, haciéndole 25 muertos y llevándose como 50 heridos.

Domingo Sarmiento, que es uno de sus capitanes, cuya inteligencia es tan especialmente lúcida, y que está destinado á una figuración sobresaliente, es el que contó los cadáveres. Lucio Mansilla es un hombre lleno de talento y de espiritualidad; pocos han leído y han viajado tanto como él. De figura bella y arrogante, es afortunado en la vida social, y no le ha faltado lances personales, de los cuales salió siempre airoso. Nos invita frecuentemente á reunio-

nes entretenidas, proponiendo charadas, adivinanzas y haciendo que algunos de sus soldados canten acompañados de la guitarra canciones populares. Las comidas á que nos invita son, generalmente, preparadas ó dirigidas por él mismo, y á veces me parece que nos encontrásemos en la "Maison Dorée". Habrás leído sus correspondencias, que son un poco mejor que mis apuntes. Se publican allí con el seudónimo de "Tourlourou", que significa en francés: "soldat de ligne ó un bon enfant, genereux, courtois deluré, intrepide et voluptueux", y los buenos atributos de esta definición los tiene sin disputa nuestro simpático amigo.

Por la extrema derecha nuestra aparecieron algunas fuerzas cuando nuestras divisiones, después que el enemigo había sido obligado á volver á sus atrincheramientos, se retiraban á sus respectivos campamentos, el día 18, con algunas coheteras. Salieron el 9° y el 12 de línea, con los cuatro batallones de nuestra división (1ª del segundo cuerpo de ejército) á detenerlos. Nos colocaron frente á una abra, y los batallones 9° y 12 de línea á nuestra derecha detrás de un monte. No comprendía que papel teníamos que desempeñar, pues á poco andar empezaron á funcionar unas coheteras, que no alcanzábamos á ver siquiera. Los cohetes venían bien dirigidos: uno le pasó raspando al comandante Co-

bo, que se quedó inmóvil sobre su caballo; un soldado mío, un pardo Ramos, que no lo quería porque le había decretado varios arrestos merecidos, no pudo menos que exclamar: "¡había sido bueno el comandante!" Otro soldado que había jurado matarme, por la misma razón, se asustó: empezó á pedir fuego, agua, y los demás se burlaban; les impuse silencio, amenazando bajar la oreja de un hachazo al primero que levantase la voz. Los soldados estaban sentados y los oficiaes de pie; un cohete reventó á mi derecha y el casco de la pequeña granada hirió levemente á un cabo que tenía detrás de mí. Con Garmendia hacíamos jarana de los cohetes, aun cuando es poco agradable estar viendo venir á esos mensajeros de la muerte; no son muy peligrosos pero meten mucho ruido. Un cohete entró en el batallón de Morales y le hizo varias bajas, y dos cohetes al de Amadeo, haciéndole siete bajas. Después de esto recibimos la orden de retirarnos, continuando el fuego á nuestra espalda. Un cohete derribó en ese momento al maestro de nuestra banda, y el batallón segundo, que iba adelante, apresuró el paso y no conservó su formación; al nuestro le pasó casi lo mismo, y entonces el comandante Cobo tuvo la presencia de ánimo de ordenar: "batallón, alto, frente al enemigo" — esto bastó para que se restableciese la calma, y que todos los soldados, algunos veteranos

entre ellos, se rieran ó hicieran farsa del susto aparente que habían pasado. Con razón he oído decir á militares experimentados que en esos casos nunca debe ordenarse la retirada con media vuelta, sino "paso atrás", como lo hizo Roseti el 11. Este combate se llama del Palmar.

Ayer me invitó Garmendia á visitar el campo del combate del Boquerón. Acepté y nos dirigimos á un paraje próximo á las baterías paraguayas. Allí tomó él, que tiene afición al dibujo, algunos croquis y apuntes, porque también es corresponsal de "La Tribuna". Vimos aún cadáveres insepultos y pilas de paraguayos cuyos cuerpos, por su extremada flacura, no se descomponen y se momifican. Nos corrimos un poco más á la izquierda, pasamos por frente á un batallón brasilero, delante del cual un soldado fué azotado, lo que nos impresionó desagradablemente. Seguimos avanzando y aproximándonos tanto á las baterías paraguayas, que yo iba intranquilo, porque nos exponíamos sin provecho alguno. De pronto, cuando estábamos á medio tiro de cañón, sale un centinela brasilero, que estaba oculto detrás de un bosque y nos dice: "Retírense señores, porque van á hacerles fuego de la batería" — Le dije á Garmendia: "ha venido muy oportuno este aviso, porque maldita la gracia que me causaba esta invitación á la muerte que nos has proporcionado.

Me contestó Garmendia: "yo tampoco iba á gusto, pero no quería confesártelo". — "Pues puedes estar seguro que no me agarrarás en otra", le repliqué, y nos retiramos tranquilos á nuestro campamento, porque ya era hora de comer.

Siete mil hombres han caído en estos ocho días de combate encarnizado, de ambos lados, tal vez una tercera parte de las fuerzas que entraron en pelea. Esto no obstante usar fusiles en los cuales cada tiro necesita quince movimientos desde el "saquen cartucho" hasta que se hace fuego, siempre que no se obstruye el oído y hay que destaparlo con el punzón y la escobilla. Podemos estar satisfechos del comportamiento de nuestras tropas: los avances se han efectuado siempre con brío y con empuje especial, las retiradas tranquilas y ordenadas, haciendo fuego y conteniendo al enemigo. Don Bartolo, desde el cuartel general, atendía á todos los accidentes del combate, recibía los partes y por medio de los ayudantes Nicolás Granada, Juan Francisco Vivot, Carlos Carranza y Torcuato Villanueva impartía las órdenes respectivas con la serenidad y la prudencia que le son características. Se ha hablado de que Polidoro tenía el propósito de retroceder, pero esto no se ha confirmado y tampoco lo habrían consentido Mitre y Flores.

Antes de terminar esta carta, junto con la abne-

gación y el valor de nuestros soldados, que sufren el calor, el frío, la lluvia, la intemperie, la escasa alimentación, las fatigas innumerables y los peligros de la guerra, quiero hablarte de la admiración que me inspiran las mujeres que acompañan al ejército. Estas infelices siguen nuestros movimientos, se visten pobremente, se alimentan con lo que sobra, se albergan en ramadas, lavan para los soldados, les cocinan y les prodigan los mayores cuidados cuando se enferman ó están heridos Sus maridos ó amigos las estropean muchas veces y morirán olvidadas, nadie se acordará de ellas sino para menospreciarlas. Son dignas de lástima y de compasión, sin embargo, y aumentan la aflicción que nos inspiran las miserias humanas.

ATAQUE A CURUPAYTY

CARTA XIII

Campamento en Curuzú, Septiembre 28 de 1866.

Querido amigo:

Te será ya conocido el gran desastre que hemos sufrido el 22, pero no en todos sus tristes pormenores. Las pérdidas del ejército argentino son 5 jefes, 27 oficiales y 666 hombres de tropas muertos, 11 jefes, 97 oficiales y 1.044 de tropa heridos, 1 jefe, 23 oficiales, 151 de tropa contusos y 155 dispersos. Total una baja de 2.078 hombres. Los brasileros han tenido un número de bajas igual á las nuestras, más ó menos. En cambio su escuadra no perdió más que 21 hombres. Tomó López su revancha de Tuyutí, pues si allí perdió 15.000 hombres, causó á los aliados 3.600 bajas, mientras que en este asalto no alcanzó á perder cien hombres. Como en todas las batallas, ha habido actos de heroísmo y nuestros soldados se han estado batiendo á tiro de pistola,

sin poder vencer las dificultades que el enemigo había opuesto, principalmente por las condiciones especiales del terreno. Se perdió mucho tiempo en este ataque, lo que permitió al enemigo aumentar sus medios de defensa. Se notaron una vez más los graves inconvenientes de la falta de unidad en el comando, y de que la escuadra brasilera se manejase independientemente, desde que no obedecía ó discutía el almirante Tamandaré las órdenes del general en jefe. La escuadra se compone de 30 buques, entre los que se cuentan 4 acorazados con 101 bocas de fuego. Emprender el ataque con 20.000 hombres, después que la escuadra hubiera acallado el fuego de los 50 cañones que defendían á Curupayty y abierto brechas, era un plan sensato, que debió dar sus resultados. Tamandaré prometió realizar esta obra en dos horas, pero pocos le creyeron. Ya el mariscal Osorio, cuando Tamandaré hacía iguales promesas en el Paso de la Patria, siempre dudaba de ellas. Por tierra cometimos el error de no llevar entre brasileros y argentinos más que 24 piezas de cañón de pequeño calibre. Una vez más la derrota se debió más á propios errores que á las propias habilidades del enemigo. Antes de darte los luctuosos detalles de este funesto ataque, tengo que referirte algunos pormenores de importancia.

El 13 desembarcamos en este punto, saliendo de



CAPITAN NAPOLEON URIBURU
1865

Tuyutí, después que fracasaron las negociaciones de paz iniciadas por López.

El 10 pidió el dictador López una conferencia al general Mitre, la que tuvo lugar el 12 en Yataity-Corá, con presencia del general Flores, extrañándome no asistiera Polidoro. Aparentemente intentaba el tirano hacer proposiciones de paz, pero creo, como el general Flores, que su intención ha sido ganar tiempo para fortificar á Curupayty, cuyo ataque ha de haber sospechado después de la toma de Curuzú. López se presentó con gran séquito, en caballo blanco y con poncho color punzó y fleco de oro. El general Mitre vestía uniforme de general y gorra, y el general Flores se puso, por primera vez en la campaña, su uniforme de general con kepí. López intentó tratar con los argentinos y orientales, á fin de que le dejaran combatir solamente con los brasileros, diciéndole al general Mitre: "Si me deja solo con los brasileros, es para mí comida digerida". No es extraño que este pedante, que ha querido dominar el *equilibrio sudamericano* pretenda vencer al Brasil, país rico y más civilizado, que tiene diez veces la población del Paraguay.

Como el general Mitre le contestara que no podría admitir negociaciones de paz sino bajo las condiciones que establece el tratado de la tripla alianza, se resistió á entrar en arreglos, asegurando al ge-

neral Mitre que continuaría la guerra, que sería muy larga y que gobernaba un pueblo fanatizado, que resistiría hasta el último extremo. Mitre terminó la conferencia cambiando un látigo con él. Al general Flores propuso también cambiar algo con él, pero éste le contestó: "Nada deseo cambiar con el señor mariscal" — "Un cigarro", replicó López. — "Fumo los míos" — fué la respuesta seca y tal vez poco galante de este experimentado guerrero, á quien, á falta de instrucción, sobran sagacidad y perspicacia. Tal vez estaba resentido porque le dijo que él era el causante de la guerra. López tomó sus precauciones; temiendo que pudieran tenderle una emboscada, ocultó fuerzas cerca del punto de la entrevista. Al mayor Díaz, fiscal del ejército argentino y á un alférez, que se internaron, no los dejaron volver y los martirizaron hasta que murieron. Atrajeron á varios paraguayos que estaban en el ejército aliado y los mataron cruelmente.

Con 8.000 hombres del ejército argentino fué reforzado el cuerpo del ejército brasilero del barón de Porto Alegre, que se compone de 11 á 12.000 hombres. Porto Alegre sólo pidió 6.000 hombres. Emprendimos la marcha en el mayor silencio, atravesando el Carrizal, á poca distancia de las líneas paraguayas. En el camino pisamos cadáveres todavía insepultos, desde el ataque al Boquerón. Porto Ale-

gre tomó á Curuzú el 3. Fué una brillante operación, perdió mil hombres, haciendo al enemigo 700 muertos y 1700 heridos. Los paraguayos se desbandaron, y en vez de avanzar inmediatamente, quedándole 12.000 hombres y el apoyo de la fuerte escuadra brasilera, se ocupó en fortificarse y permanecer en la inacción. Parece, por otra parte, que el objetivo fué Curupayty y no Curuzú, según los planes combinados con el general Mitre. Los paraguayos tuvieron tiempo, pues, para aumentar sus defensas. He oído decir que el ataque, en la forma realizada, no era el que deseaba el general Mitre. El era partidario de un ataque por la izquierda enemiga, en Tuyutí, hasta llegar á Humaitá, para flanquear á los paraguayos y atacarlos por retaguardia.

El asalto á Curupayty hubo de tener lugar el 17, combinado con una demostración en Tuyutí del mariscal Polidoro, y un ataque al flanco izquierdo y retaguardia paraguayos por el general Flores. Distancias sino enormes por lo menos interceptadas por inmensos montes y esteros anchos y profundos. No era imposible, sin embargo, comunicarse, como me lo decía el ingeniero Chodasewitz, por medio de mangrullos y banderas durante el día y luces de Bengala durante la noche. Entiendo que por medio de banderas y por el río ha existido una

comunicación deficiente. El 17 por la mañana estuvimos todos formados con municiones de repuesto, que los soldados debían llevar en sus morrales.

Esperábamos la orden de avanzar, pero más tarde nos hicieron retirar; la escuadra comunicó que no podía empezar el bombardeo por estar el tiempo nublado y amenazar lluvia. A las once se tocó tropa y estuvimos nuevamente bajo las armas. Se trataba de un reconocimiento, no ya de un ataque general. No dejó de sorprenderme esta disposición, ó mejor dicho, que recién se hiciera un reconocimiento, que debió haber precedido al ataque suspendido. A poco tiempo de andar se descolgó un aguacero torrencial, como solamente sabe llover en estas regiones; no teníamos una hilacha seca, la pólvora en las maletas estaba completamente mojada, y hasta una parte de los cartuchos que los soldados llevaban en sus defectuosas cananas. Avanzamos á nuestra derecha; al salir á un pequeño descampado hicimos alto, y el comandante Cobo manda: "avance la compañía de guardia", era la mía. Me conduce á bastante distancia del batallón, me indica los puntos que debía guardar y me dice: "Capitán, este paraje lo defenderá usted y se sostendrá en él si fuese atacado, hasta que reciba refuerzos". "Comandante, le dije, á media voz, será si no me derrotan, porque toda la pólvora que tengo está mojada y ya sabe

que entre mis fusiles hay algunos en los que el fulminante revienta al segundo golpe de gatillo. En, fin, nos defenderemos con la bayoneta''. Guardábamos el flanco derecho, mientras las demás fuerzas, á las órdenes del general Emilio Mitre, se acercaron á las líneas paraguayas, para informar sobre lo que vieren, pero me parece que vieron poco. Nos retiramos, después de algunas horas, á nuestro campamento, y al día siguiente siguió lloviendo. Nuestro rancho improvisado de cañas tacuaras, cubierto de paja, estaba inundado y nos alimentamos con carne de tasajo. No me hizo muy feliz este ''hors d'oeuvre'' y no puedo menos de compadecer á los negros del Brasil y de la Habana. Es posible también que ellos la coman de mejor calidad que la que nos suministran nuestros proveedores. Ya comprenderás que los comentarios que se hacían sobre el ataque que acabamos de efectuar eran tan variados como lo permitían los conocimientos de cada uno de los que opinaban. No dejó de impresionarme el que nos hizo nuestro malogrado amigo el coronel graduado Manuel Roseti, del primero de línea, cuyo juicio respetábamos tanto. El 21 á la noche nos encontrábamos frente á su carpa en compañía de los mayores Fuentes y Lora, capitanes Morel, Garmendia é Iparraguirre y teniente Solier. Roseti nos dijo estas textuales palabras: ''Compañeros, mañana vamos á

ser derrotados. Los paraguayos están fuertemente atrincherados, tienen 50 cañones en batería, el frente está defendido por troncos de árboles con ramas espinosas, entrelazadas, el terreno es pantanoso en gran parte, los fosos son profundos y los taludes y escarpas muy empinados. Nuestra artillería es débil é insignificante. No se han explorado las posiciones enemigas suficientemente y, sobre todo, no se han construído paralelas para acercarnos á las trincheras bastante cubiertos para ser menos sensibles nuestras pérdidas. La escuadra podrá evolucionar con poca eficacia, porque las barrancas sobre el río son muy altas. Tengo el presentimiento de que voy á ser uno de los primeros en caer y que me pegarán un balazo en la barriga; ya le he dicho al mayor Fuentes que se prepare para reemplazarme''. Te imaginarás lo poco agradables que nos fueron estos vaticinios, mucho más cuando al día siguiente, antes del ataque, se nos dijo que el mayor Laprade, cuñado del coronel Santa Cruz, le había dicho al coronel Arredondo, que sabía que los paraguayos habían sembrado de ''abatis'' su frente, y que no debíamos atacar sin procurar destruir previamente esos obstáculos, que eran funestos para los primeros ejércitos del mundo.

Desde temprano, el día 22, se oyó el tronar de los cañones de la escuadra y de las baterías para-

guayas. Parece que con el almirante Tamandaré se había convenido que él levantaría una bandera blanca y roja cuando considerase que había causado al enemigo estragos suficientes para que la infantería se lanzase al ataque. Nosotros emplazamos en el centro nuestras 12 piezas de á 8. Las tropas tomaron posiciones para el asalto más ó menos á 1.500 metros de distancia. Los brasileros formaban á la izquierda con 6 batallones de infantería y 3 cuerpos de caballería desmontada, á las órdenes del general Carvalho y otros tantos á las del coronel Caldas. Como reserva entró el coronel Luna con tres batallones de infantes y 6 regimientos de caballería desmontada. Los acompañaron también 8 piezas de cañón, 2 obuses y 4 coheteras. Todas estas fuerzas estaban hábil y valientemente comandadas por el mariscal barón de Porto Alegre. En contacto con los brasileros, hacia el centro, estaba la 4ª división argentina, compuesta de los batallones Santa Fe, 5º de línea, Salta y 2º Voluntarios, á las órdenes del coronel Susini. La 1ª división compuesta de los batallones 1º de línea, San Nicolás, Legión Militar y 3º de línea, al mando del coronel Rivas. Servía de reserva á estas divisiones la 2ª, compuesta de los batallones 4º y 6º de línea, Rioja y 1º de Voluntarios, á las órdenes del coronel Arredondo. Lo seguía la 3ª división, compuesta de los batallones Correntino,

Rosario, Catamarca y Tucumán, á las órdenes del coronel Esquivel. Todas estas divisiones formaban el primer cuerpo de ejército, comandado por el general Paunero. A la derecha se encontraba el segundo cuerpo de ejército, bajo el comando del general Emilio Mitre, compuesto de la 4ª división de los batallones 2º y 12 de línea, 3º de guardias nacionales y 3º de Entre Ríos, á las órdenes del comandante Mateo Martínez. La 3ª división de los batallones Córdoba, San Juan, Mendoza y San Luis y 2º de Entre Ríos, á las órdenes del jefe de estado mayor, coronel Pablo Díaz, como reserva de la 4ª división. La 2ª división del 2º y 4º batallón de guardias nacionales, á las órdenes del coronel Agüero, fué situada paralelamente á la batería enemiga que cerraba su flanco izquierdo. La 1ª división compuesta de 4 batallones de la capital, á las órdenes del coronel José M. Bustillo, estaba ligada con la 3ª y defendía el abra del monte, por donde las tropas de la derecha avanzaban hacia las fortificaciones. Los soldados pasaban cargando pesadas escaleras de gajos verdes de árboles, atados con filástica. Me pregunté si el pino de tea y las puntas de París habrían desaparecido de Corrientes. Muchas se deshacían y fatigaban á los soldados. Como se ve, pues, dentro de los elementos con que contábamos la disposición del ataque era todo lo menos mala que podía esperarse.



CAPITÁN LIBORIO BERNAL
1865

Los brasileros tenían que costear un monte por la orilla del río, que los abrigaba un poco. En cuanto á nuestras tropas, tan pronto como salieron al descampado, estaban expuestas al fuego de la artillería enemiga. La posición que ocupaba nuestra división era un poco arriesgada; dábamos frente á un espeso monte, teníamos detrás de él una batería que dominaba el abra del monte, que rodeaba un descampado, por la que se dirigían nuestras fuerzas al asalto. Esta batería tenía sus punterías fijas y caían ya los soldados al atravesar ese punto. La 1ª división Buenos Aires estaba al alcance de sus balas, pero no nos veían. Como carecíamos de guardias, y aún de centinelas avanzados, si nos hubiese atacado alguna fuerza enemiga nos habría pasado lo que á la división de Conesa en Pehuajó, nos hubieran cazado los paraguayos como á pájaros, ocultándose detrás de los árboles. El Gral. Mitre sé que había dicho que nuestra división tendría probablemente que desempeñar funciones muy importantes, guardando el flanco derecho, y que si éramos atacados no podríamos ser protegidos. Las tropas en general bien vestidas, los jefes y oficiales de gala, con sus colores llamativos, sus galones relumbrantes y hasta calzando guante blanco, haciendo alarde de coraje. esperaban impacientes la señal del ataque general. A las doce m. el almirante Tamandaré, después de

un cañoneo infernal por ambas partes, levanta la bandera consabida. Se suponía que los fuegos de las baterías enemigas hubieran sido en parte apagados. Con gritos de un entusiasmo frenético, brasileros y argentinos se lanzan con ímpetu á la carga. Su valor legendario les hace despreciar la vida, piensan en el honor de su país, en las glorias de su bandera, y en el brillo de sus ojos llevan impresa la confianza en la victoria. Sus jefes y oficiales rivalizaban en el ardor de la pelea y conducen á sus tropas por el camino más corto, para vencer al enemigo. Los obstáculos que encuentran, sin embargo, son superiores á sus previsiones. Los 50 cañones del enemigo no cesan de hacer fuego un solo instante, la escuadra no había alcanzado á desmontar uno solo, los "abatis" esparcidos con habilidad rompían la unidad de los asaltantes, el humo de pajonales incendiados impedía ver á su frente, el agua de los esteros imposibilitaba la marcha, el fuego de 3.000 infantes enemigos, ocultos en zanjas y detrás de parapetos de tierra, hacían bajas numerosas é incesantes. No obstante esto, se llega á las primeras zanjas y el enemigo se retira á las segundas. Parte de nuestras fuerzas avanzan hasta la segunda zanja ancha, profunda y llena de agua. Allí quieren hacer uso de las escaleras, pero éstas, en su mayor parte, estaban deshechas; se baten parcialmente á tiro de

pistola con ardor incomparable, pero caen hombres tras hombres, y el sacrificio resulta totalmente estéril. Después de una lucha encarnizada de dos horas, en la que las granadas, la metralla y la bala rasa enemiga habían diezmado nuestras tropas, barriendo compañías enteras y raleadas enormemente las filas, vino la orden de retirada, pero á los pocos momentos se ordenó la renovación del ataque. Rivas y Arredondo se consultan, se miran confundidos porque les parecía seguro el desastre, pero cumplen militarmente y sin vacilaciones la orden. Parece que una falsa noticia de que los brasileros habían penetrado por la izquierda á las líneas enemigas motivó esta nueva tentativa de asalto, que tuvo peores resultados que la primera. No pocos llegaron al mismo foso y mataron de cerca á algunos paraguayos, entre ellos el intrépido Arredondo, que salió sin un solo rasguño, ni en el poncho siquiera, que llevaba puesto. La retirada definitiva de nuestras tropas, en extremo fatigadas, se impuso al fin, después de cuatro horas de un combate encarnizado y sangriento, con sacrificio de tantas vidas y sin causar al enemigo daño alguno. Fué heroica la conducta de nuestras tropas al retirarse tranquilas, recogiendo los heridos; deseaban ardientemente que el enemigo saliera de sus atrincheramientos, para tomar la revancha en campo descubierto. Así esperaron, traba-

jando tres horas en sacar los heridos, sin que asomara un solo enemigo. Camillas no teníamos, y las mantas colgadas de aquellos palos con los que se improvisaron las deplorables escaleras, tuvieron un destino humanitario, pues en ellas se transportaron los heridos, sobre hombros de dos soldados.

Según todos los informes, en los últimos días completaron los paraguayos sus medios de defensa. Tenían sus trincheras ángulos salientes, y la zanja principal se comunicaba con los esteros. Esto viene á confirmar nuevamente que debíamos haber atacado el 14 y hemos perdido un tiempo precioso. El batallón que más sufrió fué el de Santa Fe, que tuvo 2 oficiales y 36 soldados muertos, 1 jefe. 6 oficiales y 118 soldados heridos, 1 jefe, 8 oficiales y 28 de tropa contusos, total 200 hombres fuera de combate. El mayor número de muertos lo tuvo la Legión Militar: 1 jefe, 3 oficiales y 71 de tropa, además de 4 oficiales y 45 de tropa heridos y 6 dispersos. Su intrépido jefe, el coronel Charlone, murió de resultas de las heridas, atravesado el brazo y el pecho por varios balazos. Al cargar dijo, en presencia de los tenientes Francisco Paz y Sebastián Casares: "He de ser uno de los primeros en trepar á los parapetos paraguayos y la Legión dará una página más de gloria al ejército argentino". "No hemos de ser menos que nuestro jefe", dijo Casares á Paz,



Capitàn Melchor Romero
1865

y los tres cargaron con denuedo al frente de sus tropas, animándolas con su desprecio por la vida. Francisco Paz, que posee las nobles cualidades de los de su estirpe, estudiante de derecho aventajado, cayó muerto por una bala que le perforó el vientre. El capitán Leonidas Pico y el teniente Daniel Cerri, se lucieron también. El bravo comandante Roseti fué herido en el vientre, como lo presintió, y murió muy pronto de su herida; además tuvo el 1° de línea 17 soldados muertos y 9 oficiales y 55 de tropa heridos, 3 oficiales y 1 de tropa contusos y 36 soldados dispersos. Con Roseti hemos perdido uno de los jefes más distinguidos, cuyas nobles condiciones de carácter he hecho resaltar ya anteriormente. El mayor Fuentes también fué herido en una parte delicada, que sirvió al capitán Morel, herido también, para darle bromas respecto al doble disgusto que le daría á su mujer. El 3.° de línea también ha tenido bajas de consideración. La más deplorable es la de su jefe, el distinguido é ilustrado comandante Alejandro Díaz. Ha muerto dignamente, una bala le atravesó el vientre, y el teniente Sebastián Casares, que estaba cerca de él, le oyó decir estas palabras: "Que el 3° no sea el último en escalar las trincheras: adelante muchachos". Casares se retiró con su kepí, que entregó á su hermano, el ma-

yor Eugenio Díaz, nuestro segundo jefe. El cadete Pablo Belisle recogió su cadáver, que traían cuatro soldados en una manta; un tarro de metralla mató é hirió á casi todos. Tuvo el 3º 1 jefe, 10 de tropa muertos; 1 jefe, 8 oficiales y 55 de tropa heridos y 12 dispersos. El batallón San Nicolás, con el coronel Boer y el mayor Somoza á la cabeza, mostró siempre estar á la altura de los cuerpos de línea. Somoza ha sido herido, además 20 muertos y 7 oficiales y 78 soldados heridos.

El 5º de línea tuvo á su jefe, el comandante Rufino Victorica, herido; tres oficiales y 48 soldados muertos y 5 oficiales y 60 soldados heridos. El coronel Ignacio Rivas, cuyo valor é intrepidez están arriba de todo elogio, estuvo siempre en lo más recio del fuego, animando á sus soldados con su presencia varonil. Dos heridas serias le obligaron á retirarse, y el general en jefe lo proclamó general sobre el campo de batalla. Pocas veces hemos tenido entorchados mejor ganados, y es un honor para el ejército ser derrotados, cuando se han agotado todos los recursos de la resistencia con hombres que tienen tan caracterizados los sentimientos de la dignidad y del honor militar. Los que han presenciado de cerca esta lucha homérica, describen con colores sombríos el espectáculo que tenían ante sus ojos.

El suelo estaba teñido por la sangre, el agua

enrojecida por la que abundante corría de los cuerpos de miles de muertos y heridos. Los ayes de los que sufrían dolores agudos, con el tronar incesante de los cañones enemigos, que aumentaban el número de las bajas, los batallones en esqueleto y deshechos, daban al conjunto un aspecto pavoroso. En esos momento se acerca el general Paunero, se asombra de ver á un joven de 18 años con kepí de teniente coronel. Era el teniente Sebastián Casares, que sobre el suyo se había colocado el del malogrado Alejandro Díaz.—¿Dónde está la primera división? — le pregunta. — Aquí están, señor general, las cuatro banderas — le contesta — que vienen escoltadas por sesenta hombres solamente. El general Paunero, tan sereno en los momentos de mayor peligro, no pudo menos que sentirse emocionado ante el cuadro que presentaban esos batallones en esqueleto, con tradiciones tan gloriosas. Ojalá la sangre de tantos héroes, derramada tan cruelmente, tenga la virtud de la de Ayax, para que crezcan jacintos y sirva de lección á estos pueblos, que deben vivir tranquilos, en paz y armonía, dedicándose al trabajo para hacer producir sus extensos territorios, tan fértiles como despoblados é incultos. Sigamos con esta narración afligente. Todavía me quedan muchos muertos queridos que mencionar, cuya desaparición prematura nos deja un gran vacío. El 4° tuvo

muerto á su jefe, el comandante Manuel Fraga. Era un militar lleno de méritos, y sufría de una herida que le infirió Edelmiro Mayer, en un duelo que tuvieron en el pueblo 25 de Mayo, por una discusión insignificante durante un ejercicio. Eran muy amigos, ambos muy serenos, tanto, que después de concertado el duelo, durmieron la siesta en el mismo rancho. Fraga dijo antes del duelo: "Ya he mandado seis al infierno, y á éste de una pitada lo mando también". Fraga era muy impetuoso. Mientras se estaban batiendo, al tirar una estocada á Mayer, le dijo: "Así tiran los orientales". Mayer paró el golpe, contestándole: "Así tiran los porteños", y desgraciadamente la espada le atravesó el pecho. Después de algún tiempo se reconciliaron, y Fraga le manifestó que lo único mortificante para él era que un hombre con cara de mujer lo hubiese vencido. Ese cuerpo tuvo además 1 oficial muerto y 9 heridos, 20 de tropa muertos y 47 heridos además de 39 dispersos. El 6° tuvo á su jefe Luis María Campos herido en un pie, no desmintiendo su fama conquistada de valor y previsión en el momento de la pelea. Su caballo fué muerto durante el combate. Cuando lo embarcaron buscó sus botas y se puso furioso con el ayudante Balza porque creía que se las había llevado. Hay que advertir que el pie de éste tiene el tamaño de dos de Luis María.



Capitán José Ignacio Garmendia
1865

Este cuerpo tuvo además 3 oficiales muertos y 5 heridos, 15 de tropa muertos, 63 heridos y 31 dispersos. Nuestra artillería no tuvo más que un muerto y dos heridos: es la que siempre sufre menos en todos los combates. Cuando el ayudante Balza, con la serenidad que le distingue, llevó al coronel Vedia la orden de no desenmascarar su batería hasta que se iniciara el ataque, le mataron el caballo y quedó con sus tiros enredado en la orqueta de la montura. Se encuentran heridos también los comandantes Gaspar Campos, José Giribone, y los mayores Lora, Retolaza y Sotelo, cuyos cuerpos han sufrido á la par de los demás. Los batallones de la tercera división, según lo señala el parte oficial, se mantuvieron á trescientos metros de distancia de las fortificaciones, sufriendo el fuego incesante de bombas y metrallas, protegiendo la retirada y recogiendo los heridos. Su jefe, el coronel Esquivel, mereció ser mencionado á la par de los más bravos. El general en jefe, cuya serenidad es proverbial, se mantuvo siempre en la zona peligrosa y fué herido su caballo. Estando el capitán Juan Francisco Vivot á su lado, una bala pasó junto á un soldado que quedó inmóvil. El general sacó una libra esterlina y se la regaló. Un ayudante se acercó á darle un parte, le pidió el cigarro para encender el suyo y éste se quitó la gorra al

tiempo de alcanzárselo. Una bala de cañón pasa por sobre la cabeza de ambos y el ayudante agachó un poco la suya. Mitre al devolverle el cigarro le dice: "Muy á tiempo, señor ayudante". Otra bala cayó en un charco salpicando al general y éste le dice á Balza: "Los paraguayos nos tienen poca consideración tirándonos con barro". No puede decirse quien se haya portado mejor en esta dolorosa tragedia, pero una de las figuras salientes fué la del mayor Eduardo Pacheco, ayudante del general en jefe, que cruzaba la línea de fuego en un hermoso caballo de carrera. A las cinco, mi división recibió orden de retirarse. El comandante Eduardo Pico nos trajo la orden del general en jefe de hacerlo al paso marcial. En ese momento la batería paraguaya, que teníamos á nuestro frente, detrás del monte, después que las tropas de la primera línea se retiraban, empezó á converger sus fuegos por elevación siguiendo su marcha. Nos hizo poco daño, con excepción del 4o. batallón comandado por el comandante José Luis Amadeo, que estaba detrás del 1.°, haciéndole cuatro muertos y tres heridos. Una bala de cañón pasó raspando á nuestro jefe el coronel José María Bustillo que se quedó tranquilo, con esa expresión tan apacible de su simpática fisonomía. Nuestra división recibió orden de avanzar en la dirección de las fuerzas que venían en retirada. Fué un momento

solemne: creí que nos llevarían también al ataque y pocas esperanzas de éxito podíamos esperar cuando las tropas más aguerridas habían sido rechazadas. A una distancia hicimos alto; allí el mayor Julio A. Roca, que manda el batallón "Salta", se acercó al nuestro en ese momento, y sostuvimos con él un diálogo interesante. Es muy penetrante, se expresa con soltura y nos dió datos minuciosos sobre el ataque, en la parte que le tocó actuar. Después que el comandante Aniceto Latorre tuvo que dejar el mando del "Salta" por enfermedad, á indicación de Arredondo fué ascendido Roca á mayor, y le confiaron el mando de ese cuerpo que no alcanzaría á doscientas plazas. Combatió con él en la 4ª división á las órdenes del coronel Susini y se encontró después mezclado con el 9º y 12 de línea de la división del coronel Mateo Martínez, que atacó á la derecha nuestra. Nuestras tropas no podían avanzar por las razones que expuse anteriormente. Ya bajo el alcance de los cañones, nuestras fuerzas tomaron un momento de descanso, y con tanta tranquilidad que el teniente Rafael Ruiz de los Llanos y el subteniente Miguel Goyena, del 9º de línea, hicieron calentar agua para tomar café. En pocos momentos, cuando iniciaron la carga, fueron diezmados. Se hicieron prodigios de valor; algunos llegaron hasta el mismo foso,

pero tuvieron que retroceder. El 9° tuvo cincuenta muertos y cerca de cien heridos, el 12 tres oficiales y 52 soldados muertos y 7 oficiales y 69 de tropa heridos. El "Salta" dos oficiales y 30 soldados muertos y 8 oficiales y 60 de tropa heridos: total la mitad de sus fuerzas. La confusión se produjo, como era consiguiente, después de tantas pérdidas. El comandante Ayala y el mayor Mansilla resolvieron poner en conocimiento del jefe inmediato la situación en que se encontraba el cuerpo, cuya posición era insostenible, no pudiendo avanzar y sufriendo el fuego de metralla y fusilería á trescientas y á veinte varas de distancia, respectivamente. En momentos en que el ayudante del cuerpo recibió la orden de dar el aviso convenido, cayó muerto de un balazo. Era el tercer oficial muerto de ese cuerpo, que además tenía ya siete oficiales heridos. Se resuelve entonces que el mayor Mansilla en persona dé cuenta del estado peligroso en que se encontraban los cuerpos de nuestra derecha. En el trayecto recibió una contusión de un casco de granada y cae también herido el comandante Ayala. El 12 entonces, sin jefe, y con contados oficiales, se desbanda. El mayor Roca entra á las filas de ese batallón picando las espuelas á su caballo, trata de animar á los soldados y á uno de sus capitanes lo incita á contener á los que empezaron á fla-



Capitán Francisco Seeber
1865

quear. Deplorable por demás ha sido la muerte del capitán Domingo Sarmiento del 12, que se condujo con valor y energía. Inteligencia vigorosa y carácter distinguido, es una de tantas pérdidas prematuras que venimos lamentando. Para su noble padre y cariñosa madre será este un golpe mortal. El teniente Leonardo Roca, hermano del mayor Roca, que le sigue en edad, tuvo un duelo momentos antes del ataque y cargó valientemente al frente de una de las guerrillas de su compañía, animando á sus soldados. Después de cinco horas de un sangriento y por demás adverso combate llegó la orden de retirada. El 9° se retiró á las órdenes del entonces ayudante mayor Octavio Olascoaga, después que su jefe, el comandante Calvete, con el capitán Espinosa y varios otros oficiales fueron heridos, habiendo sido muerto el capitán Plaza y varios oficiales de menor graduación, y no quedando aptos para el servicio sino cinco de los 17 oficiales con que contaba el batallón antes del combate. Entre esos cinco estaba el ayudante mayor Olascoaga, el teniente Ruiz de los Llanos, subteniente Miguel Goyena y dos subtenientes más con mando de compañía estos cuatro. En el camino el mayor Roca alzó al teniente Daniel Solier del 1° que venía herido. Una metralla que reventó á su lado hizo espantar al caballo y Solier hubiera caído al suelo si no se hubiese asido fuer-

temente á Roca. Puedo asegurar que de todos los oficiales jóvenes que hay en el ejército, ninguno reune mayores condiciones militares y juicio más acertado que el mayor Roca. Está destinado á desempeñar un papel muy importante en el ejército, y es una injusticia que no lo hayan ascendido á teniente coronel sobre el campo de batalla. En la junta de jefes superiores, que se reunió después del ataque, alguno de ellos indicó que el 1° de línea había quedado sin su primer jefe y segundo jefe y que convendría darle uno que reemplazase bien á Manuel Roseti. El general Mitre dijo que ascendería al mayor Julio A. Roca, para darle el mando de ese batallón. Fueron sucesivamente á darle las albricias á su carpa el capitán Gutiérrez, del 6°, y los coroneles Arredondo y Susini, pidiéndole una caja de habanos por la noticia. Las finanzas de Roca no están para esas excentricidades (1). Me refieren que uno de los espectáculos más tristes fué la muerte del teniente Darragueira, del 3° de guardias nacionales (el 3 de oros, como le llaman en el ejército). Estaba recostado contra una palmera, una bala de cañón le llevó la cabeza junto con un pedazo de tronco del árbol, y el cuerpo quedó un momento parado antes de caer para siempre. El 3° tuvo ade-

(1) El mayor Roca recién fué ascendido á teniente coronel en 1868.

más 5 de tropa muertos, 1 oficial y 10 de tropa heridos. Maximio Alcorta pasó á nuestro lado con el garbo que le conoces, sintiendo probablemente no volver con alguna herida, dado el carácter romántico que lo domina. Es de sentir la grave herida del capitán Nicolorich, distinguido periodista; no resistirá el viaje y ha de morir en el camino. Melchor Romero, con esa tranquilidad que le distingue, ha levantado un croquis del campo de batalla y me ha dado alguno de los pormenores que te relato. Polidoro no quiso moverse á su frente: si lo hace tal vez hubiese tenido un contraste peor que el nuestro.

El general Flores, como te dije, debía operar con una división de caballería é infantería montada, orientales, brasileros y argentinos, por la derecha del Estero Bellaco y dirigirse á San Solano, punto que se suponía á retaguardia de Curupayty. Los prisioneros, y aun los desertores paraguayos, que estaban incorporados á nuestro ejército, son taimados, y nada revelaban que pudiera contrariar á López. De las informaciones que recogió Flores, no pudo saber siquiera la distancia exacta á que quedaba la población que debía ocupar. Unos le aseguraban que distaba cuatro leguas, otros que ocho y hasta diez leguas. El general Flores emprendió la marcha en las primeras horas de la mañana del día

22 con todas sus fuerzas, que constaban de 2.000 hombres, cruzó los fangosos pasos del Estero Bellaco Norte y llegó, al caer la tarde, á San Solano, que quedaba en ángulo recto con la izquierda de los paraguayos y á dos leguas y medias de ese punto y á cuatro de Curupayty. Cuando el general Flores llegó al punto que se le había señalado, ya estábamos derrotados. Su concurso para operar junto con nosotros habría sido de todo punto imposible. A la noche recibió un chasque del general Gelly anunciándole nuestro rechazo, y en la madrugada del 23 se retiró, escopeteado por los paraguayos, que los habían sentido.

A la oración todos nos retiramos á nuestros campamentos profundamente impresionados; cuando esperábamos que nos cubrirían los laureles de la victoria, solamente nos acompañaron las angustias de la derrota, el recuerdo doloroso de los héroes que allí dejaron su vida, la pena eterna por los amigos que valientemente sucumbieron. Unico consuelo de tanta desdicha fué que el honor militar se mantuvo en todo su arrogante esplendor. Hemos cometido los mismos errores que los paraguayos el 24 de Mayo atacando sus puntos menos vulnerables. También se olvidó observar los principios fundamentales del arte de la guerra sobre el sitio y ataque de las posiciones fortificadas, no estableciéndose las líneas de



TENIENTE FRANCISCO PAZ
1865

circunvalación ni las de contravalación, la primera para facilitar el ataque y la segunda para evitar toda sorpresa y los socorros que el enemigo pudiera esperar.

El cuerpo médico argentino prestó sus humanitarios servicios, estableciendo, como de costumbre, sus ambulancias bajo el fuego del enemigo. Los doctores Bedoya, Molina, Biedma y Golfarini atendieron con habilidad y con cariño á los numerosos heridos. Biedma y Golfarini acompañan á los heridos en el vapor Júpiter, y á Golfarini se le ha encomendado el cuidado del general Rivas. Después que nos retiramos, Juan Francisco Vivot recibió una comisión arriesgada, que era tomar el camino más corto para comunicar á Polidoro los pormenores de nuestro rechazo. Un paraguayo le enseñó una senda entre el monte. Lo salvó la oscuridad de la noche, pues por momentos pasó tan cerca de los paraguayos que oía claramente sus voces.

Ante el horror de un nuevo banquete de carne de tasajo, acompañado de Martín y José María Bustos, nos dirigimos á bordo del Guardia Nacional, donde á la vez de ver á los amigos heridos que habían sido embarcados nos hicieron comer espléndidamente Amancio Alcorta y Pepe Murature, lo que en campaña es un capítulo bien importante.

Ayer pedí permiso al general Mitre para bajar

á Buenos Aires por razones urgentes de familia. Estando casi desahuciado en Corrientes me negué á bajar, no obstante la insistencia de mi noble amigo el doctor Caupolicán Molina, así es que me incomodó un poco en el primer momento que el general me negara el permiso. Tuvo razón, sin embargo, porque yo no me presenté en forma y también porque al paso que vamos ya que á tantos otros se les ha acordado permiso, el ejército se quedará sin oficiales.

CONCLUSION

He revisado estos apuntes después de 40 años que fueron escritos. Mucho he aumentado y algo eh suprimido. Debo declarar que varias de mis apreciaciones de entonces he tenido que enmendarlas y he modificado fundamentalmente mis juicios de la juventud. En 1903 publicó el general Mitre los documentos valiosos que prueban su superioridad y la inferioridad de todos aquéllos que no secundaron sus planes militares, científicos y altamente previsores. Cuando la escuadra brasilera forzó el paso de Curupayty, un año después, se vió que no obstante el perfeccionamiento de los medios de defensa paraguayos, sus baterías fueron impotentes para causar daños de consideración á su buques. Si sus sabios consejos hubiesen sido escuchados, la guerra pudiera haber terminado ya en 1866. Fué muy grande la satisfacción que me causaron estas revelaciones, que solamente un hombre tan grande como el general

Mitre pudo conservar reservadas por 37 años, y no pude menos que expresarlo, por mi parte, en la siguiente carta:

Buenos Aires, Septiembre 24 de 1903.

Respetado señor general:

He querido condensar varias veces mi impresión por la admiración y la enorme satisfacción que me han producido sus incomparables memorias y planes de ataque en la campaña del Paraguay. No he encontrado frases suficientemente vibrantes que reprodujesen fielmente mis sensaciones y el desborde de las simpáticas atracciones que imprimen, en el espíritu de los buenos, su talento militar, su saber, su energía y su noble corazón.

Para honor de los argentinos y lustre de la historia le han hecho hablar á Vd. Sus enemigos, y los que lo sean de nuestra patria, han quedado anonadados, y su fama y su gloria elevadas á una altura que no ha sido sobrepasada por guerrero alguno. Tambien formaba yo entre los que dudaban de Curupayty; después de 37 años una venda ha caído de mis ojos y será siempre un orgullo para mí haber servido, aunque en modesta esfera, á las órdenes de un militar tan brillante, tan sereno y tan previsor como Vd. Consérvese siempre fuerte, cuídese, mi

querido general, porque vuelvo á repetirle lo que tantas veces le he dicho ya: necesitamos todavía de sus altos y patrióticos consejos—Vd. lo ha dicho—"el hombre no muere, sino que se mata".

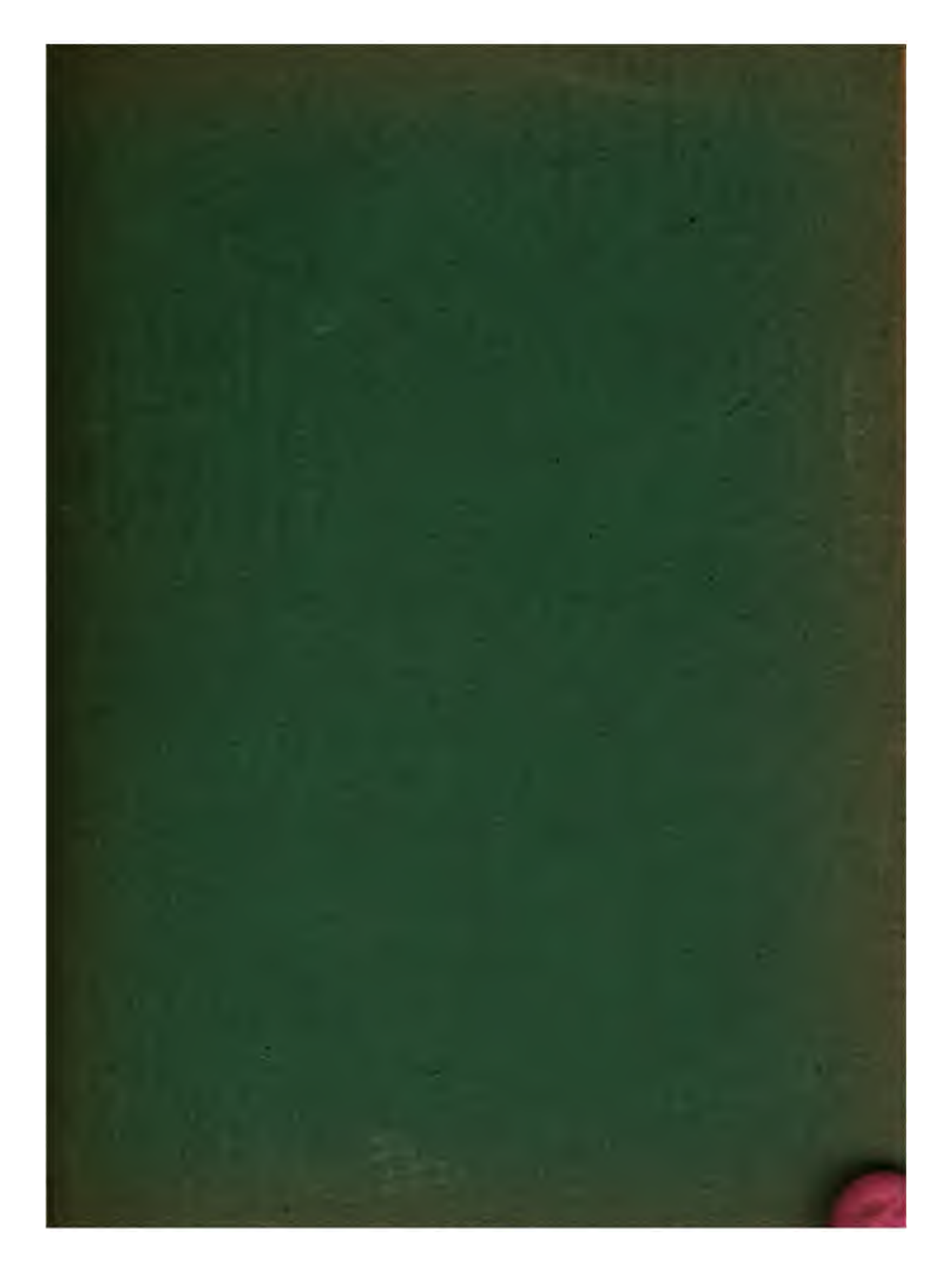
Con el más profundo respeto le estrecha afectuosamente la mano, S. S. y amigo

FRANCISCO SEEBER.

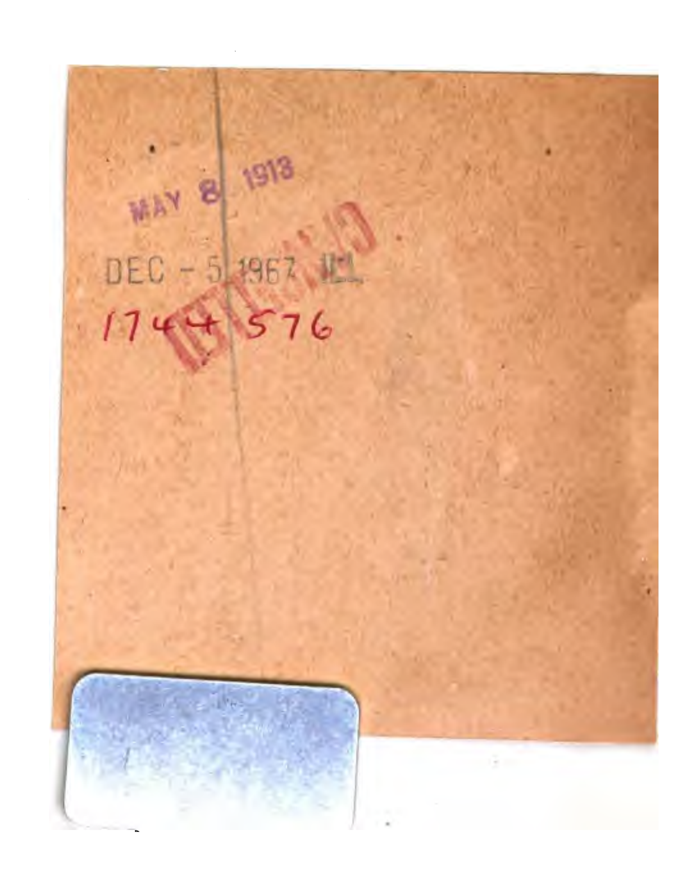
Señor teniente general don Bartolomé Mitre.

Fuí honrado con la contestación, cuyo autógrafo coloco al principio de este libro, y la conservaré toda mi vida, como el más grato de los recuerdos, que me llena de legítimo orgullo y satisfacción.

FIN







MAY 8 1913
DEC - 5 1967
1744576